



**CARMEN  
MARTÍN GAITÉ**

**Dos cuentos  
maravillosos**

Prólogo de Antonio Colinas

Siruela

**CARMEN MARTÍN GAITE**

**DOS CUENTOS MARAVILLOSOS**

Prólogo de Antonio Colinas

Libros del Tiempo Ediciones Siruela

## Índice

Cubierta	
Portadilla	
Prólogo. Dos obras maestras	
Dos cuentos maravillosos	
El castillo de las tres murallas	
Uno	
Dos	
Tres	
Cuatro	
Cinco	
Seis	
Siete	
El pastel del diablo	
Uno	
Dos	
Tres	
Cuatro	
Cinco	
Seis	
Siete	
Ocho	
Epílogo	
Créditos	

# Prólogo

## Dos obras maestras

Ya desde sus primeros y valiosos libros (*En el balneario*, 1955; *Entre visillos*, 1958), había en la literatura de Carmen Martín Gaité unas características que la definían y que son las que le prestan a su obra un impulso y una personalidad que son exclusivamente de ella. Son características muy abstractas, pero con gran poder para influir en su estilo y enriquecerlo. Me refiero sobre todo a dos: su afán de interioridad y su afán de libertad. Bien mirado, acaso estas dos constantes no sean sino el resultado de un tercero y vigoroso don: el de su imaginación. Una imaginación, digámoslo enseguida, que no es el resultado de lo meramente fantasioso, de escapismo, de ausencia de compromiso con el ser humano por la vía de una nueva evasión. No.

En ella la imaginación es la fuente de la que brota ese hermoso don que es su personalísima obra y que luego, por medio de las tramas y desarrollos que se dan en cada uno de sus libros, conducen al lector a mensajes innumerables. Incluso cuando hace uso con gran frecuencia del humor –como sucede en estos dos hermosos cuentos que hoy prologamos–, ese humor se diversifica en significados múltiples; está lleno, a la vez, de matices sutiles, de finísimas ironías, de sabios recursos. Tendríamos, por ejemplo, que remitirnos a las prosas líricas y airoas de un Álvaro Cunqueiro, en los años cincuenta y sesenta, para reconocer un humor tan sabio y tan fino.

En verdad son «maravillosos» los dos cuentos recogidos en este volumen y que, ya de entrada, nos plantean una duda sugestiva: ¿por su extensión debemos hablar verdaderamente de cuentos o estamos ante largos relatos, que gozan ya del carácter de la novela corta? Poco importa. Lo significativo es esa fluidez de la prosa, ese impulso creativo que son los causantes de que los textos de Carmen Martín Gaité fluyan deliciosamente y sumerjan al lector en una plenitud que la literatura de hoy tiende a perder o ha perdido, sometida como está a la sequedad, a la ausencia de imaginación: a la ausencia, en definitiva, de libertad; o a una libertad en la que todo vale, mal entendida.

Ésta es otra de las características primordiales de los dos relatos aquí recogidos: la autora se mueve con su prosa –en forma y en contenido– con una libertad extrema; no hace sino romper los moldes tópicos del acto de escribir y del acto de comunicar un mensaje. Se convierte así la creación literaria para ella en un gesto

libérrimo que libera a la autora de cualquier «corsé» creativo y que proporciona al lector sorpresas sin fin. Porque ésta es otra clave que debemos tener en cuenta: la literatura que hoy se tiende a hacer, cercana a lo plano y a lo gris, rara vez logra sorprendernos.

Estos dos rotundos cuentos nos llevan a reparar en un tema siempre vivo entre nosotros: la ausencia de protagonismo de este género en España, por más que entre nosotros haya habido cuentistas de excepción. Pero parece como si este género – considerado a la ligera como menor, o simple territorio de la literatura infantil y juvenil– no ofreciera la dimensión, intensidad y alcance creativos que debe poseer una obra literaria. Estos dos cuentos de Martín Gaité no sólo renuevan la fuerza del género en que están escritos, sino que son ejemplos extraordinarios de creatividad.

¿De dónde nacen estas prosas prodigiosas? Yo diría que de algo que la autora simula u oculta muy bien: de una extraordinaria formación, en la que pesan seguramente mucho las excelentes lecturas que ha hecho, entre las que debemos incluir las prioritarias de nuestros clásicos. A veces en leves pinceladas («Pasad de largo» en la que resuena el «Lasciate ogni speranza...» dantesco), en la dulce angustia de esas dos mujeres prisioneras en *El castillo de las tres murallas* (que nos parece sentir el dolorido sentir del cautivo del romance viejo) o en esos juegos entre los enamorados y la muerte cargados de simbolismo (aquí la resonancia de otro romance: el de «El enamorado y la muerte») nos prueban que en Carmen Martín Gaité hay siempre esa jugosa influencia de lecturas clásicas, muy bien asumidas, y reflejadas luego sin desvirtuar su propio impulso creador, su originalidad.

Hay otro gran logro en estos dos relatos: la autora combina en ellos el realismo más extremado con la ensoñación más metamorfoseada de esa misma realidad. Lo que sucede es que –otra de las grandes virtudes de este librola novelista logra transmutar esa realidad, a veces hostil, dura y crudelísima, en puro sueño. «De toda la memoria, sólo vale / el don preclaro de evocar los sueños», nos había dicho Antonio Machado en dos de sus versos. Pues bien, en estos relatos no sabemos con certeza cómo la realidad se muta a cada momento en ensoñación y lo que creíamos más vagoroso y fugitivo se convierte en algo extremadamente real. Es un logro que muy pocos autores contemporáneos logran (estoy pensando ahora, por citar uno sólo, en los personajes y tramas del gran Italo Calvino).

Las «brundas» –esos animales que la autora transforma y convierte en algo más horroroso que las ratas– o la estampa feroz del castillo negro y de sus estancias tenebrosas, son descritos con una veracidad que aterra; y la figura terrible del desconfiado y avaricioso Lucandro (ese ser que trata mal a su propia alma y al final del relato también él una brunda, después de una monstruosa mutación), es un aspecto de ese realismo extremo que se ve sometido a la magia del relato. O que se

compensa con la dulce ternura de esas dos mujeres, madre e hija (Serena y Altalé) que son capaces de equilibrar en nuestra lectura los comportamientos atroces, la atmósfera irrespirable en la que viven. O esa presencia lírica del zagal solitario, que contempla desde la lejanía la figura misteriosa y blanca de la mujer imposible, inalcanzable, en el torreón.

Hay también, qué duda cabe, en esta autora (y concretamente en estos dos relatos que comentamos), una extraordinaria carga de poesía. Ésta no sólo se manifiesta en los momentos descriptivos, muy intensos (como el del jardín de la Casa Grande, con el avance pisando sombras –«cinematográfico», en verdad– de la niña Sorpresa), sino en instantes muy concretos, como los que cito a continuación, que nos asaltan como una brisa suave y tierna: «abrir los ojos» para Serena era como «soltar pájaros de una jaula»; una mancha del paisaje es como si se «hubiera volcado un tintero de tinta malva»; los sueños hay que apuntarlos enseguida, pues se les puede ir su «polvillo de oro»; la protagonista hace una profunda petición «con los ojos cerrados a los copos de nieve»; las friegas se dan «con un cocimiento de hierbas de color añil»; al amanecer, el sol se arañaba con la cima rocosa de la montaña, «se hacía una heridita y dejaba caer tres gotas de sangre dorada que se recogían en un estanque muy chico, la Poza del Sol» o los instantes con «ese silencio raro que deja la nieve»...

Sí, la poesía está ahí, tras cada descripción, siempre presente, para salir al paso de las amenazas y hostilidades de los seres, del mal, de los miedos o del terror. Bien es verdad que en el segundo de los cuentos, *El pastel del diablo*, la poesía se nos muestra más densa. El microcosmo de la Casa Grande y su jardín son el escenario del escenario, la representación de esa otra representación que van a llevar a cabo, con sus máscaras y disfraces, los personajes en una atmósfera llena de muebles y de «libros abiertos».

También están abiertos al misterio del jardín los grandes balcones. En uno de ellos, bajo la vigilancia de dos angelotes, se da esa tiernísima escena en la que un anciano y la niña nos conducen a una realidad de realidades, de significaciones sublimes, en la que, a cada segundo, la autora se mueve en el filo de su aventura creativa. Una simple palabra o una expresión inapropiadas bastarían para dar al traste con esta hermosa escena de los dos seres acurrucados y abrazados en el balcón y deseosos de *otra realidad*, entregados al mundo de los sueños, las obsesiones y la alucinación. Y qué duda cabe que, en este segundo relato, la psicología de Sorpresa –la niña que pregunta siempre, la niña que no cree en imposibles, la niña que es un personaje paradigmático– llega a su más alta expresión.

En ambos relatos hay a cada momento un dinamismo rítmico, una gran actividad llena de inquietud, de desasosiego; pero a la vez pesa mucho en ellos la serena contemplación. Es la muestra extremada de ese huir de los personajes cautivos o

insatisfechos hacia otra realidad, hacia el *más allá*. Esa contemplación es radical cuando se asoman al cielo estrellado. Serena y Altalé lo harán desde las altas ventanas del negro castillo; Sorpresa lo hará subida al árbol de su jardín, en una de las escenas más «cinematográficas» del relato: cuando a su vez contempla en la cocina a sus padres que discuten. También he pensado en las divagaciones y en los murmullos de algunas escenas del cine de Fellini al contemplar el ir y venir sonámbulo de Sorpresa por las estancias de la misteriosa casona. La realidad-realidad regresa siempre, como vemos, para quebrar el sueño; pero éste, a su vez, también retorna para envolver a la realidad y difuminarla bellísimamente.

Si en un cuento «no pasa algo nuevo, no hay nada que contar», nos advierte Carmen Martín Gaité en uno de los momentos de su narración. Ella misma nos proporciona esta valiosa clave para comprender sus relatos hasta sus últimas consecuencias: sus mensajes últimos. Lo *nuevo*, que es precisamente lo que le proporciona originalidad y valía incuestionable a sus dos cuentos. El mundo en el que vivimos –como las habitaciones de la Casa Grande y sus pasillos, o las estancias y fosos del castillo terrible– es un mundo lleno de espejos y de laberintos, de asechanzas y de dolor, y sólo a través del sueño se puede ir más allá de él, se puede superarlo y salir indemne del encierro; se puede volver a la realidad –segura, pero habitual– del monte o de los dos pueblos de los relatos (uno, en verdad, Trimonte, más sosegado y menos turbador que el otro, Belfondo).

Y no tenemos que olvidarnos nunca de los mensajes últimos. Es decir, por debajo de lo aparentemente irreal y de lo engañosamente imaginativo, se nos transmiten mensajes muy concretos, muy vivos, muy provechosos: el de la presencia del mal en el primero de los relatos, el de las ansias de libertad y de rebeldía en los dos. Más allá de todo lo que puedan llegar a ser, los seres humanos son seres para el ensueño, y en él poseen un medio ideal para realizarse, para superar las añagazas, para huir de los lugares comunes: para salvarse.

En verdad, estos dos cuentos merecen el arriesgado calificativo de «maravillosos». Nos encontramos ante los frutos de una escritora magistral, llena de recursos y dominando siempre con gran templanza y claridad deliciosa su escritura. En estos dos relatos no sobra ni falta ninguna palabra. La autora se arriesga siempre en sus divagaciones, pero sale indemne de sus osadías y retorna segura a la coherencia, a la unidad del relato. Carmen Martín Gaité escribe, simplemente, muy bien, perfectamente. Acaso, éstas le parecerán al lector palabras grandilocuentes, pero son ciertísimas en unos tiempos en los que tanto texto seco y hueco, sin alma, nos asalta.

Escribo estas páginas en Salamanca. A veces, en noches heladoras, me acerco hasta la Plaza de los Bandos. En ella estaba la casa de la escritora y hoy un busto que la recuerda. En él, un cuerpo sale de un gran libro abierto; acaso uno de aquellos libros que estaban abiertos en la Casa Grande de su relato.

Inevitablemente debo hablar de ese calor que, en noches frías, me proporciona su ausencia. Quiero por ello finalizar teniendo este recuerdo para la persona tan especial que fue la autora.

Tuve la oportunidad de hablar con ella en contadas ocasiones, pero de esos encuentros extraje una experiencia inolvidable, una sensación de humanidad inexplicable, pero conmovedora. Ella no era un ser al uso. ¿Era Carmen un personaje más de sus relatos? ¿Cómo olvidar su sonrisa y su entusiasmo? ¿Había dado ella con esos secretos que los personajes de sus relatos persiguen? Fino humor y alentador entusiasmo: un modo de ser que era, quizá, el resultado de las claves que ella misma nos había desvelado en sus propios libros. Sí, humor y entusiasmo se fundían en aquella sonrisa sabia que hoy nos sana cuando la leemos, que hoy nos salva cuando la evocamos.

**Antonio Colinas**



# DOS CUENTOS MARAVILLOSOS



# El castillo de las tres murallas

*Para la Torci, que presidió, a los diez años, el funeral por su abuelo Rafael.*

# Uno

Había una vez, hace mucho tiempo, un hombre inmensamente rico, pero tan desconfiado que nunca había sido capaz de disfrutar de su riqueza sin sobresaltos. Se había hecho construir en lo alto de una enorme montaña un castillo de mármol negro rodeado por tres murallas, a las que bautizó con los nombres de la de los Fosos, la Roja y la Erizada, y estaban dispuestas por ese orden, contando de arriba abajo. O sea que la Muralla Erizada, que era también la más alta, abarcaba a las otras dos y es la que se veía más cerca al pasar al pie de la montaña.

Entre la Muralla de los Fosos y las paredes negras del castillo corrían los dos fosos que le daban nombre, paralelos y un poco separados uno de otro.

De los dos, el más profundo y terrible era el que estaba pegado al castillo, sirviéndole de cinturón de seguridad. Por sus aguas, de un verde muy oscuro, nadaba una especie de ratas gigantes de color rojo y cola de cetáceo que se llamaban «brundas». Estaban muy nerviosas porque nunca dormían, y se pasaban todo el día y toda la noche batiendo con la cola el agua quieta del foso, que hacía un ruido monótono al chocar contra el basamento del edificio. Sus ojos brillaban con una fosforescencia amarilla, tenían un oído extremadamente fino y, en cuanto percibían pasos o cualquier rumor sospechoso al otro lado de la muralla, lanzaban un grito de alerta, mitad chillido de foca, mitad graznido de cuervo, tan agudo y espeluznante que hubiera sido capaz de espantar por sí solo a una cuadrilla de ladrones.

El otro foso de más abajo, aunque se llamaba así, «el Foso de Abajo», era más bien un riachuelo bordeado de arbustos y de ribazos, y en él se criaban peces de carne exquisita que proporcionaban alimento en toda estación. Sus aguas eran muy transparentes y plácidas y se podían surcar en un barco alargado como de juguete, pintado de colores vivos y resguardado con quitasoles bordados en oro y plata. Pero la cercanía del Foso de las Brundas y la sombra de la muralla que se cerraba sobre ambos hacían un poco siniestro el paseo.

La Muralla Roja se llamaba así porque había sido construida con una argamasa de arenillas rojizas que brillaban como estrellas cuando les daba el sol, y ni las lluvias torrenciales ni las heladas rigurosas eran capaces de erosionarla, tan resistente era.

Entre la Muralla de los Fosos y la Roja se extendía un jardín en declive lleno de flores y árboles de las especies más exóticas. Por el césped del jardín se paseaban doce pavos reales. Había también, repartidos acá y allá con mucho arte, una serie de cenadores, templetos, bancos y estatuas de alabastro representando dioses y

ninfas, que daban al conjunto un aire de paraíso. Todo en aquel jardín, especialmente cuando llegaba la primavera y arrancaban a cantar miles de pájaros, convidaba al placer y parecía estar inventado para servir de escenario a grandes fiestas y diversiones.

Pero Lucandro, que así se llamaba el hombre rico, nunca daba fiestas ni invitaba a amigos, porque no tenía ninguno. Y lo peor era que tampoco él disfrutaba de las delicias del jardín ni era capaz de sentarse a leer a la sombra de los árboles o tumbarse en paz sobre la hierba a mirar pasar las nubes por entre los altos ramajes movidos por el viento. Ni dentro de la casa ni fuera de ella podía parar quieto. Se le veía siempre entrando y saliendo con ojos recelosos, yendo de una estancia a otra o de un lugar a otro del jardín, a pasos apresurados, como si se dirigiera a hacer un trabajo muy urgente. Pero nunca hacía nada más que dar órdenes a los criados o interrogarlos sobre la desaparición o la rotura de algún objeto. Siempre pensaba que le estaban engañando y que de ninguno se podía fiar.

El jardín daba mucho trabajo, sobre todo en la época de las lluvias, porque como el terreno estaba en declive, podían producirse desprendimientos de tierra.

Lo cuidaba un esclavo de raza malaya que se llamaba Tituc. Medía más de dos metros de estatura, llevaba un pendiente grande de latón, alfanje al cinto y pantalones bombachos de paño oscuro. Entendía mucho de jardinería y de horticultura, y de tarde en tarde bajaba a la cercana aldea de Belfondo para abastecerse de semillas y abonos o para preguntarles algo a los agricultores de allí, que eran gente muy pobre. Producía temor, a pesar de su mirada bondadosa, hablaba poco y tenía fama de ser invencible en las peleas.

Era una fama, sin embargo, que nunca había tenido ocasión de poner a prueba para defender la finca de Lucandro. Ningún ladrón ni salteador de caminos, de los que tanto abundaban en aquella región miserable, se había atrevido jamás a merodear por allí, por mucha hambre que tuviera. El castillo de las tres murallas, recortándose contra el cielo, parecía tan inexpugnable y fantasmal que producía respeto ya sólo con mirarlo desde la falda de la montaña. Los campesinos de Belfondo la llamaban la «Montaña Tenebrosa», y al pasar por el camino que la bordeaba, al pie de la Muralla Erizada, apretaban el paso y se santiguaban, sobre todo si empezaba a caer la noche. Y mientras se alejaban casi corriendo, les respondía desde lo alto el lamento de las brundas en perpetua centinela.

Entre la Muralla Roja y la Erizada, había una franja de terreno muy ancha que se escalonaba en bancales. Allí había plantado Tituc toda clase de hortalizas y árboles frutales que se regaban por medio de primorosas acequias, crecían lozanos y daban cosecha en cualquier época del año. También se cultivaban gran profusión de hierbas medicinales, a las que Lucandro era muy aficionado, porque según le iba cambiando el humor, se inventaba una enfermedad distinta. Él mismo bajaba, a veces en plena noche, a arrancar la hierba que le parecía adecuada para calmar su

dolor de aquel momento, y él mismo la cocía y se preparaba una tisana. Las hierbas medicinales estaban plantadas por colores en una parcela que se llamaba «el rincón del arco iris» y que iba del rojo al violeta. Las hierbas de tonos verdes curaban los males de hígado, las amarillas el dolor de riñón, las azules el de cabeza, las rojas el de barriga, las anaranjadas eran buenas para las fiebres infecciosas, las añiles para el reuma y, por último, las violetas estaban indicadas para todos los malestares que no se podían definir. El trozo donde crecían estas hierbas violetas y malvas era mucho más grande que los demás, porque eran las que Lucandro necesitaba tomar con mayor frecuencia. Así que la parcela del arco iris, con todos los colores repartidos tan igualitos y de repente la mancha aquella enorme al final, parecía el dibujo hecho por un niño aplicado y cuidadoso, al que se le hubiera volcado un tintero de tinta malva cuando lo estaba terminando.

Dentro de este recinto entre la Muralla Roja y la Erizada, que era el más grande de los tres, había también un bosquecillo a poniente donde se criaban faisanes, perdices, conejos y codornices. Un poco más abajo, un establo con vacas y, adosada a él, una granja con patos, gallinas y cerdos. De esta manera, la alimentación estaba asegurada para todo el año y solamente en alguna ocasión extraordinaria había que bajar a Belfondo a buscar algo.

Las pocas veces que Lucandro salía, lo hacía a caballo. Tenía un caballo blanco que se llamaba Info y otro negro que se llamaba Calermo. La caballeriza estaba ya pegada a la última muralla y desde fuera se podían escuchar distintamente los relinchos de Info y de Calermo, que, aunque se llevaban muy bien, se aburrían mucho allí encerrados y a veces se ponían algo inquietos.

La Muralla Erizada, que era la tercera y última, se llamaba así porque estaba coronada de cristales, pinchos, púas, espinos y zarzas, para evitar que nadie la saltase desde el camino. Era de piedra gris jaspeada con vetas de plata, y estaba interrumpida en el centro por un gran arco de bóveda con una inscripción en la piedra que decía: «Pasad de largo».

Si algún caminante, desoyendo este consejo, se metía por debajo del arco, se encontraba ante la verja enorme que guardaba la entrada del castillo. Era toda de hierro sobredorado y tenía en el centro un aldabón grande en forma de dragón. Este aldabón pesaba mucho y estaba colocado a bastante altura, de tal manera que sólo una persona alta y vigorosa podía hacer uso de él. Pero cuando se usaba, sus ecos se extendían por todo el valle, sonoros como tañidos de campana. Era tan raro que alguien llamara al castillo de las tres murallas que aquellos aldabonazos, cuando resonaban en el pueblo, se tenían por un acontecimiento, y todos los vecinos de Belfondo se asomaban a las ventanas, preguntándose qué pasaría. También, en estos casos, aumentaba considerablemente la agitación de las brundas, las cuales, además de emitir su chillido habitual, se ponían a dar unos saltos tan fieros que casi llegaban a las ventanas del primer piso.

Pero esto de llamar al aldabón ocurría muy pocas veces. Lo que sí era más frecuente, en cambio, es que algún peregrino o mendigo que acertara a pasar por allí se acercase a la verja, atraído por la curiosidad, y se pusiera a mirar por los huecos. Los hierros de la verja estaban unos tan cerca de otros que ni siquiera un gato recién nacido se hubiera podido colar entre ellos, pero el ojo de un hombre sí cabía. Y lo que se veía era una escalera de mármol blanco interminable que subía encajonada entre altas barandillas.

Eran éstas dos parapetos de mármol que, atravesando en línea recta la Muralla Roja y la de los Fosos, llegaban hasta la puerta principal del castillo. La escalera se convertía en un puente de tres arcos al pasar encima del Foso de Abajo y en un puente levadizo al llegar al Foso de las Brundas. Al cabo de este puente levadizo estaba, por fin, la puerta principal de entrada al castillo, que era de madera de cedro y estaba protegida por otra verja. Pero todo esto desde la verja de abajo no se distinguía bien, porque la escalera era tan larga que se perdía de vista.

Tenía trescientos sesenta y cinco escalones, tantos como días tiene el año, y estaba dividida en cuatro tramos que llevaban escritos al comienzo de cada uno el nombre de las distintas estaciones. Cada treinta escalones había rellanos amplios para descansar, con miradores y asientos. La barandilla de la izquierda estaba esculpida con imágenes relativas a los astros y los signos del zodíaco, alternando con otras que representaban batallas y acontecimientos de la remota antigüedad. La barandilla de la derecha era lisa y, de vez en cuando, se veían en ella unas inscripciones donde se iban explicando los dibujos de enfrente. Pero estas inscripciones estaban hechas en una escritura de caracteres tan menudos y enredosos que no se entendía nada.

El artista que había grabado aquellas letras sobre la barandilla de la derecha era un sabio oriental que se llamaba Cambof Petapel y tenía más de cien años. En su juventud se había dedicado al estudio de los jeroglíficos y de todas las formas de escribir que existen en el mundo. Pero de tantas caligrafías como habían pasado por delante de sus ojos, las confundía ya todas en su memoria, y había tenido que inventar una escritura nueva, mezcla de todas las que aprendió en su vida y de algunos signos y dibujos añadidos por su imaginación de viejo, que era todavía más rara y loca que la que tenía de joven.

Cambof Petapel llevaba muchos años viviendo en el torreón más alto del castillo de las tres murallas, dedicado a esculpir figurillas de madera, a disecar animales y a mirar los astros con un catalejo. La habitación de Cambof Petapel tenía el techo de cristal y estaba adosada a una almena. Él mismo la había arreglado y la tenía llena de libros, de mapas terrestres y celestes, de herramientas de carpintería y de retortas y probetas donde ensayaba mezclas con líquidos, hierbas y polvos de colores. Porque también era químico y curandero. De lo que más entendía era de leer en el rostro de las personas para adivinarles las enfermedades del alma.

–Los males que no dan fiebre ni hinchazón ni sarpullido, éstos son los peores de todos –le decía a Lucandro, cuando éste subía a consultarle algún problema o a pedirle remedio para uno de aquellos malestares tan difíciles de explicar que le quitaban el sueño y la respiración.

Cambof Petapel era la única persona de este mundo de la que Lucandro no desconfiaba y a quien pedía consejo en ciertos trances, aunque luego nunca le hiciera caso. Después de mucho observar su conducta, había llegado a la conclusión de que nunca intentaría robarle ni engañarle, porque no le interesaban las riquezas. Y esto le tranquilizaba y hasta le producía una punta de respeto. Aunque no lo pudiera entender.

Otra cosa que admiraba mucho a Lucandro de Cambof era que nunca se aburría ni se le notara preocupado.

–¿Por qué voy a estar preocupado? –decía Cambof cuando hablaban de este tema–. No tengo motivos. Y si los tengo, se me han olvidado ya.

Motivos de preocupación reales tampoco los tenía Lucandro, pero se los inventaba de tanto vigilar lo que tenía, de tanto contarle y sacarle brillo. Estaba rodeado de objetos sin vida que le esclavizaban.

–¿Para qué quieres tantos relojes, si no les das cuerda? –le preguntó Cambof un día que accedió a visitar con él las habitaciones del castillo.

En cada una había, en efecto, por lo menos un reloj de mesa, de consola o de pared. Eran de estilos muy diferentes, unos estaban debajo de un fanal, otros incrustados en el vientre de un león de marfil o en el escote de una pastorcita de porcelana, las pesas de otros eran de oro y piedras preciosas. Pero todos estaban parados. Y era porque Lucandro no podía aguantar la idea del paso del tiempo. Cuando pensaba que todas aquellas riquezas que con tanto desvelo conservaba iban a vivir más que él y a ser tocadas por otras manos, se enfurecía. Era un pensamiento que trataba de espantar siempre, pero que le volvía a venir cuanto más lo espantaba, como pasa con las moscas. Y cuando Cambof Petapel le veía entrar en su torreón por la noche con la respiración entrecortada y los ojos de un loco, ya sabía que estaba pensando en aquello.

–¿Tú no tienes miedo a morirte? –le preguntaba Lucandro.

–Yo no. Porque ya me he muerto otras veces y no te creas que se nota mucho.

Narraba episodios de otras vidas anteriores que, según decía, había vivido. Había sido pirata, soldado, ermitaño, princesa y hasta águila, y nunca supo cómo pasaba de un estado a otro. Y aunque seguramente se trataba de sueños que tenía o de historias que había leído o alguien le había contado a lo largo de su dilatada vida, él las contaba a su vez con tanta emoción y detalle que parecían recuerdos propios.

Cambof Petapel era muy pequeñito, vestía una túnica de colores y tenía el pelo liso y muy negro, sin ninguna cana. Comía poco, dormía menos y se había olvidado de quién era.



## Dos

Lucandro vivía con una mujer muy joven y muy hermosa que se llamaba Serena. Nadie en Belfondo sabía desde cuándo vivía allí esa mujer, ni de dónde la había traído Lucandro, ni si estaban casados o no.

La primera vez que se había oído hablar de ella fue un día de verano, cuando unos mercaderes, recién llegados de la ciudad, que distaba treinta leguas, se detuvieron en una posada del pueblo a reponer sus fuerzas y preguntaron por el castillo de las tres murallas.

–¿Vais allí? –preguntó la posadera, bastante extrañada.

–Sí, allí vamos –respondió el más joven de los cuatro. Porque los mercaderes eran cuatro.

Venían polvorientos y sudorosos. La posadera los introdujo en un patio y sacó unos cubos de agua del pozo para que se refrescaran la cabeza y las manos. Luego se sentaron un rato a la sombra del emparrado y el niño de la posadera les trajo pan moreno, queso de oveja, higos y una jarra de vino frío.

Ellos pidieron agua y alfalfa para las caballerías, que habían dejado atadas fuera y que, según dijeron, venían agotadas de tanto calor y de tanta carga.

Traían, efectivamente, una recua de ocho mulas cargadas con grandes cofres. A las preguntas de la posadera, que se moría de curiosidad, contestaron diciendo que aquellos cofres contenían vestidos y aderezos para la señora del castillo.

–¿Qué señora? –preguntó la posadera–. El señor del castillo no está casado. Se enfadará si llamáis allí por equivocación. No le gusta ser molestado por nadie.

Pero los mercaderes aseguraron que no había equivocación, que el propio Lucandro era quien les había encargado toda aquella rica mercancía para ofrecérsela como regalo a su mujer.

La posadera se quedó un rato pensativa, mirándolos comer.

–No puede ser –murmuró.

Luego se metió en el local, despertó a su marido, que estaba dormitando entre un run run de moscas, y le contó con muchos aspavientos lo que habían dicho los mercaderes. El herrero y el molinero, que estaban un poco más allá jugando a las cartas, interrumpieron la partida y se acercaron para enterarse también. Y la posadera les pidió que salieran con ella al patio para servirle de testigos. El herrero, el molinero y el posadero afirmaron rotundamente que el señor del castillo de las tres murallas no vivía con ninguna mujer, y trataron de convencer a los mercaderes, pero sin conseguirlo.

Se bebieron aquella jarra de vino y otra, pagaron con generosa propina y

salieron, por fin, a desatar las mulas. Parecían de muy buen humor. El niño de la posadera se ofreció a acompañarlos hasta el pie de la Muralla Erizada y se alejaron los cinco con las caballerías bajo el sol abrasador de agosto.

No habría pasado ni un cuarto de hora cuando el aldabonazo recio y sonoro de la verja del castillo atronaba con sus ecos todo el valle.

La posadera fue por las casas del pueblo propagando la extraña novedad. Algunos vecinos, a pesar de ser la hora de la siesta, ya se habían asomado a las ventanas de sus casas o habían salido a la calle. Se fueron congregando poco a poco bajo los soportales de la plaza y hablaban entre sí con aire de misterio. Pasaban tan pocas cosas en Belfondo que cualquier noticia relacionada con el castillo de las tres murallas era como tirar una piedra a las aguas dormidas de un estanque.

Así que cuando llegó el niño de la posadera, todos le rodearon y le acosaron a preguntas. Llevaban un rato esperándolo ansiosos, y les parecía que tardaba mucho. Incluso algunos chicos de su edad habían salido a su encuentro y ahora se adelantaban corriendo para resumir a los demás con mucho alboroto lo que él les había contado.

Entre unos y otros no le dejaban hablar, ni tampoco él sabía por dónde empezar de tan emocionado como venía. Tartamudeaba, mirando dos monedas que traía apretadas en el puño y que de vez en cuando le brillaban por entre los dedos. Se las había dado Tituc, el hortelano, como premio por haberle ayudado a meter las mulas de los mercaderes hasta la caballeriza. Él no imaginaba que lo iban a dejar entrar. En la caballeriza había visto una carroza con muchos adornos de oro en las portezuelas.

–Pero empieza por el principio –le dijo su madre muy impaciente–. ¿Viste a la señora?

No, él no había visto a ninguna señora. Había bajado a abrir Tituc y había hecho pasar a los mercaderes, diciéndoles que su amo ya los estaba esperando.

–¿Dijo *su amo* o *sus amos*? –quiso saber la posadera.

El niño se rascó la cabeza pensativo.

–No lo sé. No me fijé.

–Eres tonto. No se te puede mandar a ningún lado.

–Da igual –interrumpió la vecina–. Si los hicieron pasar porque los estaban esperando y dices que lo que traían en las mulas era ropa de mujer...

–Yo no vi nada –dijo la posadera–. Eso fue lo que me dijeron ellos. Pero los cofres venían cerrados. No sé si mentirían.

–No, no era mentira –saltó el niño–. Te dijeron la verdad. Yo lo he visto. Eran vestidos y zapatos de mujer. Muchos. Y muchas joyas y abanicos. Y telas de oro transparentes. Se pusieron a sacarlo todo de los cofres y bajaron criados con cestas a buscar las cosas. Bajaban por una escalera blanca larguísima como la que sube al cielo. Fue entonces cuando Tituc me dio estas dos monedas y me dijo que ya me

podía ir. Yo no quería. Me hubiera gustado estar más rato y ver más cosas. Seguro que en la huerta tienen más de mil árboles.

Ya casi había anochecido cuando los cuatro mercaderes volvieron a pasar por delante de la posada con su recua de mulas. Cada cual iba montado en una y llevaba otra por la brida. Se sorprendieron de ver tanta animación y preguntaron si se estaba celebrando alguna fiesta.

–No –contestó la posadera–. Estábamos esperando para enterarnos de qué tal os ha ido en el castillo. ¿No queréis pasar a tomar algo?

Dijeron que no, que preferían llegar a dormir a otro pueblo que estaba a dos leguas, donde vivía la hermana de uno de ellos. Y que la invitación a pasar la agradecían, pero que en el castillo habían descansado ya un par de horas, después de cerrar el trato, y les habían dado merienda. Parecían excitados y alegres, como cuando se ha concluido con felicidad un negocio. Pero no se les notaban ganas de entretenerse ni de entrar en más detalles.

–¿Así que está casado el señor del castillo? –se decidió a preguntar la posadera, en vista de que el más viejo, que era el que iba en cabeza, hacía además de despedirse y volvía a picar espuelas a la mula.

Se detuvo un momento y, por toda respuesta, levantó la tapa de uno de los cofres. Estaba vacío.

–Así parece –comentó luego, cerrando nuevamente el cofre–. Arre, mula. Se nos hace de noche.

Sus compañeros le siguieron, agitando la mano y sonriendo, a modo de despedida. Sólo el más joven, que había pedido agua y estaba bebiendo, se quedó un poco rezagado.

Se estaba limpiando la boca con el dorso de la manga y mirando con ojos soñadores hacia el sitio por donde acababa de salir una luna de color naranja, cuando la posadera se arrimó a su mula y le hizo un gesto como para indicarle que se agachara.

Estaba tan distraído que le tuvo que tirar de los pantalones.

–¿Qué pasa? –preguntó un poco asustado.

–Nada, calla, que te quiero preguntar una cosa.

El otro agachó el cuerpo, aunque sin desmontar, y la mujer se subió en una piedra para hablarle cerca del oído.

Los otros vecinos, que no perdían detalle, se mantenían apartados.

–Dime, ¿pero la habéis visto? –preguntó la posadera en voz baja.

El mercader joven asintió solemnemente con la cabeza.

Tenía un gesto ensimismado.

–Por favor, dime algo más –insistió ella–. ¿Le gustaron los vestidos? ¿Cómo es?

El mercader joven guardó silencio unos instantes.

–Nunca había visto una mujer más bella en toda mi vida –dijo luego–. Pero no

quería que el señor del castillo le comprara tantas cosas. Parece algo triste.

No pudo contar más, porque sus compañeros, que se habían parado un poco más allá a esperarlo, se pusieron a darle voces para que se diera prisa.

Desde aquella tarde, la señora del castillo de las tres murallas se convirtió en tema central de todas las conversaciones.

Hay que decir que los vecinos de Belfondo eran, en su mayoría, vasallos de Lucandro. O sea que él les había cedido tierras suyas para que las sembraran, labraran y se beneficiaran de sus frutos. No lo había hecho apiadado de su pobreza, sino porque pensaba que así le estarían agradecidos y no pensarían en pedirle nada ni en robarle. Pero tenían que pagar tributo y además las tierras que había elegido para darles eran pedregosas. Ya llevaban mucho tiempo dando mala cosecha y por todos aquellos contornos se pasaba mucha necesidad. Los belfondinos querían pedirle a Lucandro que les cambiara sus tierras por otras mejores que tenía sin cultivar al otro lado del valle y que no aprovechaban a nadie. Pero no se atrevían. Le tenían miedo. No conocía el nombre de ninguno de sus vasallos ni le importaban sus asuntos, nunca eligió entre ellos a un solo criado para su casa, y las pocas veces que salía a caballo, pasaba de largo mirando hacia el horizonte, como si no los viera.

Precisamente aquél había sido un año de enorme sequía y bastante gente había muerto de hambre. Así que la existencia misteriosa de aquella mujer abría una ventana a la esperanza. Tal vez fuera buena y se prestase a acoger con clemencia sus peticiones. Pero pasaban los días y a nadie se le ocurría un medio eficaz para llegar a ella. Estaba claro que Lucandro no tenía interés en que nadie la conociera.

Por Tituc, que bajó una tarde a herrar los caballos, varias semanas después de la visita de los mercaderes, había logrado saber el herrero, a base de mucho sondearle al criado malayo, que su amo llamaba Serena a aquella mujer. Luego existía. Aunque no pudo arrancarle ninguna noticia más.

De todas maneras, como lo que más nos hace creer en las cosas es que tengan nombre, poco a poco la presencia de Serena empezó a extenderse por todo el valle, de una forma impalpable pero tan real como la luz que impregna el atardecer. Era una creencia que todos compartían y que les proporcionaba un extraño consuelo. Decían «Serena» y se ponían a hablar de ella como si la hubieran visto, igual que hablaban de Dios.

Se contaban en Belfondo muchas historias acerca de Serena, pero todas inventadas. Unos decían que era hija de un rey, otros que no era la mujer de Lucandro sino su hermana, otros que se la había comprado a unos piratas berberiscos que la llevaban a vender como esclava. Hubo quien llegó a decir que practicaba la hechicería, que algunas noches de luna se escapaba del castillo y que se la había visto vagando por los campos en camisón, como un alma en pena, recitando conjuros incomprensibles.

Pero lo cierto es que nadie la había visto.

Hasta que una tarde, un zagal que venía con su rebaño de ovejas hacia Belfondo, rodeando por la parte trasera de la Montaña Tenebrosa, acertó a alzar los ojos hacia el castillo y vio en los balcones de arriba una figura vestida de blanco. Se veía muy pequeña desde tan lejos, pero se conocía bien que era una mujer.

El zagal se quedó inmóvil sin apartar los ojos de allí ni atreverse a respirar, por miedo a que se desvaneciera aquella aparición soñada. Pero se puso el sol y no se desvanecía, ni se movía, ni hacía nada más que estar allí. Hasta que se empezó a hacer de noche y el muchacho tuvo que echar a correr porque notó que el rebaño se le había ido. Y la figura blanca seguía allí asomada.

Guardó aquella visión para él solo. Le latía mucho el corazón cada vez que se acordaba, pero no se lo contó a nadie. Pensó: «Si ha sido un sueño, se reirán de mí. Y si ha sido verdad, también ellos querrán venir a ver la figura blanca, harán mucho ruido y ya no será mía, la habrán visto todos». Era tan pobre que no quería que nadie le quitara la primera cosa que tenía en su vida, y que era suya sólo por habérsela encontrado él.

Así que guardó el secreto. Y se sonreía un poco cada vez que oía hablar a la gente de Belfondo de la señora del castillo de las tres murallas, a quien nadie había visto.

Se acostumbró a seguir siempre el mismo camino a la misma hora, aunque antes algunas veces viniera por otros. Y volvió a ver a Serena alguna tarde más. Era verdad. Era ella. Siempre quieta, como si estuviera muerta, siempre vestida de blanco. Mirando hacia el valle. Y cuando se hundía el sol y él tenía que irse en pos de su rebaño, seguía allí todavía. Era verdad.

Y lo que más le gustaba al zagal era pensar que, si estaba viva, tenía que estarle viendo igual que él la veía a ella. O todavía mejor, porque siempre se distingue todo más claro desde lo alto, y especialmente cosas que se mueven, como es un rebaño de ovejas con su pastor. Cuando Serena estaba asomada al llegar ellos, era como si los estuviera esperando.

Porque además al anoecer no pasaba nadie por aquella ladera. Tenía fama de ser peligrosa. La llamaban la Ladera de los Lobos.

## Tres

El tocador y el cuarto de costura de Serena se comunicaban entre sí y daban a poniente. En el cuarto de costura había una escalera de caracol por la que se bajaba al dormitorio que compartía con Lucandro. Estaba alfombrada y no se oían los pasos cuando alguien subía por ella. A Serena, cuando estaba cosiendo, mirando libros de estampas o simplemente asomada al balcón siguiendo las nubes con los ojos, le molestaba que apareciese Lucandro de repente por la escalera de caracol y se pusiera a revolverle en los cajones, a abrir los armarios o a contar las cosas que había entre los dos cuartos, para ver si faltaba algún regalo de los que él le había hecho. A pesar de lo grande que era el castillo y de los muchos objetos de valor que cada estancia contenía, entre los que estaban a la vista y los que estaban guardados, Lucandro se acordaba de todos ellos, hasta de los más pequeños, y en cualquier momento hubiera podido hacer de memoria el inventario completo.

–¿Cómo tienes esta arquilla abierta? –le preguntaba a Serena, mirándola con gesto de inquietud–. No te entiendo. Nunca escarmientas.

–¿Pero quién me va a robar nada? ¿Y de qué tengo que escarmentar? –se extrañaba ella, abriendo de par en par sus ojos color caramelo.

–Pues, ya ves, te falta el broche de coral.

–Lo tengo puesto. Pero toma, guárdalo tú si quieres –contestaba, quitándoselo.

–Sí, mejor será. Te fías demasiado de tus doncellas y de todo el mundo.

Serena se quedaba mirando a través del balcón abierto con una sonrisa triste.

–¿Quién es todo el mundo? –murmuraba como para sí.

Ella no tenía más mundo que aquel paisaje grandioso y pelado de la Ladera de los Lobos, por donde todos los días veía meterse el sol. Sólo por allí se podía escapar de los jardines, murallas y escaleras contruidos por Lucandro, de las joyas regaladas por Lucandro, de los miedos y consejos de Lucandro y de aquellos horribles animales del foso que vigilaban su hacienda. La Ladera de los Lobos era lo único suyo de verdad, y la amaba. Hubiera querido bajar a correr entre los tomillos, perseguir al sol con los brazos abiertos por lomas y valles como a una corneta roja, hablar con el pastorcito aquel que veía volver algunas tardes caminando a Belfondo. Se paraba allá abajo con el rebaño de ovejas y se quedaba mirando hacia su balcón como si le estuviera enviando un mensaje silencioso. ¿Qué le querría decir? ¿Cómo se llamaría? Le parecía el único habitante de ese mundo lejano, su único amigo. Y además, aunque no lo fuera, aunque estuviera espiándola lleno de odio y de malas intenciones, ¿cómo iba a tener miedo de él, si estaban separados por tres murallas que nadie era capaz de atravesar?

Pero como Serena no tenía ganas de ponerse a discutir con Lucandro ni les tenía apego a los regalos que le hacía, empezó entregándole la llave de todos sus cofres y cajones y acabó dándole permiso para que se llevara todo lo que le pareciera de algún valor y lo guardara él en otro lugar más oportuno y seguro.

Con lo cual, poco a poco, el tocador y el cuarto de costura de Serena se fueron quedando vacíos de adornos, y así se parecían más de verdad a la cárcel que eran. Cada tarde de las que Lucandro subía sigilosamente por la escalera de caracol le quitaba a Serena una cosa, de la que luego nunca le volvía a hablar, ni ella tampoco le preguntaba dónde la había puesto. Y él la miraba con recelo y un poco de incredulidad.

—¿De verdad que no te importa que me lleve también esto? Lo hago para guardarlo mejor. Pero, al fin y al cabo, es tuyo —le decía.

—No, no, de verdad. Contigo está más seguro. Y además a mí me gustan mucho los cuartos vacíos.

Hasta que se quedó sólo con el costurero, objetos de primera necesidad, algunos libros y unas cuantas chucherías baratas. Pero Lucandro, de esa manera, empezó a respetar su retiro y a dejarla en paz.

A él se le hacía corto el día para pasar revista a todas las riquezas de aquel enorme castillo. Recorría a diario y una por una sus habitaciones. Y cuando dejaba alguna por revisar, por haberse entretenido más de lo debido en las otras, se iba a la cama tan a disgusto que se tenía que volver a levantar para terminar la tarea. Una de las cosas que más le irritaba era que los criados, al limpiar, le cambiasen algo de sitio. Necesitaba ver siempre las cosas en los mismos sitios. Su manía había llegado a tal punto que hasta las estatuas del jardín bajaba a inspeccionar y las contaba, igual que la vajilla o las joyas, como si alguien se las pudiera llevar. Y cuando les pasaba los dedos por el pedestal de alabastro, para comprobar si habían sufrido algún deterioro, en lo único que pensaba era en el mucho dinero que valían, nunca en si eran bonitas o feas o en la historia que podía haber vivido la persona muerta a la que estaban representando. Y ellas le miraban desde lo alto con frialdad y desprecio, como miran siempre las estatuas.

A Lucandro, antes de bajar al jardín, le gustaba detenerse unos instantes en el puente levadizo que había sobre el Foso de las Brundas y contemplar desde allí la gran escalera blanca y las tres murallas con los espacios correspondientes que cada una defendía. Y respiraba satisfecho. «Todo esto es mío —murmuraba—. Todo lo que está a mis pies ahora, es mío.» Y se inclinaba después hacia el foso profundo que corría bajo la lámina de hierro del puente. Hacía un chasquido con la lengua o arrojaba una piedra al agua oscura, y sonreía al ver los bultos rojizos de las brundas que sacaban la cabeza para mirarle con sus ojos relucientes. En seguida volvían a sumergirse con mansedumbre, sin emitir grito de alarma alguno, y se volvía a

escuchar el batir de sus colas contra el agua del foso. En eso conocía Lucandro que a él ya habían aprendido a conocerlo.

–Tengo en ellas los guardianes más fieles del mundo –se decía complacido.

Pero lo que no sabía era que, de tanto observarlas, cada día que pasaba se iba pareciendo un poco más a ellas.

Serena fue la primera en notar que Lucandro empezaba a volverse como aquellos animales que había amaestrado para que le defendieran. Hacía los mismos giros nerviosos y bruscos cuando oía a sus espaldas un rumor sospechoso, levantaba la cabeza con un gesto parecido. Y por la noche, si se despertaba sobresaltado y se asomaba a la ventana a acechar las tinieblas, al volver luego a entrar al dormitorio, sus ojos desprendían un fulgor amarillento que se prolongaba por el aire como la luz oscilante de una vela.

Serena le miraba entre los párpados semicerrados. Solía hacerse la dormida y fingir que no se enteraba de sus insomnios, para lograr, a cambio, que Lucandro no le preguntase por los suyos. Pero al cabo de un rato, cuando él ya había vuelto a meterse en la cama con dosel que compartían y empezaba a roncar, ella se atrevía a abrir los ojos de par en par y a rebullir un poco, y era como soltar pájaros de una jaula. Poco a poco aprendió también a echarse fuera de la cama sin hacer ruido; se deslizaba de puntillas por la escalera arriba y se asomaba al balcón de su cuarto de costura a mirar las estrellas que hacían guiños encima de su cabeza. Se acordaba de que él estaba abajo durmiendo.

–¡Cómo se parece a las brundas! –pensaba.

Y sentía una mezcla de miedo y de pena, porque de niña había leído muchos cuentos donde las personas se convertían en animales y los animales en personas y se preguntaba si tal vez pesaría sobre Lucandro un maleficio de ese mismo tipo.

La noche le gustaba mucho a Serena, y era cuando se le ocurrían fantasías más raras. Las apuntaba en un cuaderno de tapas verdes, donde escribía también los sueños que había tenido. Esto era más difícil, porque los sueños hay que apuntarlos en seguida de haberlos soñado: si no, se les va el polvillo de oro, igual que cuando se tocan las alas de una mariposa. Serena tenía miedo de que Lucandro se despertara y la encontrara con la vela encendida, así que aprendió a escribir a oscuras, y al día siguiente casi nunca entendía lo que había escrito. Aunque algunas de las cosas que veía en sueños eran bastante terribles, si se le olvidaba apuntarlas le parecía que había perdido algo, porque todo aquello lo sentía más verdad que lo que veía cuando estaba despierta. La única llave que conservaba era la del cajoncito donde tenía guardado el cuaderno de tapas verdes y la llevaba al cuello colgada de una cadena, que se quitaba por las noches al desnudarse. Nunca se atrevía a decirle a Lucandro que le gustaría mucho dormir ella sola en otro cuarto.

Las horas en que se sentía más libre y a sus anchas eran las del atardecer, sobre todo desde que Lucandro había dejado de subir a molestarla al cuarto de costura.

Le encantaba asomarse a mirar la puesta de sol sobre la Ladera de los Lobos, quedarse quieta en el hueco del balcón esperando a que el cielo palidiera y saliera la primera estrella. Muchas veces se le llenaban los ojos de lágrimas.

Una tarde, cuando estaba allí, entró Lucandro sin avisar, la abrazó por detrás y ella dio un grito. Le preguntó él que qué hacía asomada al balcón a oscuras y que por qué se había asustado tanto.

–No sé –dijo ella–. No hacía nada. Mirar.

Y procuraba hablar sin que se le notara que estaba llorando. Porque sabía que eso de que llorara era lo que más le enfadaba a él. Pero la voz se le quebraba y las lágrimas le corrían por la cara sin que fuese capaz de contenerlas. Lucandro, muy alterado, empezó a hacerle preguntas sobre la causa de su llanto, y ella se encogía de hombros y guardaba silencio mirando para abajo. No sabía qué contestar.

–Pero algo te pasará –insistía él–. En algo estarías pensando cuando he entrado. ¿En qué pensabas?

–En nada. En tonterías.

–Dímelo –mandó él–. Aunque sean tonterías.

–Me da pena que se vaya el sol –dijo, por fin, Serena–. Es mi amigo. Me gustaría tener alas en los pies y seguirlo y conocer todas las casas donde se mete y todos los ríos en los que se baña y todas las personas a las que alegra el corazón.

A Lucandro todo aquello le pareció muy raro y le puso de mal humor, como todas las cosas que no entendía. Así que aquella misma noche, después de la cena, que transcurrió sin que ninguno de los dos despegara los labios, en vez de acostarse, subió a visitar a Cambof Petapel y mantuvo con él una larga consulta.

Cambof dijo que tal vez a Serena le conviniera cambiar de aires y hacer un viaje. Pero a Lucandro no le gustó nada aquel consejo.

–¿Por qué dices eso? –preguntó–. ¿Qué razones puede tener Serena para no encontrarse bien aquí?

Cambof explicó que las mujeres tienen unos sentimientos y unos sueños especiales, que él lo sabía por la época en que había sido princesa. Y se puso a contar cómo era el palacio de su padre y el jardín que se veía desde la ventana ojival de su cuarto. Pero Lucandro le interrumpió, porque le aburrían las historias de otros.

–¿Y qué pasaba? ¿Querías viajar?

–Sí –contestó Cambof–. Y también que hablaran conmigo. Nadie hablaba conmigo ni me consultaba nada. Todo lo decidían los demás por mí.

–¿Y tú crees que a Serena le gustaría viajar?

–Yo creo que sí. Pero se lo deberías preguntar a ella y así lo sabrías seguro.

Lucandro se quedó con el gesto fruncido.

–No –dijo–. Yo creo que no le gustaría. Así que no se lo voy a preguntar.

Le parecía que era un capricho tonto, caso de que lo tuviera. Y, además, salir de

viaje significaría dejar el castillo expuesto a un posible asalto de los ladrones. Cuando Lucandro decía «ladrones», pensaba siempre en aquellos rostros curtidos y serios de los campesinos de Belfondo, que apenas se alzaban al verlo pasar a caballo. Tampoco él se atrevía nunca a mirarlos a la cara. Sentía una amenaza en su actitud reservada, como de animales al acecho. Tituc le había venido con el cuento de que querían tierras mejores y de que andaban algo agitados. Cuanto mejor se les trataba, más pedían. Le envidiaban porque era rico. Y por lo visto estaban pasando mucha hambre porque la cosecha había sido mala.

–Pues ocúpate de ellos un poco más –le aconsejó Cambof–. Baja al pueblo a hablar con ellos. Nunca lo haces y eso debe ser lo que les tiene descontentos.

–Total –se enfadó Lucandro–, que he venido a que me resuelvas un problema y me sales con otro.

Cambof le miró muy serio, moviendo la cabeza.

–Tu único problema, Lucandro, es que tienes el alma encogida –le dijo–. Quiere crecer y no la dejas. Quiere gritar y le tapas la boca. Quiere volar y le atas las alas. Ni yo ni nadie te podemos ayudar a ensanchar el alma. Sólo tú, desde dentro, lo puedes hacer. Pero no quieres. A tu alma la tratas peor que a tus vasallos.

Lucandro no llevó de viaje a Serena, aunque procuró dedicarle más tiempo y más atención. Pero a ella no pareció gustarle que estuviera pendiente de sus movimientos y de sus humores. Y es que notaba que no lo hacía por cariño, sino por una especie de penitencia que se había impuesto. La atosigaba a preguntas sin sacar nada en limpio más que impacientarse. ¿Qué quería Serena en realidad?

–Nada –le dijo ella un día–. Que no me hagas tantas preguntas. Cuando no me preguntas nada es cuando me encuentro mejor.

Lucandro se quedó bastante aliviado.

–De acuerdo –le dijo–, pero cuando quieras algo, prométeme que me lo pedirás.

–Te lo prometo –contestó ella.

Poco tiempo después, Serena quedó encinta y le pidió a Lucandro que le dejara poner una cama en su cuarto de costura y dormir allí. Lucandro accedió y le dio a elegir entre todas las camas que había en el castillo. A ella le gustó una de madera de cerezo que tenía incrustado en la cabecera un pavo real en colores tornasolados. Se la subieron al cuarto de costura y se la pusieron arrimada al balcón. Serena se pasaba las tardes echada allí, mirando al campo, sin hablar con nadie.

En aquella cama, una tarde de diciembre, Serena dio a luz una niña. Poco después empezó a nevar y ella cerró los ojos. Sabía que tenía que pedir algo para su hija, porque no se había presentado ningún hada de las que se presentan, en los cuentos, a formular sus deseos junto a la cuna del recién nacido.

–Que entienda sus sueños mejor que yo entiendo los míos –les pidió con los ojos cerrados a los copos de nieve–. Y que los pueda seguir siempre. La niña tenía la piel muy blanca y el pelo y los ojos muy negros. Le pusieron de nombre Altalé.



## Cuatro

Lucandro hubiera preferido tener un hijo mejor que una hija, y Serena, que se lo había oído decir muchas veces, abrigaba la esperanza de que hiciera poco caso a Altalé y la dejara a ella encargada de su educación. Pero pronto se dio cuenta de que él consideraba a la niña como objeto de su exclusiva pertenencia. Comprendió también que acabaría por quitársela, como todos los regalos de valor que le había hecho. Y, a medida que pasaba el tiempo y se cumplían sus temores, Serena se iba poniendo cada vez más triste.

Lucandro, en efecto, se aficionó a su hija de la misma manera exagerada y maniática con que se apegaba a todas las cosas, aunque no supiera disfrutar de ninguna. Altalé era para él como una piedra preciosa y no estaba dispuesto a que se la robara nadie.

Le encargó los juguetes más raros y costosos y le mandó construir un aposento en forma octogonal en la parte alta del castillo, junto al torreón de Cambof Petapel, a quien nombró en seguida su tutor y maestro. Las paredes de aquella habitación estaban llenas de jaulas con pájaros de especies diferentes, para que divirtieran a Altalé con su revoloteo y con sus trinos. Pero, como también había mandado poner barrotes en las ventanas, toda la habitación parecía una gran jaula.

Desde el principio, Altalé mostró unas dotes asombrosas para la música. Ya antes de aprender a hablar, imitaba a la perfección el gorjeo de todos los pájaros que había en su cuarto. Cada vez que uno de ellos rompía a cantar, ella se quedaba mirándolo con la cabecita un poco ladeada y luego le respondía en el mismo registro y con tal primor que resultaba en verdad muy difícil diferenciar sus voces.

Al cumplir Altalé los cuatro años, Cambof le sugirió a su padre que le pusiera un maestro de música. Dijo que cuando un talento natural despunta tan claramente desde la infancia, conviene perfeccionarlo por medio del estudio.

—¿Y por qué no le das clase tú? —le preguntó Lucandro.

Pero Cambof se quedó reflexionando y reconoció que no podía. Por mucha memoria que hiciera, no recordaba haber dado muestras de vocación musical en ninguna de sus vidas anteriores. Ni siquiera cuando había sido princesa. A la reina, su madre, le costaba Dios y ayuda lograr que pusiera bien los dedos encima del arpa, y luego, cuando los movía, arrancaban de las cuerdas unos sonidos horribles.

Lucandro escribió varias cartas para gente que él conocía en la ciudad, pidiendo que le buscaran un maestro de música para su hija, el mejor que hubiera. La única condición que ponía era la de que accediera a vivir en el castillo de las tres murallas, pero el precio de las clases y todas las demás condiciones las podía fijar él. Decidió

mandar a Tituc a la ciudad para que llevara las cartas y esperara allí el tiempo que fuera preciso para poder traer al maestro de música y comprar los instrumentos que él dijera.

Una mañana de niebla, Tituc enganchó a Info y Calermo a un carricoche cubierto, con asientos de terciopelo, que se usaba para los viajes, se subió al pescante y salió con rumbo a la ciudad.

Serena lo vio partir con una emoción extraña. El pensamiento de que fuera a venir un desconocido a vivir con ellos y a ocuparse de su hijita le parecía una aventura maravillosa. Pero también, sin saber por qué, le daba algo de miedo.

Los diez días que tardó en volver Tituc se le hicieron muy largos. Algunas tardes bajaba despacio los trescientos sesenta y cinco escalones que terminaban en la Muralla Erizada y se quedaba allí un rato con la cabeza pegada a la verja, acechando el camino desierto. Y a veces subía ya de noche, cuando la niña estaba dormida. Pero Lucandro no la había echado de menos ni se había preocupado por su tardanza.

Desde que había nacido Altalé, para Lucandro era como si Serena hubiera dejado de existir. Ya no la perseguía ni le preguntaba qué estaba pensando o qué escribía en aquel cuadernito con tapas de terciopelo verde que a veces le veía esconder. Se acostumbró a que saliese más al jardín y a la huerta, a que tuviera toda la noche la luz encendida en el cuarto de costura, a que comiera a otras horas diferentes de las suyas, y hasta llegó a decirle que por qué no se daba algún paseo hasta el pueblo. Pero en cambio se enfadó mucho un día que salió con Altalé y se dieron un paseo juntas en el barquito de quitasoles que recorría el Foso de Abajo. Las estaba esperando sobre el puente vociferando y rojo de ira, y la niña lloraba desconsoladamente agarrada al cuello de su madre. Antes de desembarcar le dio muchos besos mojados de lágrimas y a Serena le pareció que se estaban despidiendo. Lucandro le tenía prohibido sacarla sin su permiso. Le molestaba mucho que se divirtieran juntas o que hablaran en voz baja de cosas que él no entendía. Era él quien se quedaba junto a la cuna de la niña hasta que se dormía. Serena había decidido que Altalé no tuviera que volver a llorar por su causa. «Mejor que me vea poco –pensaba–, y así no me echará de menos.» Había ido aceptando la nueva situación y procuraba consolarse pensando en que tenía más libertad que antes y que alguna vez la aprovecharía para escaparse a correr mundo.

La tarde en que iba a volver Tituc con el maestro de música, Serena bajó al jardín y se quedó dormida debajo de un árbol. Vio en sueños a una joven vestida de blanco que se asomaba por encima de la Muralla Roja y le hacía señas con mucho apuro. Trató de acercarse a ella pero no podía. La muchacha se ponía a gritar y le pedía que se metiera en el cuarto de costura y no volviera a salir de allí hasta nuevo aviso. Y se echaba a llorar. «Te lo pido por favor, madre –decía–, que nadie te vea.

Es por mi bien.» Y Serena supo que aquella muchacha era Altalé, aunque tenía como quince años.

Se despertó porque las brundas se habían puesto a chillar. Y cuando subía hacia el cuarto de costura para encerrarse en él como Altalé le había mandado, se cruzó con unos criados que bajaban a toda prisa la escalera. Le dijeron que acababa de llegar el maestro de música e iban a ayudarle a subir su equipaje y los instrumentos.

Serena estuvo más de un mes sin salir de su cuarto. Por su doncella había mandado recado a Lucandro de que no quería que nadie la molestase. Él se alegró en el fondo de su alma y pensó que era mejor no preguntar las razones de aquel encierro. Se limitó a respetarlo y no apareció a verla.

Serena se pasaba casi todo el día bordando o leyendo unos libros de viajes que le había regalado Cambof. Cuando pensaba que nunca vería aquellos ríos ni aquellas montañas que venían pintados en el libro, se encogía de hombros. Se le había quitado la inquietud que tenía días antes, pero también se le quitaron las ganas de vivir. Y ni siquiera por su hija preguntaba, ya la avisarían ellos si querían algo. Le daba todo igual.

La doncella de Serena se llamaba Luva y quería mucho a su ama. Cuando le subía las comidas, se quedaba un rato con ella y trataba de animarla dándole conversación. Por ella supo que Altalé había recibido con entusiasmo al maestro de música y que estaba haciendo grandes progresos. Le había enseñado la letra de algunas canciones y a tocar la flauta y el violín. Serena escuchaba aquellas noticias como si no tuvieran nada que ver con ella y no hacía ninguna pregunta. A medida que pasaban los días iba perdiendo la noción del tiempo, le parecía que todo lo que le pasaba le estaba pasando a otra persona y que aquella niña de quien le hablaban ni siquiera era su hija. También había perdido el apetito casi por completo.

Luva le contó a Lucandro que pocas veces tocaba la comida que le subían al cuarto y que se estaba quedando muy desmejorada. Lucandro se encogió de hombros. Pero Altalé, que estaba presente, preguntó que qué le pasaba a Serena.

–Está un poco enferma –dijo Lucandro–, y no quiere ver a nadie.

–Pero yo la quiero ver a ella –dijo la niña–. Quiero que me oiga tocar el violín.

Altalé tenía una manera tan firme de decir lo que quería que lograba imponer su voluntad. Así que Lucandro no tuvo más remedio que subir a ver a Serena, aunque de mala gana. Y le transmitió el recado de su hija.

–¿Seguro que te ha dicho que puedo salir de este cuarto? –le preguntó Serena, con ojos asustados.

–Dice que quiere que la oigas tocar el violín.

–¿No querrá venir ella aquí?

A Lucandro le impresionó la mirada hundida de Serena y su extrema delgadez. Y sintió algo parecido al remordimiento. Pero no quería que Altalé se aficionara a

visitar a su madre en aquel refugio del cuarto de costura para que le llenara la cabeza de ideas locas.

–No, no. Ha dicho que quiere que asistas tú a sus clases. Lo hace muy bien. Verás cómo te gusta.

Hubo una pausa. Un pájaro negro vino a posarse sobre los hierros del balcón. Serena se estremeció.

–¿Y el profesor? –preguntó de repente, mirando a Lucandro con inquietud.

–Te gustará también –dijo él.

Cuando se quedó sola, Serena sacó el cuadernito donde había apuntado el sueño, porque ya no se acordaba de los detalles. La chica de blanco le había pedido que permaneciera encerrada en el cuarto de costura hasta nuevo aviso. Sin duda éste era el nuevo aviso.

Llamó a Luva para que la ayudara a peinarse y a vestirse, y lo hizo despacio, con mucho esmero, notando un placer desconocido al mirarse al espejo. Se veía mucho más delgada, pero los ojos le brillaban como si fueran de oro. Y parecía una niña convaleciente. Se probó varios vestidos, y por fin eligió uno de color malva. En el pelo, rendidas a las trenzas, se puso unas flores del mismo color. Y se calzó con chinelas de plata.

Y cuando iba andando hacia el aposento de su hija, el corazón le latía muy fuertemente. Iba despacio, cruzando largos corredores, doblando esquinas y subiendo escaleras. Como si no quisiera llegar nunca y le bastara con saborear el camino.

Altalé estaba sola en su cuarto con el maestro de música. Serena se paró en el umbral a escuchar cómo tocaban. Entraba una luz suave de primavera que hacía brillar los instrumentos. El maestro estaba de espaldas, vestido con una chaqueta de paño verde. De pronto, Altalé levantó los ojos y, al ver a Serena allí de pie, sonrió, dejó de tocar y agitó el arco del violín a manera de saludo. En ese momento, el maestro de música se volvió y se quedó mirando a Serena con los ojos muy abiertos, como si se tratara de una aparición mágica. A Serena se le vino a la cara una oleada de rubor. No había visto en toda su vida ni en ninguno de sus sueños a un joven más hermoso. Tenía el pelo castaño un poco rizado y los ojos verdes. Pero lo que más conmovió a Serena fue la seriedad y la dulzura con que la miraba. Le pareció que hasta aquel momento no la había mirado nadie en toda su vida. No era capaz de articular una sola palabra ni de apartar los ojos de él. Su hija era como si hubiera desaparecido. Y el castillo. Y las brundas. Y las murallas. Y todo. Se estaban mirando a los ojos en un campo lleno de flores y de caminos para correr por ellos.

–¿Nos hemos conocido antes? –oyó que le preguntaba él.

–Es mi madre –dijo Altalé.

El maestro de música se levantó y se acercó para besarle la mano.

–Me llamo Gisel –dijo–. Y desde hoy mi vida no tiene más razón que la de serviros.

Serena entró y se sentó junto a Altalé, cerró los ojos y todo le daba vueltas. A petición suya, continuaron la clase interrumpida. Luego Gisel, acompañado al violín por Altalé, se puso a cantar una canción muy triste donde se contaba la historia de un prisionero que oía cantar a los pájaros a través de las rejas de la cárcel.

–¿Qué es una cárcel? –interrumpió Altalé.

–Un sitio del que no se puede salir –dijo Gisel, haciendo un alto en la canción.

Y a Serena le pareció terrible que hubiera dejado de cantar, no podía soportarlo.

–Entonces esto es una cárcel –dijo la niña–. ¿O no?

Gisel miró a Serena y ninguno de los dos dijo nada. Lucandro había prohibido a todos los habitantes del castillo que le hablaran a Altalé de muerte ni de ladrones.

–¿Quieres dejarle seguir? –dijo Serena impaciente.

Siguieron. Desde la cárcel, el prisionero de la canción miraba los campos verdes y soñaba con escapar llevando a su amada de la mano por una vereda en flor. Y ella decía: «Dime, si tú lo sabes, ¿por dónde, amor, se va hacia la libertad?».

Serena escuchaba con las manos cruzadas sobre el regazo, el pulso agitado y los ojos bajos. Pero cada vez que los alzaba, se encontraba con los de Gisel, verdes como uvas mojadas de rocío. Y era igual que sentir el sol metiéndose a raudales por dentro de su cuerpo.

«Que no me deje de mirar nunca –rezaba–. Que no me deje de mirar nunca. Nunca. Nunca. Nunca.»

Al cabo de una semana, la noticia se extendió por todo el pueblo de Belfondo como un reguero de pólvora: la mujer de Lucandro y el maestro de música se habían escapado juntos del castillo de las tres murallas, nadie sabía por dónde ni hacia dónde.

Y lo mismo que había pasado cuando se tuvo en Belfondo la primera noticia de que Serena existía, también ahora cada uno inventaba una historia sobre aquella extraña desaparición. Dijeron que se habían escapado a caballo. Dijeron que las brundas habían enmudecido porque el maestro, al salir con la señora de la mano, les había cantado una copla mágica. Dijeron que Tituc los había ayudado a escapar. Dijeron que se habían descolgado hasta el puente levadizo por una escalera de cuerda. Dijeron que habían dormido en el jardín y que partieron al alba. Dijeron todo eso y mucho más y todo lo contrario.

Pero lo único que nadie se atrevió a asegurar es que fuera a volver Serena. Había cundido una sensación de catástrofe, de desamparo. Se marchaba la señora del castillo sin que ningún belfondino hubiera llegado a conocerla, sin haber tenido ocasión de pedirle, al verla pasar: «Vuelve a nosotros esos tus ojos misericordiosos», sin saber siquiera si sus ojos eran misericordiosos o no.

Pasaban los días y los meses, y aunque todo siguiera como antes, en el fondo era diferente, porque les habían matado la esperanza de llegar a tener algún abogado entre el señor del castillo y ellos. ¿Qué iban a hacer ahora?

–Tendremos que esperar a que crezca la hija –dijo una tarde la posadera.

## Cinco

Pasaron los años y Altalé se convirtió en la muchacha que su madre había visto en sueños vestida de blanco. Algunas tardes, cuando bajaba a pasear por el jardín, le parecía ver la sombra de Serena escurriéndose entre las estatuas, y entonces echaba a correr llamándola: «¡Madre!, ¡madre!», porque sentía, como la chica del sueño, que le tenía que dar un recado muy urgente, aunque no sabía cuál. Luego se paraba, al ver que no había nadie. Y se sonreía. Una de las ciencias que había aprendido Altalé era la de convertir la mueca de llanto en mueca de risa. Cambof le había dicho que llorar trae mala suerte, y que sólo salen bien las cosas que se desean sonriendo. Así que, en vez de echarse a llorar, pensaba que su madre se había escondido para jugar con ella. Y que también estaba sonriendo.

–¡Qué mala eres! –decía en voz alta–. Ya te has vuelto a escurrir otra vez. Pero a la próxima te pillo.

Se quedaba a la escucha y sólo le contestaba el piar de los pájaros entre el ramaje.

Tenía de su madre un recuerdo tan lejano que ni siquiera estaba segura de reconocerla si aparecía. Pero sabía que iba a aparecer, no podía vivir sin aquella certeza. Y cuanto más tiempo pasaba y más se le borraban el rostro y la voz de Serena, más ganas tenía de volverla a ver.

Les preguntaba por ella a los pájaros del jardín, a las flores, a los conejos del bosquecillo, a las aguas del foso, a las nubes. Y las nubes eran las únicas que parecían contestarle algo. Cambiaban continuamente de forma, y era como si estuvieran escribiendo una contestación a sus preguntas con aquellos signos de algodón deshilachado.

–No entiendo la letra de las nubes –le dijo un día a Cambof–. Se entiende todavía peor que lo que escribes tú. Pero me dicen muchas cosas, ¿sabes?

–Claro que te dirán cosas. Y cuanto más difíciles sean de entender, más verdad serán. Tú estate siempre alerta, que los informes vienen de todos lados.

Y Altalé se mantenía atenta, a la espera de cualquier acontecimiento que pudiera tomarse como mensaje. Ni Tituc, ni Luva, ni siquiera Cambof, que parecía saberlo todo, le habían sabido decir dónde estaba su madre, así que ya no se lo preguntaba a ninguno. Había llegado a la conclusión de que era un secreto complicado que tenía que desvelar ella sola.

–¿Sabes? Hoy la he visto un momento en el Foso de Abajo –le contaba a Cambof–, pero se borró en seguida. Me llevaba en brazos y yo era pequeña. Luego me hice mayor, y se escondió. Se esconde porque le gusta hacérmelo desear, ¿verdad, Cambof?

–Claro –contestaba él–, le gusta jugar como al aire que sopla las nubes y las borra del cielo cuando quiere.

–A mi padre no le gusta jugar, ¿verdad que no?

Cambof se quedaba pensativo.

–Yo creo que no. Pero a lo mejor es que juega a ser malo. Juega a huir de la luz.

Cuando hablaban de Lucandro, Cambof y Altalé perdían la sonrisa. Desde que se fue Serena, Lucandro había envejecido mucho, le había dado por beber y se había quedado un poco sordo. A ratos se adormilaba y se despertaba gritando muy exaltado y abriendo los ojos con un gesto a la vez estúpido y furioso. Había prohibido que se pronunciara el nombre de Serena en toda la casa, pero Altalé le había desobedecido desde que era muy pequeña. Se atrevía a levantar la cabeza hacia él, desafiando su cólera, y a decirle: «No pienso dejar de hablar de mi madre en toda mi vida». Aguantaba sin rechistar los castigos y las riñas de Lucandro y jamás le pidió perdón. De esa manera consiguió que él se diera por vencido. Notaba que estaba perdiendo todo poder sobre su hija y que era él quien tenía que bajar los ojos cuando Altalé le miraba. Los ojos de Altalé despedían un fulgor como nunca se había visto. Y Lucandro la luz no la podía soportar. De día casi siempre estaba durmiendo. Y por la noche, de tanto rondar el Foso de las Brundas y quedarse sentado junto a aquella humedad, se había vuelto reumático, y tenía dolores muy fuertes en la espalda. A veces subía a que Cambof le diera friegas con un cocimiento de hierbas de color añil.

–Las vértebras de la espina dorsal –le contó Cambof a Altalé en secreto– le sobresalen mucho, y toda la piel de la espalda se le ha endurecido y le brilla. Creo que se está operando en él una mutación.

–¿Qué es una mutación? –preguntó Altalé.

–Convertirse en otra cosa más adecuada con los gustos de uno. Lucandro en la condición de hombre no está a gusto. Odia el sol, no quiere disfrutar ni pensar, no le importa nadie y su única aspiración es despertar miedo.

–Yo no le tengo miedo, le tengo pena –dijo Altalé.

–Claro, pero a él la pena no le sirve. Ha fracasado como hombre y acabará convirtiéndose en brunda, que es lo que quiere.

–¿Cómo puede querer eso? –se horrorizó Altalé.

–Tal vez no sea tan horrible ser brunda –decía Cambof–. Yo no te lo puedo decir porque nunca he sido brunda. Pero lo que en un hombre resulta monstruoso, a lo mejor al transformarse en esa otra figura se vuelve placer y cosa natural. Las brundas, si te fijas bien, son inofensivas y hasta pueden hacerse simpáticas. Nada es lo que parece.

–En eso tienes razón –reflexionaba Altalé–. A mí, algunas veces, el agua de los fosos me parece que está pintada, aunque se mueve, y en cambio creo que las

estatuas del jardín son personas de verdad que me hablan y se ríen. Es muy raro. ¿A ti no te pasan cosas así?

–Me pasaba más cuando era águila –decía Cambof–. No distinguía la verdad de la mentira ni lo vivo de lo pintado. Desde tan alto, volando encima de las cosas, todo parece un juego. Nada es nuestro y todo es nuestro. Resulta muy agradable ser águila.

–¿Y cómo dejaste de serlo? –le preguntaba Altalé–. ¿Te cazaron?

–Ya no me acuerdo. Me morí sin notarlo. Cuando quise recordar, me había vuelto ermitaño y entendía todas las cosas que había visto siendo águila. Tenía la cueva en una montaña amarilla, por encima de la cual había planeado muchas veces. Era muy rara.

Las historias de Cambof Petapel estaban llenas de pausas, que Altalé aprovechaba para hacerle preguntas. Y de cada pregunta, surgía otra historia.

–¿Por qué era rara la montaña amarilla?

–Bueno, pues, aparte de ser amarilla, terminaba en un pico de piedra tan afilado que parecía la aguja de una cúpula. Había un secreto que sólo sabían algunos pájaros, y era que en aquel pico de piedra se enganchaba el sol todas las mañanas, se hacía una heridita y dejaba caer tres gotas de sangre dorada que se recogían en un estanque muy chico, la Poza del Sol se llamaba. Los pájaros que venían a beber allí, cuando el sol acababa de herirse y de dejar caer las tres gotas, se volvían de color de fuego y alcanzaban la inmortalidad. Pero yo creo que de este secreto de la Poza del Sol –proseguía Cambof tras un nuevo silencio– me enteré siendo águila, no siendo ermitaño.

Uno de los pájaros que tenía Altalé en las jaulas de su cuarto era de color de fuego y la miraba con ojos tan inteligentes que se habían hecho amigos desde el primer día. Era al único que se dirigía como a un amigo, el único que la invitaba a hablar y le hacía compañía. Y empezó a pensar que pudiera haber bebido alguna mañana en la Poza del Sol. Por eso quería saber dónde estaba aquel sitio.

–¿Caía muy lejos de aquí esa montaña amarilla?

–No sé, hija –dijo Cambof–. Posiblemente muy lejos no estaría. Pero es que tampoco sé bien dónde estamos ahora. ¿Lo sabes tú?

Altalé movía la cabeza negativamente. Cuando Cambof se ponía a contarle historias, nunca sabía dónde estaban ni si les alumbraba el sol o la luna, ni si hacía frío o calor, y hasta llegaba a olvidarse de quién era ella misma. Miraba alrededor y le parecía que estaban colgados del universo, navegando entre otros planetas sin rumbo fijo, como si todo el castillo fuera un globo soplado por el aire. ¿Qué más daba por dónde estuvieran pasando ni adónde se dirigieran?

–No, no sé dónde estamos –le contestaba–. Pero sigue contando, anda. ¿De ermitaño te aburrías?

–Creo que sí, que me aburría un poco. Pero allí, en la cueva aquella, me aficioné

a pensar. Porque de águila, claro, no pensaba. Y me di cuenta de que todo da igual. Y de que, cuanto más igual dé todo, más fácil es que resucite uno.

A Altalé le fascinaban aquellas historias de resurrección, aunque no las entendiera muy bien, porque tampoco comprendía lo que era la muerte. Pero de vez en cuando le entraba mucho miedo y se abrazaba a las rodillas de Cambof. Le cogía las manos huesudas y se las llenaba de besos.

–Ya no te pensarás morir ninguna vez más, ¿verdad, Cambof? –preguntaba asustada–. Porque ahora estás conmigo. No me dejes nunca, ya no te mueras más, por favor, por lo que más quieras.

Cambof acariciaba con mucha delicadeza las trenzas negras de Altalé y su voz se volvía joven como la de un enamorado.

–Tú eres lo que más quiero, Altalé –le decía.

Ella levantaba la cara para mirarle y aquellos ojos rasgados del viejo sabio lanzando chispas de luz le parecían lo más querido del mundo. Se echaba a llorar.

–Pero dime que no te vas a morir nunca. Prométemelo.

Cambof le secaba las lágrimas con la manga de su túnica de seda y movía la cabeza muy serio. Un día le dijo:

–No te puedo prometer eso. Esta vida que llevo se me está haciendo larga. Me iba a morir el día que tu madre se fue, pero aquella misma noche se me presentó ella en sueños y me dijo que tenía que esperar a que cumplieras quince años.

Altalé se acordó de que los iba a cumplir dentro de poco.

–¿Quieres decir que te vas a morir ya? –preguntó con susto.

–Anda, no llores –le dijo Cambof–. Cuando me muera, te dejaré en buenas manos. De eso puedes estar segura.

## Seis

Los vecinos de Belfondo tenían muchas más noticias de Altalé que habían tenido nunca de su madre. Luva, que se había hecho amiga de la posadera, se escapaba al pueblo siempre que podía y se pasaba las horas muertas contando gracias de la niña, de lo simpática, lo buena y lo lista que era.

Se había relajado un poco la disciplina que prohibía a los criados de Lucandro mezclarse con los belfondinos y alternar con ellos; y aunque seguía siendo Tituc el único que tenía permiso para bajar al pueblo, él a veces les daba la llave a otros servidores del castillo, cosa que no se atrevía a hacer antes. Y es que ahora Lucandro, a pesar de que tenía incluso peor carácter, no se enteraba tanto de las cosas. Vivía distraído, rumiando obsesiones suyas que le hacían mover los labios como si rezara, le ponían un gesto ceñudo y podían desembocar en cualquier estallido inesperado de furia, pero también le aislaban de lo que estaba ocurriendo a su alrededor.

Los criados se habían dado cuenta de esto, pero, además, de otra cosa importante: de que Altalé le desobedecía desde muy pequeña y de que él acababa por aguantarse, aunque fuera a regañadientes. A veces la castigaba y otras le pedía perdón. No sabía cómo contentar a la hija.

Contaban que cuando cumplió ocho años, la llevó Lucandro a una sala magnífica en el sótano llena de joyas, de esculturas y de vajilla de un cristal precioso vetado de oro, que se había puesto de rodillas delante de ella y le había dicho: «Todo esto es tuyo, Altalé, si no vuelves a nombrármela», pero que ella, por toda contestación, se puso a romper objetos de cristal a patadas y a llorar gritando que no quería nada, que lo único que quería era que volviera su madre. Lucandro la había encerrado en una mazmorra durante una semana entera.

–Pero a ella los castigos no la amansan –le decía Luva con orgullo a la posadera–. Salió de la mazmorra más testaruda que antes. Es él quien va perdiendo pie.

Otra cosa que contaba Luva era que Lucandro, a raíz de la desaparición de Serena, había condenado una escalera de caracol que comunicaba su dormitorio con las habitaciones de ella. Les dijo a todos que estaban embrujadas, las cerró con llave y prohibió que nadie se acercara a ellas bajo ningún pretexto. Pero Altalé sabía que había nacido en uno de aquellos cuartos, porque Luva se lo dijo, y le gustaba mucho merodear por allí. Se sentaba a oscuras en el pasillo junto a las puertas prohibidas y se ponía a llamar a su madre o a cantar una canción muy rara que había inventado sobre un país donde creía que estaba Serena ahora. A

Lucandro le sacaba de quicio aquello, la reñía y muchas veces tenía que llevársela de allí a rastras. Pero ella volvía siempre sin hacerle caso.

–La tiene que dejar por imposible –decía Luva–. Está comiéndole el terreno.

En Belfondo les gustó mucho saber que la hija de Lucandro no tenía miedo de su padre y se atrevía a desobedecerle, aunque la castigara. Aquello les sirvió de ejemplo y la sintieron como aliada. También ellos podían desobedecer a Lucandro y afrontar sus iras, si lo hacía su propia hija.

Lo mismo que Luva contaba en Belfondo cosas del castillo, también a Altalé, según fue creciendo, le empezó a hablar de las calamidades e injusticias que sufrían aquellos pobres vasallos de su padre y de cómo tenían puesta su esperanza en ella.

–Me preguntan que si tú los defenderás –le dijo un día.

–¿Yo? ¿Y qué tengo que hacer?

–Nada más quieren saber si eres su amiga. Si le piensas contar a tu padre lo que hablas conmigo.

–No, claro que no –dijo Altalé muy seria–. ¿Y eso es ayudarlos?

–Sí, porque los animas. También quieren saber si te parece mal que cojan unas tierras que son de tu padre pero que él no las aprovecha ni casi debe saber que las tiene.

–No, no. ¿Cómo me va a parecer mal? Tienen razón. Diles que las cojan.

Y los habitantes de Belfondo empezaron a celebrar reuniones en la taberna para discutir aquellos asuntos. Decidieron invadir las tierras que Lucandro les negaba y dejar de pagarle impuestos. Pero decidieron, sobre todo, perderle el miedo. Algunos vecinos recelosos no acudían al principio a estas reuniones de la taberna, pero acabó viniendo el pueblo en pleno. Todos daban su opinión por turno. Los más cobardes decían que ellos no podían hacer lo mismo que Altalé, porque era arriesgado.

–¿Por qué no? ¡Claro que podéis hacer lo mismo que ella! –exclamó cierta noche un chico que estaba sentado, no sabían desde cuándo, en una esquina del local–. ¡Y lo tenéis que hacer! Hay que imitar el ejemplo de Altalé, pero, al mismo tiempo, ofrecerle nuestra hazaña, para que se entere de que no está sola. Ella es como nuestra reina y nuestro jefe. ¡Adelante por Altalé!

Todos le miraron. Era un chico moreno. Muy delgado. Dijo que venía de otros pueblos de hambre a buscar fortuna en éste, que había oído hablar del castillo de las tres murallas y que su dueño no le parecía invencible, sino sólo un pobre loco.

–Sí, un pobre loco –dijo alguien–. Pero nos puede mandar encarcelar.

Le contaron que Lucandro había mandado reconstruir un edificio en ruinas que había en la Ladera de los Lobos, y no para hacer un convento o un almacén de trigo o un hospital, sino para poner allí la cárcel. Desde entonces se sentía más seguro. Había mandado venir de la ciudad a unos guardias muy severos que andaban por los contornos persiguiendo a los ladrones y a los vagos. Pero como la

rapiña y la vagancia son consecuencia de la pobreza, al poco tiempo de inaugurarla, la cárcel estaba llena, y tenía que soltar a unos presos para poder meter a otros. Algunos hasta se dejaban coger, de pura desesperación, porque dentro de la cárcel, aunque mal, comían algo. Había amurallado un terreno detrás de la cárcel donde los propios presos cultivaban hortalizas y tenían algunas aves de corral.

–¿Y ese terreno es suyo, no? –interrumpió vivamente el forastero.

Se hizo un silencio. Al chico le brillaban mucho los ojos.

–Bueno, suyo no sé –contestó alguien–. Pero, por lo menos, comen de él.

–Eso, comen de él –continuó el chico–. ¿Y todo por qué? ¡Porque están presos! Cazan primero a la gente para luego darle de comer. Pues nosotros vamos a hacer lo mismo, pero estando libres. ¡Vamos a comer! ¡Se acabó la paciencia! Cultivaremos todos los terrenos que a Lucandro le sobran y tiene abandonados, los de al lado del río. Tanto si le parece bien como si le parece mal. Además Altalé nos da permiso.

Hablaba con tanto calor y explicaba las cosas tan claras que a nadie se le ocurrió preguntarle quién le había informado de todo aquello ni de dónde sacaba tanta energía, sólo notaban que les estaba animando mucho y que necesitaban a una persona así.

Poco a poco se fue convirtiendo en el caudillo de aquella empresa y todos los asuntos se los tenían que consultar a él para que diera el visto bueno. Sobre todo cuando empezaron a darse cuenta de que, a pesar de su gran juventud, entendía mucho de agricultura y de construcciones.

No sabían de él otra cosa sino que se llamaba Amir y que por las noches desaparecía.

–¿Y a dónde va? –le preguntó Altalé a Luva, una vez que le estaba hablando de él.

–Dice que se ha construido un albergue en un hueco del monte. Pero nunca lo ha visto nadie.

–¿Y por qué no vive en el pueblo?

–No sé.

A Altalé aquel chico le producía mucha curiosidad. Además Luva le había explicado que también a las mozas del pueblo las traía revueltas.

–Y tienen celos de ti –le contó, sonriendo.

–¿De mí?

–Sí, de ti. Porque siempre que va a beber en la taberna levanta el vaso y dice: «¡Por Altalé!». Y todos le corean.

Altalé desde entonces inventó un juego que la divertía mucho, y era cerrar los ojos, siempre que bebía, y murmurar: «¡Por Amir!». No podía dejarlo de hacer, porque le parecía que le traía buena suerte.

Como, a cada día que pasaba, Lucandro estaba más desmemoriado y raro, tardó

mucho en enterarse de que los belfondinos habían empezado a vivir mejor. Y tampoco se dio cuenta de que habían dejado de pagarle los impuestos. Así fueron pasando los años, y los campesinos de Belfondo, envalentonados al ver que no pasaba nada, fueron invadiendo todas sus tierras abandonadas, que eran muchas y estaban algo alejadas del pueblo. Empezaron a cultivarlas y a construir allí apriscos para el ganado y viviendas para la gente, con lo cual el pueblo se fue extendiendo y prosperó. Hasta el punto de que empezó a dividirse en dos, Belfondo del Castillo o el Viejo y Belfondo el Nuevo o del Río, porque estaba cerca del río.

Los guardias de la cárcel, aunque estaban bien al tanto de todas las novedades, no se decidían a informar a Lucandro, porque no les parecía mal. Algunos tenían novias o amigos entre los nuevos agricultores y cuando hablaban con ellos se daban cuenta de que estaban defendiendo una causa justa. De hecho, los maleantes y vagos que ahora soltaban no volvían a ingresar en prisión, porque en seguida encontraban trabajo; los que no en el campo, como albañiles de las nuevas edificaciones, o como tenderos.

También conocían los guardias a Amir y habían tomado copas juntos en la taberna. Era él quien los había convencido, más que ningún otro, de que no se trataba de un robo, sino de un acto de justicia.

–¿Lucandro vive peor que antes? –les preguntaba–. No. Vive igual. Y ni se entera. ¿Pues entonces?

Pero cierto día, uno de aquellos guardias tuvo una riña con la hija del molinero, que era su novia. Y al día siguiente se enteró de que ella le había dejado porque estaba enamorada del chico aquel morenito que echaba discursos. Al guardia le dio un ataque tan furibundo de celos que, sin consultarlo con ninguno de sus compañeros, se presentó a visitar a Lucandro y se lo contó todo.

Lucandro, aunque el problema lo veía confuso, sobre todo porque se acaba de despertar de la siesta, se puso a vociferar y mandó que detuvieran a aquel insolente que se atrevía a desobedecer su autoridad. Así fue como metieron preso a Amir una tarde de otoño.

## Siete

Pocos días después, llegó una mendiga junto a la verja de la Muralla Erizada. Acercó la cara a los barrotes y se encontró con otros ojos que la miraban desde dentro. Era Altalé que, después de comer, solía bajar a escudriñar el camino. Los ojos de la mujer brillaban mucho, pero como estaba tan cerca de los hierros, no se podía distinguir si era vieja o joven.

–¿Eres tú la hija de Serena? –le preguntó a Altalé.

–Sí, soy yo –contestó ella–. Pero tú, ¿quién eres? ¿Conoces a mi madre?

–Soy una mendiga –dijo ella, sin contestar la segunda pregunta–. ¿Por qué no me dejas pasar a verte?

–Espera un momento –contestó Altalé decidida.

Subió corriendo las escaleras y llegó al primer rellano. Allí, debajo de una piedra que se movía, le había visto a Tituc un día esconder la llave de la verja. Pero no la encontró. Cuando volvió a bajar corriendo y con el corazón alborotado, la mujer ya no estaba. Altalé empezó a llamarla por el nombre de su madre, por si acaso era ella, y no la contestaba sino el ruido del viento. Se estaba haciendo daño de tanto apretar la cara contra la verja. De repente vio brillar algo en el suelo, al bajar los ojos. La mendiga había deslizado por entre los barrotes un alfilerero delgado de marfil. Altalé lo abrió y, en vez de agujas, encontró dentro de él un papelito enrollado. Se sentó en el primer escalón para desplegarlo. Era de seda rosa y tenía dibujada arriba con todo primor y detalle una cajita china. Debajo leyó: «Ha llegado la hora de que estés bien atenta a tus sueños. Y de que los entiendas tú sola».

Algunas veces Altalé le contaba sus sueños a Cambof para que la ayudara a descifrarlos, porque soñaba cosas muy raras. Y Cambof le decía que era complicado y que le dejara un día para estudiarlo. Luego le entregaba la explicación apuntada en un papel. Pero era como echar un misterio sobre otro, porque venía escrita con aquella caligrafía incomprensible, la misma que había usado para explicar los jeroglíficos de la escalera. Y se negaba a hacer más declaraciones.

Aquella noche Altalé se acostó muy temprano, puso el papelito rosa debajo de la almohada y soñó que Serena era una de las estatuas del jardín. Le hablaba y le decía que se pusiera a excavar al pie del tilo que había detrás de su pedestal, pero que se fijara bien en cuál para no confundirse con el de otra estatua.

A la mañana siguiente, casi con el alba, Altalé salió al jardín. Estaba segura de que la estatua que le había hablado era la segunda empezando por el lado de allá. La miró. Representaba una reina con la mano derecha levantada. Detrás estaba el

tilo. Llamó a Tituc, le pidió que se pusiera a cavar allí y ella se sentó a su lado muy atenta. Las paletadas de tierra que Tituc sacaba iban formando un montoncito junto a las rodillas de Altalé. Cuando el montón ya había sobrepasado la altura del pedestal y Altalé empezaba a perder las esperanzas de encontrar nada, vio brillar de repente entre la tierra oscura una llave de oro. Se la metió por el escote y Tituc, que estaba de espaldas, no la vio cogerla.

–Déjalo, Tituc –le dijo–, y perdona la molestia. Ya veo que no aparece nada.

Esperó a la tarde y subió sigilosamente a las habitaciones de Serena, después de haberse cerciorado de que su padre se había quedado dormido en una butaca del comedor. Avanzaba a oscuras por el pasillo con un poco de miedo al acordarse de los ronquidos de Lucandro, tan parecidos a los de un animal, y de la piel brillante y rojiza que le había visto a través de la camisa abierta. Apretaba la llave de oro dentro del puño cerrado, como si fuera un talismán. Se detuvo delante de una de las puertas prohibidas, metió la llave en la cerradura y empujó.

–Estaba segura, estaba segura –exclamó, al ver que la puerta cedía sin dificultad–. Gracias, madre.

Y entonces, cuando aún no había pasado del umbral y estaba mirando la gran cama llena de polvo donde ella había nacido, sonó en sus oídos una música muy rara que había olvidado completamente. Era la de una canción que le oyó cantar al maestro de música la tarde en que Serena y él se habían conocido. Nunca se había vuelto a acordar de aquella canción ni de aquella tarde, pero ahora las revivía con extraña fuerza.

Y avanzó como en sueños, hacia el balcón, cantando la canción del prisionero.

Enfrente, a la derecha de la Ladera de los Lobos, se alzaba el edificio de la cárcel. Nunca lo había visto tan bien ni tan cerca como desde aquel cuarto. Abrió el balcón, sin dejar de cantar ni de mirar aquella fachada fea y gris, llena de ventanucos con rejas. Mientras cantaba, pensaba en Amir, y así llegó a la estrofa final, sorprendida de lo bien que recordaba todas las palabras de la canción, a pesar de no haberla vuelto a oír nunca. El prisionero se había escapado de la cárcel y subía por la cuesta arriba llevando a su amada de la mano.

*Dime, si tú lo sabes,  
¿por dónde, amor, se va  
hacia la libertad?*

le preguntaba ella.

Y, de pronto, vio claramente Altalé, aunque sólo por instantes, una mano que aparecía entre las rejas de una de aquellas ventanas de enfrente y se quedaba señalando hacia el sitio por donde estaba a punto de ponerse el sol. Inmediatamente se volvió a meter.

Una sonrisa de felicidad se dibujó en los labios de Altalé. Se quedó todavía un

rato mirando hacia el punto del cielo a donde la mano había señalado y tarareando la música de la canción. Luego cerró el balcón muy consolada. Había entendido lo principal: que aquella mano era de Amir y que él sabía por dónde había que ir a buscar a Serena. Porque para Altalé, ir hacia la libertad era salir a buscar a su madre. Y Amir la iba a ayudar a encontrarla. Pensaba esto mientras registraba los cajones vacíos del mueblecito tocador, entre los cuales encontró uno cerrado con llave.

Pero alzó los ojos y vio sobre un estante una cajita china exactamente igual a la que venía dibujada en el mensaje de la mendiga. «¡Qué bien se entiende todo!», murmuró sonriendo divertida. Dentro de ella estaba la llave del cajón. Altalé lo abrió y encontró un cuaderno con tapas de terciopelo. En la primera hoja estaba escrito: «Sueños y visiones de Serena», con una letra igual a la del mensaje.

Cogió el cuaderno y salió de la habitación, por miedo a que se despertara su padre. Ya se había puesto el sol. Le parecía más que suficiente por aquella tarde.

–¡Por Amir! –dijo mirando hacia el balcón, antes de cerrar la puerta.

Y nunca se había sentido tan alegre.

Empezaron los días fríos y Altalé subió algunas tardes más al cuarto de costura, pero la mano aquella no volvió a aparecer por entre las rejas de la cárcel. ¿Habían soltado a Amir? Se lo preguntó a Luva y ella no sabía nada.

Después de leer con mucha atención el cuaderno de terciopelo verde, a Altalé le entraron muchas dudas. No sabía si consultar o no con Cambof las frases que no entendía, que eran muchas. Él había conocido mejor a su madre y tal vez tuviera pistas. Pero no se decidía. Habría tenido que contarle lo que le estaba pasando desde que vino la mendiga y su madre le había mandado que descifrara las cosas ella sola. Hacía mucho que no pasaba a visitar a Cambof. Y le echaba de menos.

–¿Qué haré? –le preguntaba al pájaro de fuego que tenía enjaulado en su cuarto–. Si voy a ver a Cambof, me notará en la cara que me pasa algo y se lo tendré que decir. Y si no voy, creerá que ya no le quiero. Pobre Cambof.

Y el pájaro de fuego la miraba a través de los barrotes de su jaula con aquellos ojos inteligentes que parecían entender como los de una persona amiga.

A medida que se acercaba la fecha de su cumpleaños, Altalé se ponía cada vez más nerviosa. Por una parte, tenía miedo de que Cambof se fuera a morir. Pero, por otra, sentía que se acercaba el tiempo de encontrar a su madre. Las últimas palabras escritas en el cuaderno, con letra apresurada, eran: «Cuando cumplas quince años, niña mía, nos volveremos a ver. No me olvides nunca. Adiós».

El día del cumpleaños de Altalé amaneció nevando. Ella se despertó muy tarde porque se había dormido hacia el amanecer y en seguida percibió ese silencio raro que deja la nieve. De lo primero que se acordó es de que tenía que soltar los pájaros de su cuarto. Había tenido un sueño en que su madre le mandaba hacerlo. «Será la última prueba», le decía.

Se levantó, y estaba disponiéndose a abrir las jaulas, cuando llamaron con los nudillos a la puerta. Era Cambof Petapel. Casi nunca venía a visitarla y se quedó muy sorprendida. Traía un catalejo en la mano. Y en el rostro, una expresión triste.

–Felicidades y salud, Altalé –le dijo–. Te he traído este regalo. Como ya nunca me pasas a ver...

Altalé le abrazó con un nudo en la garganta. El catalejo era dorado y tenía una inscripción que decía: «Paso corto y mirada larga».

–Gracias, Cambof. Es precioso. Luego iré a verte. Te lo prometo. Me pasaré la tarde contigo y te contaré muchas cosas.

Pero se lo decía con prisa y con ganas de que se fuera, para poder cumplir el recado de su madre.

Cambof no dijo nada. Le dio un beso y luego, ya desde la puerta, cuando se iba, miró hacia ella sonriendo y agitó la mano con un gesto solemne de adiós. Lo último que vio Altalé fueron los reflejos de un anillo con piedra azul que llevaba siempre en el dedo índice. Cerró los ojos porque eran tan fuertes que la deslumbraban. Cuando los abrió, Cambof se había ido.

Altalé abrió todas las jaulas menos una y los pájaros salieron volando desde la ventana al jardín nevado. La jaula que había dejado cerrada era la del pájaro de fuego. La cogió y subió a las habitaciones de Serena con ella en una mano y el catalejo de Cambof en la otra.

Desde el balcón del cuarto de costura, la fachada gris de la cárcel se veía confusa entre la ventisca de nieve. Altalé abrió el balcón y entró un aire helado. Luego apoyó la jaula sobre la barandilla y la abrió también. El pájaro de fuego se quedó inmóvil asomado a la puertecita de la jaula, con los ojos fijos en los de Altalé, como si no quisiera salir.

–Adiós, amigo mío. No hay más remedio. Es la última prueba –le dijo ella.

Y le dio un beso en el pico.

El pájaro de fuego saltó a posarse sobre el catalejo y desde allí levantó el vuelo hacia la cárcel.

Altalé tomó el catalejo y lo enfocó en aquella dirección. El pájaro iba abriendo a su paso un camino de luz por entre los copos de nieve. Voló derecho hasta la ventana de Amir. Por el redondelito del catalejo se veía muy bien. El reborde exterior estaba lleno de nieve, pero se fundió cuando el pájaro se posó allí, y toda la escena se veía rodeada de resplandor de oro. En ese momento salió por entre las rejas una mano con una carta azul que el pájaro se apresuró a coger con el pico. Altalé, a través del catalejo, distinguió un anillo centelleante en el dedo índice de esa mano. Tuvo que cerrar los ojos porque la cegaban aquellos reflejos azules, tan parecidos a los del anillo de Cambof.

Cuando volvió a abrir los ojos, la mano se había metido y el pájaro había arrancado a volar nuevamente hacia ella con el papel en el pico. Altalé dejó el

catalejo en el suelo y esperó con ansia su llegada. La ventisca le agitaba los cabellos, pero estaba tan emocionada que no sentía frío. El pájaro de fuego llegó, se posó en el balcón y alargó el cuello, ofreciéndole el mensaje que traía. Ella lo cogió y lo apretó contra su pecho, tan abstraída, que no se dio cuenta de que el pájaro de fuego había alzado el vuelo hasta que ya era sólo un puntito de oro muy lejano en el horizonte. Le dijo adiós con la mano y le entraron ganas de llorar. Pero la consolaba tener consigo aquel mensaje. Cerró el balcón, se sentó en la cama y lo desplegó. Era muy breve.

«Antes de llorar –decía–, baja a la Muralla Erizada. Nada es lo que parece.»

Se quedó suspensa. Tal vez tenía que bajar a la Muralla Erizada ahora mismo. Se dirigió a su cuarto y se puso un abrigo y un gorro de piel. Luego, sin saber por qué, cogió también un bolso y metió en él algunos objetos queridos, entre ellos el cuaderno de Serena. Pero, antes de salir del castillo, se acordó de la promesa que le había hecho a Cambof de pasar a verle. Y dirigió los pasos hacia su torreón.

Cambof estaba sentado muy quieto en una butaca amarilla. Tenía los ojos cerrados y parecía más pequeño que nunca. Altalé se arrodilló a su lado y hundió la cara en los pliegues de su túnica.

–Creo que te lo tengo que decir, Cambof –empezó–. Me parece que quiero irme, que debo salir en busca de mi madre. Ha llegado el momento, ya he cumplido quince años y ella dejó escrito que a partir de ahora es cuando nos volveríamos a ver. ¿A ti qué te parece...? Es que te tengo que contar muchas cosas, vino una mendiga, ¿sabes...?, y luego... ¿Pero qué te pasa, Cambof? ¿Por qué no me contestas? ¡Tienes las manos heladas!

Empezó a llamarlo y a sacudirlo. Pero era inútil. Cambof estaba muerto. Y Altalé comprendió de repente que era la persona de este mundo a quien más había amado. No quería llorar. Antes de llorar tenía que bajar a la Muralla Erizada. Era la última prueba. Se inclinó a besar las manos frías de Cambof. No llevaba sortija alguna en el índice de la mano derecha. Le miró y, aunque tenía los ojos cerrados, le pareció descubrir en sus labios una mueca de risa. También ella sonrió.

–¡Qué bien finges! –le dijo–. Nada es lo que parece. Adiós, dulce Cambof.

Bajó corriendo las escaleras nevadas. Donde ponía el pie, la nieve se derretía y surgía un redondelito de luz. Iba pensando que todo saldría bien, aunque no sabía qué era lo que tenía que salir bien.

Cuando llegó abajo, se detuvo y pensó: «Pero estoy loca. ¿Adónde voy si no tengo la llave de la verja?». Y en ese mismo momento oyó con toda claridad la voz de Cambof que le decía:

–Vamos, date prisa. Te estamos esperando.

Levantó los ojos, porque le parecía que la voz venía de lo alto, y vio a un hombre sentado a caballo en la Muralla Erizada. Tenía los ojos negros y risueños y parecía muy joven. Pero, a pesar de lo raro que era verlo allí encima tan tranquilo,

como si los pinchos que remataban la muralla fueran almohadones rellenos de plumas, a Altalé lo que más le extrañó de todo fue no ver a Cambof por ningún lado.

–Oye, tú, quien seas, ¿has visto a Cambof? –le preguntó al joven–. Acaba de hablarme. Tiene que estar por ahí. Es un hombre pequeñito de pelo negro y túnica de colores. ¿Lo has visto?

–Yo no –dijo el chico–. Pero date prisa, anda. ¡Qué importa eso ahora!

–¡Cambof! –exclamó Altalé, cayendo de rodillas en la nieve–. ¡Eres tú! ¡Te conozco la voz! ¿No te haces daño ahí subido?

–No –dijo el chico–, pero ¿por qué no me llamas Amir? Recuerda que nada es lo que parece. Vamos, sube.

Le tendió una cuerda y Altalé vio que era capaz de trepar por ella con toda agilidad. Una vez arriba, se veía al otro lado una escalera apoyada en la muralla.

–Agárrate fuerte a mí –dijo Amir.

Rodeó con su brazo la cintura de Altalé y ella vio brillar en su dedo índice el anillo resplandeciente de Cambof.

–No sabía que eras tan hermosa –le dijo Amir al oído, cuando bajaba con ella en brazos por la escalera de cuerda–. Te amaba sin haberte visto. He tenido suerte.

Una vez llegados al camino, se cogieron de la mano y echaron a andar. A medida que avanzaban, iban abriendo una senda de luz entre la nieve, como el pájaro de fuego. Altalé tenía las mejillas rojas de felicidad y de frío. Se puso a cantar:

*Dime, si tú lo sabes,  
¿por dónde, amor, se va  
hacia la libertad?*

Dieron la vuelta al castillo, se perdieron a lo lejos y Amir iba señalando hacia la cumbre de la Ladera de los Lobos con el brazo libre extendido.

Aquella misma noche, se abrió la ventana del dormitorio de Lucandro y un bulto encorvado se inclinó hacia el vacío, emitió un gruñido feroz, que fue coreado por las brundas, y se precipitó en la oscuridad surcada por rachas de nieve. Se oyó el ruido de un cuerpo que caía al foso.

A la mañana siguiente, Tituc y Luva descubrieron con gran sorpresa que tanto Cambof, como Altalé, como Lucandro habían desaparecido. Pero lo que más les horrorizó fue contar las brundas del foso y comprobar que en vez de doce eran trece.



# El pastel del diablo

*Para Miguelito Aguilar,  
por todos los cuentos que nunca tengo tiempo de contarle.*

El pájaro bate sus alas  
y lanza su grito  
cuando los pasos del caminante perdido  
le dan la espalda y se alejan  
para perderse en otro sueño.

Miguel Sánchez Ostiz, *Travesía de la noche*

# Uno

No había en toda la aldea de Trimonte ni en las de los contornos una niña tan rara como la de Zenón el alfarero. Había venido al mundo cuando sus padres, ya algo entrados en edad, estaban hartos de visitar a curanderos, de hacer rogativas y de llevarles exvotos de cera a san Onofre y a la Virgen del Cucurucho para que les concedieran el consuelo de no morir sin tener descendencia; así que aquel nacimiento constituyó para ellos un suceso tan jubiloso e inesperado que se empeñaron en bautizar a la niña con el nombre de Sorpresa, aunque la gente de la aldea se escandalizara un poco porque era un nombre que no venía en el santoral. Pero el padre dijo que su hija iba a ser distinta a todas y que por eso también tenía que llevar un nombre distinto.

El cura, que ya era viejecito y no tenía cabeza para acordarse bien de las cosas ni para decidir nada, fue a consultar aquel caso con el señor de la Casa Grande, que había viajado mucho por el mundo y tenía cientos de libros. Y este señor dijo que, aunque no conocía esa advocación de Nuestra Señora de la Sorpresa, seguro que en algún rincón de la tierra la tenía que haber, y que si no ya era hora de inventarla, porque es de sobra sabido que la Virgen María siempre ha tenido la costumbre de aparecerse por sorpresa a la gente que la invoca en situación de peligro o conflicto. Y que, además, todo lo que fuera inventar algo nuevo le parecía que era glorificar al Supremo Hacedor y darle gusto, ya que con tantas cosas como había inventado Él, era de suponer que estuviera aburrido de recibir siempre por parte de los hombres los mismos homenajes rutinarios y ninguna sorpresa.

Así que los nuevos padres se salieron con la suya y a la niña se le impuso como nombre de pila María de la Sorpresa.

Otra cosa que dio bastante que hablar fue la fiesta que Zenón organizó para conmemorar aquel bautizo, con un lujo y un derroche más propios de gente principal que de un humilde artesano. Se celebró en un claro del frondoso bosque de Los Gozos, que separaba Trimonte de otro pueblo mayor, Sietecuervos, donde estaban la iglesia, la farmacia y la escuela. Se invitó a todos los vecinos de ambos lugares, y hubo banda de música, farolillos, cohetes, puestos de chucherías y confites y sobre todo merienda y bebida sin tasa. El alfarero, que era muy mañoso para toda clase de oficios, se había pasado varios meses construyendo para su hija una cuna de madera de cerezo en forma de balancín, rematada en sus cuatro esquinas por angelitos tocando la trompeta, tan bien torneados que causaban maravilla. La cuna la colocaron en el centro del prado donde se celebraba la fiesta, sobre una pequeña tarima alfombrada de flores de los más diversos colores,

perfumes y tamaños, porque después de las lluvias de marzo había estallado una primavera esplendorosa. Los que se acercaban allí, como si lo hicieran a una especie de altar, no sabían qué admirar más, si la confianza con que los pájaros y mariposas venían a posarse en los barrotes de la cuna, la delicada labor de ebanistería de ésta o la mirada curiosa y espabilada de la recién nacida, a quien tan bien cuadraba el nombre con que la acababan de bautizar. Ni lloraba ni reía, pero levantaba un poquito la cabeza de la almohada y sus ojos, que parecían querer abarcarlo todo sin perder detalle, se clavaban en los de quienes se inclinaban a mirarla, y en los pájaros y en las mariposas, como si fuera a romper a hablar o a preguntar algo. Eran unos ojos rasgados en forma de almendra con la pupila de color de fuego.

–Trae en el alma el viento de la inquietud y en el corazón el fuego de la pregunta. Hará preguntas que no le sabrá contestar nadie y deseará siempre todo aquello que no pueda tener –sentenció entre dientes, nada más mirarla, una vieja curandera que tocaba el tambor en los entierros y tenía fama de adivina.

Y después se retiró a la espesura con unas rosquillas y una bota grande de vino, y nadie la volvió a ver.

Pero la madre de Sorpresa, que había oído aquella predicción, porque estaba junto a la cuna, se quedó tan triste e intranquila que por la noche no se podía dormir. Hasta que finalmente se echó a llorar. Su marido, que también estaba despierto, le preguntó qué le pasaba y ella no tuvo más remedio que contárselo. Zenón trató de consolarla; le dijo que Balbina, la vieja curandera, tenía un poco perdido el seso, ya se sabía, y que, cuando se emborrachaba, cosa que ocurría con frecuencia, decía disparates sin pies ni cabeza; pero que, de todas maneras, él iría a verla al día siguiente para que le explicara qué significaba aquello que había dicho, si es que se acordaba de haberlo dicho. Y con estos consuelos del marido, Remigia (que así se llamaba la madre de Sorpresa) se durmió. Pero él, en cambio, ya no podía conciliar el sueño, que es lo que nos pasa muchas veces cuando ahuyentamos la preocupación de otro, pagando el precio de que nos la contagie. Así que Zenón ya no podía quitarse de la cabeza las palabras de la vieja Balbina y estaba deseando que se hiciera de día para ir a buscar. Además, una vez disipados los vapores del vino, de la música y de las enhorabuenas, que le habían hecho estar viviendo toda la tarde como dentro de un sueño, empezaba a pensar si no tendrían razón algunos amigos que le habían reprochado la locura de gastarse en aquella fiesta casi por completo sus ahorros de muchos años. Habría querido ser un rey para poderle dar a Sorpresa todo cuanto se le antojara en la vida, pero al considerar lo miserable de su condición, las lágrimas se le venían a los ojos. Era como despertar de un sueño maravilloso, pero imposible.

Hacia la madrugada, cuando Remigia ya llevaba un rato dormida, su marido se levantó de puntillas, encendió una vela y se acercó furtivamente a la cuna, que

destacaba como una joya preciosa en medio de la pobreza de aquel decorado. La niña seguía despierta en la oscuridad y no emitía ningún ruido.

–¿Qué quieres, hija? –le preguntó Zenón en un susurro–. ¿Te pasa algo, mi corazón? ¡Díselo a tu padre! ¿Por qué no te duermes, ni lloras ni sonríes? ¿En qué estás pensando tú, niña mía?

SorPRESa seguía atenta el oscilar de la vela. El brillo de aquella llama empalidecía en contraste con el de sus ojos, mucho más refulgentes. Luego miró a su padre con una expresión tan seria y penetrante que él bajó la cabeza suspirando, apagó la vela y se volvió a acostar.

En cuanto se hizo de día salió en busca de Balbina. Pero en el pueblo le dijeron que un leñador acababa de encontrársela muerta junto a un arroyo del bosque, con la bota de vino vacía apretada contra el pecho. Fue el primer entierro, después de muchos años, en el que nadie tocó el tambor.

## Dos

Sorpresa, según las predicciones de la vieja curandera, creció impaciente y descontentadiza. Preguntaba que por qué había que rezar, que por qué había que coser y echarle pienso a la vaca, que por qué había que saber la hora que era, que por qué había que vivir siempre en aquel sitio, que por qué no pasaba el tren por allí, que por qué no podía ella ver el mar y otros ríos y ciudades grandes de las que el maestro de Sietecuervos les señalaba repartidas por la bola azulada del mundo. Y se extrañaba de que los otros niños de la escuela no se hicieran preguntas por el estilo y la miraran con recelo cuando ella se desesperaba porque nadie contestaba a las suyas.

Era además muy arisca a las caricias de sus padres y reacia a obedecer. Este último defecto se le fue agravando a medida que crecía. Siempre que la mandaban con el cántaro a la fuente, o a cualquier otro recado, no volvía hasta que habían pasado muchas horas, sin que nadie lograra sacarle palabra después de dónde había estado ni de lo que había hecho. Se le iba muchas veces el santo al cielo escuchando los cuentos que contaban los viejos al atardecer a la puerta de la taberna o sentados en corrillo en torno a la fuente. Hablaban de guerras antiguas, de viajes que habían hecho ellos cuando jóvenes o de gentes que no estaban ya en el pueblo. Hablaban también del señor de la Casa Grande, pero con misterio y diciendo cosas que no se entendían bien.

Los padres de Sorpresa discutían mucho por causa de su hija y ya no sonreían ni se llevaban tan bien como antes de nacer ella. Zenón era muy condescendiente con la rebeldía de la niña y se sentía incapaz de reprenderla. Pero su mujer, aconsejada por las vecinas, le imponía deberes y castigos que nunca, sin embargo, le servían de escarmiento. Le echaba la culpa al marido y se enzarzaban en peleas que les iban amargando el carácter.

Sorpresa estuvo yendo a la escuela de Sietecuervos hasta los diez años, pero cuando cumplió esa edad, el maestro vino una tarde a ver a Zenón y le pidió que no volviera a mandar a su hija por allí. Lo decía como aturdido, como si le costara violencia explicar los motivos de aquella decisión. Presionado al fin por las preguntas del alfarero, y compadecido del vivo dolor que se reflejaba en su rostro, acabó confesando que no lo decía porque Sorpresa fuera negada para los estudios, sino por todo lo contrario. Zenón no lo entendía y el maestro se rascó la cabeza debajo de la boina. Pues sí señor, era tan lista que ya le daba miedo. Iba siempre más allá que él, su curiosidad no tenía fronteras y le avergonzaba delante de los otros chicos, haciéndole unas preguntas tan especiales que no sabía cómo

contestarlas. Había días en que casi no hablaba en clase más que ella, y al propio maestro, que no sabía cómo impedirlo, lo dejaba suspenso y maravillado. Pero también se daba cuenta de que si seguía consintiendo aquello, acabaría por perder su autoridad frente a los otros alumnos de la clase, que ya se reían de él. Y al hacer esta declaración, el maestro miraba para el suelo con una expresión de impotencia. Luego, después de una pausa, levantó la cabeza y dijo suspirando:

–Yo también era así de pequeño, lo recuerdo bien. Me parecía que todo iba a ser mío, que me iba a comer el mundo. Y aquí me tienes, Zenón, hecho un desgraciado.

El alfarero, que estaba obsesionado con el caso de su hija, y no era capaz de interesarse por otro ninguno, no percibió la amargura de aquella frase y se limitó a preguntar con alarma si con aquello el maestro había querido decir que Sorpresa de mayor iba a ser desgraciada.

–Eso no lo puedo saber yo –dijo el maestro–. Desde luego, talento tiene mucho, y creo que podría dedicarse a los estudios. Pero necesita libros, muchos más libros de los que puedo darle yo. Y también otros profesores. Este sitio le viene pequeño, Zenón, por mucho que nos moleste tener que reconocerlo.

Cuando el maestro se marchó, Zenón se quedó inmóvil en su pequeño taller, mirando por la ventana cómo iba cayendo la tarde. Se la pasó entera dándole vueltas a aquellas palabras y era como dar vueltas por un laberinto sin salida.

Con los años se le había agarrado un mal reuma a la columna vertebral y, como cada vez se veía más torpe para el trabajo, se refugiaba en la bebida. Remigia le ayudaba en la economía casera, cortando sayas y pantalones y trabajando a veces como asistenta para el señor de la Casa Grande, cuando recibía huéspedes o daba algún convite para la gente principal que venía de lejos a visitarle. Porque, aunque tenía un criado, un chófer y un jardinero, no siempre le bastaba con aquel servicio. Tenía fama de pagar con esplendidez, pero Remigia nunca daba cuentas de aquel dinero que recibía del señor de la Casa Grande. Su marido sospechaba que estaba haciendo ahorros a espaldas suyas para hacerle poco a poco un buen ajuar a Sorpresa, porque en aquella aldea las chicas se casaban muy jóvenes, casi niñas. Y la mujer del alfarero, influida por las críticas de sus vecinas, estaba convencida de que, a base de mano dura, su hija llegaría a ser como las demás, a conformarse con su destino y a casarse pronto con un hombre honrado y trabajador que le quitara de la cabeza todos los pájaros que se le habían metido en ella. Lo cierto es que en casa del alfarero se pasaban muchas estrecheces. Y lo peor era que ya no se hacía frente a la pobreza con resignación y serenidad, como antes de venir al mundo la niña.

Cuando empezó a oscurecer, el alfarero recogió los bártulos de su pequeño taller y subió a la casa por una escalerita de caracol. Había llegado a la conclusión de que darle estudios a Sorpresa era punto menos que imposible. Entró con la cabeza

gacha en la cocina, donde su mujer estaba preparando unas sopas de ajo para la cena. Se sirvió un vaso de vino.

–Remigia –dijo–, quiero hablar contigo.

Ella levantó hacia el marido unos ojos cansados y hostiles. Luego se acercó a la mesa donde él se acodaba pensativo y se quedó de pie, esperando sus palabras.

–Suelta lo que sea –dijo impaciente–. Supongo que se tratará de Sorpresa, ¿no?, como siempre.

–Sí, de ella se trata.

–¿Qué ha hecho ahora? –preguntó Remigia sobresaltada.

–Nada, mujer, no ha hecho nada –contestó su marido, conciliador–. Pero es que creo que no la entendemos, de verdad. El maestro dice que en la escuela ya ha aprendido todo lo que él le puede enseñar.

–Pues que no vuelva y en paz. No sabes lo que me alegro. Con el pretexto de los dos kilómetros de ida y los dos de vuelta que se hace todos los días hasta Sietecuervos, se acostumbra a andar por ahí como una cabra loca y luego no hay quien la retenga en casa. Ahora mismo fíjate la hora que es y sin volver todavía. Y la culpa la tienes tú que nunca le dices nada.

–Pero, Remigia, por Dios –interrumpió el alfarero–, si es que no escuchas. Lo que me ha dicho el maestro es que sabe ya tanto que necesita muchos más libros de los que él le puede dar.

–¡Vaya noticia! –estalló ella–. ¿Y qué quiere decir con eso? ¡No pretenderá que se los demos nosotros!

–No, claro...

–¿Pues entonces?

El alfarero apuró su segundo vaso de vino y procuró dar a sus palabras un tono enérgico.

–Verás, mujer. Se trata de una cosa muy importante, aunque también difícil. Me he pasado la tarde dándole vueltas al asunto y se me ha ocurrido que por qué no hablas tú con el señor de la Casa Grande. No le veo otra solución.

Remigia, que había vuelto junto al fogón, y estaba revolviendo la sopa con una cuchara de palo, giró en redondo con el rostro incendiado, como si acabara de picarle un enjambre de avispas.

–¡Bonita solución! –vociferó indignada–. Eso ni hablar, ¿lo oyes? ¡Ni hablar! Ya te he dicho muchas veces que Sorpresa, mientras yo viva, no pondrá los pies por allí. ¡Pues sólo le faltaba eso!

No era aquélla la primera vez que salía a relucir en las conversaciones entre el matrimonio el señor de la Casa Grande, y Remigia siempre estaba atenta a que la niña no anduviera por allí cuando lo nombraban. Pero Sorpresa, como les pasa a todos los niños cuando sus padres se ponen a hablar de algo que no quieren que ellos oigan, andaba continuamente con el oído alerta, por si podía recoger alguna

noticia de aquella casa, tan próxima y al mismo tiempo tan lejana. Era un edificio de piedra rosa con cinco chimeneas, que se alzaba a la salida de Trimonte, junto a la falda de la montaña, escondido en la espesura de un enorme jardín. Estaba rodeado de una tapia muy alta, por entre cuyas ranuras crecían las malas hierbas y corrían las lagartijas, y desde cualquier punto elevado de la aldea podía divisarse la fachada de balcones abombados y el sombrío jardín que había que atravesar para llegar a la escalinata que daba acceso a ella. Pero Sorpresa no había cruzado nunca los umbrales de aquella casa ni conocía a ningún niño que lo hubiera hecho. Le había pedido muchas veces a su madre que la llevara con ella para ayudarla en la cocina cuando el señor de la Casa Grande tuviera invitados, pero, a pesar de su insistencia, siempre había recibido una negativa rotunda, y si preguntaba por qué, Remigia le contestaba: «Porque no», que era una de las respuestas que a ella más le envenenaban la sangre, hasta el punto de hacerla rabiar y patalear.

Aquella tarde había andado de paseo por el monte inventando un cuento para contárselo al día siguiente al Pizco, el chico del herrero, que siempre le pedía cuentos; y al volver oyó desde la huerta que sus padres estaban discutiendo y que salía a relucir el nombre de la Casa Grande, como si saliera por la ventana abierta de la cocina un cometa desconocido a pasearse por entre las frondas con su larga cola de luz. Se subió a un árbol que había cerca de la casa para verlos y oír mejor lo que decían, y se quedó allí acurrucada, conteniendo la respiración. El corazón le latía muy fuerte, a compás con el canto de los grillos. Su madre estaba diciendo muy acalorada que el señor de la Casa Grande llevaba mala vida. Inmediatamente tuvo ganas de preguntar que en qué consistía llevar mala vida, pero se contuvo. Lo primero para que no la descubrieran fisgando desde allí, y luego porque se había ido acostumbrando a entender, aunque dentro de sí nunca lo aceptara, que hay cosas que a un niño de nada le sirve preguntar porque no van a hacerle caso, o todo lo más van a contestarle con una tontería. Imaginaba que llevar mala vida significaría, por lo menos, llevar una vida distinta de la que llevaban los demás, cosa que le parecía natural, porque aquella casa también era distinta de las demás. Se acentuó su curiosidad y también la llamita de sus ojos, que se pusieron a arder en la oscuridad como gusanos de luz.

–Si llevara mala vida –estaba diciendo Zenón en aquel momento–, no le visitaría el señor cura.

–Bueno –replicó su mujer–, ya sabemos que el pobre don Amancio no tiene cuatro gramos de sal en la mollera, y, además, como el otro le da buenas limosnas para la iglesia...

–Por algo se las dará.

La madre de Sorpresa se echó a reír con una risa que a la niña no le gustaba, porque no daba a entender que estuviera alegre, sino dispuesta a enfadarse más.

–Claro –dijo–, para ver si se pone a bien con la corte celestial, que buena falta le

hace. A la vejez viruelas. El diablo, harto de carne, se metió a fraile.

¿Quién tenía viruelas? ¿Quién se había metido a fraile? Sorpresa no podía aguantar aquellos refranes tan tontos que solían soltar sin venir a cuento su madre y otras mujeres de la aldea. No había manera de entenderlos ni guardaban relación con lo que se estaba deseando saber. Lo que ella quería es que alguien le contara cómo era por dentro la Casa Grande, y qué hacía su dueño metido en ella todo el año, teniendo dinero para viajar como los amigos que venían a verle; quería saber de qué hablaba con estos amigos, cómo eran las fiestas que preparaba para ellos, qué comían, cómo se vestían. Es lo único que le interesaba saber.

Zenón se había puesto de pie y estaba ayudando a su mujer a poner la mesa para la cena. A través de la ventana abierta, salía a la huerta en sombras el resplandor apagado de siempre, el olor a comida de siempre, el tictac del reloj de siempre, la silueta agrandada de los objetos y muebles de siempre, de sus padres de siempre. Ahora estaban de espaldas y se les oía peor, hablaban de si eran malos o buenos los libros que tenía el señor de la Casa Grande, no de las ilustraciones que los pudieran adornar o de los cuentos que en ellos se contaban. Y Sorpresa notó que le entraba sueño y que empezaba a no esperar nada nuevo. Cada vez se les oía con más dificultad, como si estuvieran muy lejos, y la niña, mirando sus perfiles grotescos, que cambiaban de forma sobre la blanca pared de la cocina, notó de repente un dulce abandono y ganas de llorar. Era inútil pasarse el día con el oído tenso a la caza de historias inesperadas. Se daba cuenta de que las personas que conocía nunca, ni siquiera hablando de la Casa Grande, iban a decir más que lo de siempre, que no iban a darle jamás de los jamases ninguna sorpresa. Había encontrado una postura bastante cómoda entre dos ramas del árbol. Apartó la vista del rectángulo iluminado de la cocina y se reclinó un poco para mirar las estrellas, que empezaban a parpadear sobre el fondo aún pálido del cielo. Se encontraba bien. Cerró los ojos para no llorar y se quedó un buen rato muy quieta y recogida, escuchando el canto de los grillos, el croar de las ranas, el ladrido de un perro, voces agudas de mujeres que llamaban a sus hijos para que volvieran a cenar. Si abría los ojos, allí seguían las estrellas como una corona de joyas sobre su cabeza, una corona para ella sola, porque seguro que nadie la quería, que nadie se preguntaba por qué estaban allí las estrellas ni las miraba siquiera. ¿O tal vez las estaría mirando también el señor de la Casa Grande? En ese caso eran amigos, lo podían ser. «Yo puedo inventarme un señor de la Casa Grande, y ellos no», se dijo de repente. Y sintió un gran consuelo.

El reloj de la cocina dio las diez y Sorpresa, como si despertara, se bajó del árbol sin hacer ruido y entró en la casa. Al oír sus pasos por la escalera, Remigia se llevó un dedo a los labios y le hizo a su marido señas con la mano para que se callara. Sorpresa entró a tiempo de notarlo, pero ya se le había apagado la curiosidad por saber lo que le ocultaban sus padres.

Cenaron en silencio, como tres extraños. Sorpresa estaba sentada frente a la

ventana y miraba el árbol donde acababa de estar subida, como si mirara a un amigo que los demás no conocían. Los ojos le brillaban con un fulgor especial y su padre, cada vez que levantaba los suyos de la sopa para mirarla a hurtadillas, sentía un nudo que le oprimía la garganta. «¿Qué será de ella?», se preguntaba.

Aquella noche Sorpresa, antes de dormirse, sacó un cuaderno grande que se solía llevar al campo para pintar lo que veía, y se entretuvo mucho rato dibujando una casa muy complicada llena de escaleras interiores, pasadizos en forma de espiral, estatuas, recintos con cortinas y unos muebles muy raros y picudos. Hasta que la terminó no supo que aquello era haber entrado en la Casa Grande. ¡Qué maravilla! Y la miraba con asombro e incredulidad, pero también con orgullo, porque nunca había hecho un dibujo que le quedara tan bien. Parecía una decoración de teatro. Y eso que Sorpresa no había estado nunca en el teatro.

## Tres

Desde que dejó de ir a la escuela, a Sorpresa se le redobló su afición por inventar cuentos. Los pocos que había podido leer o le habían contado se los sabía ya tan de memoria que no le divertían. Pero había sacado una cosa en consecuencia: tanto en los cuentos que recordaban los viejos como en los que el maestro les daba a leer o les contaba, siempre había un momento en que alguien salía de viaje, y ese momento era como un imán que hacía girar a su alrededor los demás argumentos; a partir de entonces cambiaba todo. Los protagonistas del cuento se ponían en camino para salir en busca de algo que deseaban mucho o les deparaba el azar. Unas veces encontraban lo que iban buscando y otras no, daba igual. Lo importante era el viaje y las cosas nuevas que aprendían o veían al hacerlo. Yendo de acá para allá se transformaban en otros. Era como si viajaran precisamente para cambiar la vida que padecían al empezar el cuento. Y para poderlo contar.

–Si no pasa algo nuevo, no hay nada que contar. ¿Qué cuento vas a sacar de las cosas que te pasan todos los días? –le decía Sorpresa a Pizco, el chico del herrero, que siempre la escuchaba con los ojos muy abiertos.

Era un muchacho guapo y coloradote, de manos muy grandes y hábiles para toda clase de tareas, los pies ágiles y curtidos para subir descalzo a los riscos más escarpados, diestro en el juego de pelota, vivaracho para entender cualquier recado y cumplirlo con ligereza, despierto frente a los peligros, excelente cazador. A Sorpresa le halagaba que un chico bastante mayor que ella prefiriera su compañía a la de nadie, y era un alivio poder contar con él y saber que le guardaba siempre todos los secretos. Si no fuera por Pizco, no tendría a quien contarle cuentos. Pero la verdad es que no estaba segura de que entendiera bien lo que le decía, y a veces le parecía un poco tonto. Si le pedía, por ejemplo, que se escaparan juntos una noche a ver el mar, le ponía unos inconvenientes absurdos, como decir que el mar estaba a muchas leguas de allí y que no podrían estar de vuelta al día siguiente. Y eso qué más daba. Ya se vería. A quién se le ocurre pensar en volver cuando emprende una aventura. Era una respuesta que nunca habría dado nadie en un cuento.

–Pero es que yo creí que decías de verdad lo de irnos, no como si fuera un cuento –contestaba él desconcertado–. Contigo nunca se sabe. ¿Lo decías de mentira o de verdad?

–¡Ay, hijo, qué tonto eres! –se enfurruñaba ella–. Si no nos lo inventamos primero y no creemos que se puede hacer, nunca será verdad.

–Es que no se puede hacer.

–Claro, sobre todo si no se tienen ganas. A ti es que parece que no te importa quedarte en este sitio hasta que te entierren.

–A mí no.

–Pues me iré yo sola.

Pizco la miraba preocupado. ¿Por qué se querría ir? A él su pueblo le parecía precioso. Conocía el nombre de todas las plantas, de todos los bichos, de todos los árboles y los picos de la montaña, de todos los vecinos. Y una vez que había ido con su padre para hacer un trabajo a la ciudad cercana, casi no contó nada de lo que había visto, aunque estuvieron fuera siete días. Vino diciendo que Trimonte era mucho más bonito, que estaba deseando volver.

–Pero estarías deseando volver para contar algo, ¿no? –le decía ella, impaciente–. Porque si no, ¿para qué te has ido?

Y acababan riñendo, porque eran muy distintos. Pero Pizco, aunque no sabía contar cuentos, se había acostumbrado tanto a escuchar los de su amiga que, cuando se enfadaban, siempre era él el que la volvía a buscar para que hicieran las paces. Cuando tardaba en verla y en oírla era como si le faltara el aire.

La protagonista de los cuentos que inventaba Sorpresa era casi siempre una niña que se convertía en mujer de la noche a la mañana, arriesgándose a alguna aventura temeraria, recitando un conjuro o valiéndose de determinado talismán. Viajaba por tierra y por mar, sorteaba grandes peligros y llegaba a países inventados de nombres muy sonoros. Allí las gentes vestían de una manera especial y se pasaban la vida contando cuentos difíciles de entender, donde todo quería decir algo distinto de lo que parecía. Pero Sorpresa lo descifraba. Porque ella era aquella niña que quería crecer.

–Y para crecer, ¿sabes? –le decía a su amigo–, hay que entender las cosas difíciles.

A Pizco no le gustaban las cosas difíciles. Y, sin embargo, seguía pidiéndole que le contara aquellos cuentos tan raros. Algunas noches, recordándolos, tardaba en dormirse y se sentía muy intranquilo. ¿Se escaparía un día Sorpresa de verdad y le dejaría solo para ir al encuentro de aquella gente distinta? Claro que no podía, porque era muy pequeña. Pero ¿y si crecía de pronto, de tanto entender las cosas difíciles? Y cuando imaginaba esto, le entraba miedo y no se podía dormir. Sin Sorpresa, Trimonte dejaría de ser lo que era, se le irían los colores y la luz, se desmoronarían las casas, se secarían los árboles. No podía soportar la idea.

Sus amigos del pueblo, que ya andaban detrás de las chicas y se perdían con ellas por los caminos al anochecer, se burlaban de él, porque no había tenido novia todavía y en cambio se pasaba todos sus ratos libres con aquella niña estrafalaria, a la que seguía como perrillo faldero. En el pueblo les parecía a todos muy antipática y la madre de Pizco decía que había nacido para princesa y se había quedado en el camino. Pizco no podía aguantar que hablaran mal de ella, y por eso procuraba no nombrarla nunca. Le hubiera gustado que fuera amiga también de los demás, pero

por otra parte le hacía muy feliz que sólo fuera amiga suya. Pero acabó por avergonzarse de que los vieran juntos y, para no dar que hablar, solía citar a Sorpresa en sitios apartados de la aldea, cosa a la que ella accedía encantada porque le molestaba mucho la gente.

Pero el remedio fue peor que la enfermedad, porque es bien sabido que, en todos los pueblos y ciudades pequeñas del mundo, quienes buscan lugares apartados para pasear son precisamente los novios. Y en Trimonte ocurría lo mismo. Así que los paseos de Pizco y Sorpresa fueron más de una vez descubiertos por parejas de novios que se escondían en la espesura cuando llegaba el anochecer. Y fueron ellos los que empezaron a hacer correr por el pueblo comentarios de burla, que luego los amigos de Pizco hacían llegar a sus oídos. Y de nada le servía a él protestar. Si andaba por los bosques y los montes con la niña del alfarero a la caída de la tarde, y a veces la cogía de la mano para ayudarla a saltar una cerca o a escalar una peña difícil, nadie podía creer que fuera simplemente por el puro placer de oírle contar cuentos. Era que la quería para novia, que estaba enamorado de ella.

Y así vino Pizco a pensar en algo que nunca se le había pasado antes por la cabeza, y que ahora le quitaba el apetito y le tenía todo el día caviloso y distraído.

–No atiendes a lo que digo –se impacientaba ella algunas veces cuando le estaba contando un cuento–. ¿En qué estás pensando?

–En nada.

–No se puede estar sin pensar nada. Si pudieras quedarte sin pensar en nada, te saldrían alas y volarías como los pájaros. Sería muy bonito. Yo a veces lo he intentado hacer, pero no puedo. Y tú tampoco, ¿lo ves?, porque no estás volando. Anda, dime lo que piensas –insistía con voz autoritaria.

–¡Te digo que en nada! ¡Déjame en paz!

–Eres un mentiroso. ¿Por qué me mientes? Te van a salir patas de ciempiés.

Pizco bajaba los ojos o se enfadaba. Por primera vez se sentía incómodo al lado de aquella niña tozuda y fantasiosa. Nunca se habían dicho mentiras. Antes podían reñir, pero hablaban de todo lo que se les pasaba por la cabeza, y no había cosa de las que no entendían que no pudieran preguntarse uno a otro. ¿Qué le ocurría ahora? ¿Sería esto estar enamorado? A los demás no quería preguntárselo, y a ella tampoco, porque ¡qué iba a entender de amores una niña tan pequeña! Pero no, no era eso, era porque no se atrevía. A veces la miraba a hurtadillas y pensaba que aquellos ojos de bruja tan sabios y brillantes podían dar respuesta a todo. Y eso todavía le daba más miedo.

Decidió verla menos y hacerle menos caso, aunque lo sentía como una especie de traición. Al salir del trabajo, se iba a cazar pájaros con los amigos y también algunas veces a la taberna del pueblo, siempre animada y ruidosa. Al fin y al cabo, tenía dieciséis años recién cumplidos, era ya un hombre. En la taberna se hablaba mucho de las chicas del pueblo, que a veces pasaban por delante de la puerta

cogidas del brazo y riéndose. Era verano y se acercaba la romería de san Juan, de la que salían muchos noviazgos. Todos los amigos de Pizco andaban alborotados y señalaban desde dentro a la chica que les gustaba. Él no señalaba a ninguna, pero andaba con el oído alerta a aquellas conversaciones de los demás, a la caza de alguna frase que, aunque fuera difícil de entender, como las de los cuentos de Sorpresa, le diera alguna pista acerca de lo que es estar enamorado. Pero nada de lo que los otros chicos decían, entre risotadas y guiños, le servía de explicación ni de consuelo. No porque fuera difícil de entender, sino porque no tenía nada que ver con aquella pena tan rara que él sentía desde que andaba huyendo de Sorpresa y no tenía cuentos que recordar por la noche. Eran sobre todo sus cuentos lo que echaba de menos. Pero no podía decírselo a nadie, porque se habrían reído.

La víspera de san Juan, al acabar su trabajo en la herrería, Pizco salió camino de Sietecuervos, donde se celebraban las fiestas y había una romería muy sonada. Iba estrenando un traje que le había acabado su madre la noche anterior, y estaba incómodo porque le tiraba un poco por las mangas. La madre le vio pasar desde una huerta donde estaba trabajando la tierra con otras mujeres. Había también un cacho de jardín. Le llamó.

—¡Qué guapo vas, hijo! Ven acá que te veamos.

Pizco se acercó un poco avergonzado, y su madre cortó una rosa para ponérsela en el ojal de la chaqueta.

—No sé bien a qué hora volveré —dijo él.

—Vuelve cuando quieras. Ya eres mayor. A ver si te echas novia, hombre.

Luego le dio un beso y se quedó mirándolo marchar. Pizco, según avanzaba a buen paso, oía la risa de las mujeres a sus espaldas y le daba rabia pensar que estarían cuchicheando con su madre.

Al llegar a la entrada del bosque de Los Gozos, se detuvo, como dudando. Hacía calor. De allí, junto a una cruz de piedra, arrancaba una veredita que no se internaba en el bosque, sino que salía de él. Conducía al semicírculo de montañas que respaldaban el pueblo y que ahora se perfilaban como castillos ruinosos bajo el sol ya cansado de la tarde. Una de aquellas cimas, que se llamaba el Perro Dormido, era la preferida de Sorpresa. Tal vez estuviera allí, porque iba muchas tardes. Llevaba ocho días sin verla. Miró alrededor. No había nadie. Solamente se oía el canto de los pájaros y el ruido de un arroyuelo. De pronto Pizco echó a correr por la vereda, alejándose del bosque. Le daba tiempo a dar aquel rodeo. Antes de ir a la romería, necesitaba que Sorpresa le viera con su traje nuevo. Era lo que más deseaba en este mundo.

Sorpresa estaba, efectivamente, en la cima del Perro Dormido, sentada en una peña que ellos llamaban el Sillón, porque tenía una especie de respaldo, y desde la que se dominaba todo el pueblo. Tenía las piernas en pico y apoyaba su cuaderno

de dibujo contra las rodillas. No pareció sorprenderse cuando le vio aparecer jadeante y sofocado.

–Menos mal que vienes –dijo solamente–. Creí que tu madre no te habría dado el recado. ¿Traes algo de merienda?

–No. Pero ¿qué recado?

Ella esperó a que llegara a su lado y le hizo un sitio en la peña, al tiempo que recogía el cuaderno y lo cerraba.

–Fui a tu casa esta mañana, ¿no te lo ha dicho? Quería entrar a verte al taller, pero no me dejó. Me parece que estaba algo enfadada. Le dije que te esperaba aquí. Pero ¿no te sientas?

Pizco obedeció. Sentía una rabia que no acertaba a explicarse. Contra él mismo por sentarse en cuanto su amiga se lo mandaba, contra su madre que no le había dado el recado, y sobre todo contra Sorpresa, que no le decía nada de su traje nuevo.

–¿Y tú para qué tienes que ir a mi casa? Te crees que los demás andamos perdiendo el tiempo como tú, y que en cuanto mueves un dedo todo el mundo va a estar pendiente de tus caprichos. Has nacido para princesa y te has quedado en el camino. Más valía que te metieras en casa a ayudar a tu madre, en vez de pasarte el día subida por los riscos como una cabra loca.

De repente se extrañó de estar hablando así. Eran cosas que no pensaba de verdad, y que, cuando se las oía decir a otras personas, le indignaban. Además, a los riscos era él mismo quien la había enseñado a subir. Se miraba, enfurruñado, el pantalón, que, al trepar, se le había manchado de resina a la altura de la rodilla.

Sorpresa no decía nada. Se había quedado muy quieta, con los ojos clavados en las nubes, que empezaban a teñirse de rosa sobre el tejado de la Casa Grande. El sol parecía una bola de billar naranja, bajando despacito.

–Y además, ¿para qué querías verme? –preguntó Pizco, que no podía aguantar aquel silencio.

Sorpresa se encogió de hombros. Vio un coche negro que entraba por el parque de la Casa Grande, oyó voces distantes, el ladrido de un perro. ¡Qué lejos estaba todo! De pronto escondió la cabeza entre los brazos.

–¡Para nada! ¡Vete! Como mejor estoy es yo sola.

Entonces Pizco la miró y vio que estaba llorando. Le dio mucha pena, pero no quería hacer las paces tan pronto.

–Todo lo arreglas llorando –dijo de mal humor–. La culpa la tengo yo que te aguanto.

Ella levantó la cara. Tenía las mejillas encarnadas y una expresión de protesta y rebeldía.

–¿Arreglar qué? –preguntó–. ¿Qué tengo que arreglar? ¿He hecho algo malo? Si

no te veo, podré ir a tu casa a dejarte un recado, ¿no? Se me había ocurrido un cuento y te lo quería contar. ¿Tiene eso algo de malo?

Le estaba mirando con aquellos ojos inmensos del color del sol que se hundía. Pizco bajó los suyos. Comprendió que era muy pequeña y muy inocente. Que tardaría mucho tiempo en poder pedirle que fuera su novia. Pero también que se arrepentía de haberla hecho llorar.

–Todos igual –seguía ella–. Mis padres que soy mala, las mujeres que soy mala, el cura que soy mala. Y ahora encima también tú. Pues acabaré siendo mala, si tanto os empeñáis, más mala que el diablo. Me iré de aquí, me saldrán cuernos y rabo, y no volveré nunca. ¡Qué ganas tengo de ser mala de verdad!

Se limpió las lágrimas de un manotazo y se puso a arrancar con furor unas hierbas silvestres que crecían por entre las ranuras de la peña.

–No digas esas cosas, que te puede castigar Dios –dijo Pizco asustado–. Yo no he dicho que seas mala. Anda, toma, sécate las lágrimas. Y perdóname.

Le tendió un pañuelo planchado que llevaba en el bolsillo de la chaqueta. Sorpresa lo cogió y se lo pasó por la cara. Le gustaba aquel fresco de la batista contra sus mejillas ardiendo. Pero seguía con el ceño fruncido.

–Has dicho que soy una cabra loca. ¡Cómo me aburre oír siempre las mismas tonterías, como si las dijera el loro del señor cura! ¿Es que no se te ocurre nada a ti solo? Nadie me dice nada que me dé una sorpresa. No sé por qué me tuvieron que poner ese nombre tan idiota. Lo odio.

–Pues a mí me parece muy bonito –dijo Pizco con su voz más amable.

Pero sentía una nostalgia rara. ¿Qué habría que hacer para sorprender a Sorpresa? Él nunca podría ser como aquellos personajes de sus cuentos que hablaban un lenguaje incomprensible y misterioso. Al otro lado del bosque, empezaron a subir culebreando los cohetes que anunciaban la fiesta de la noche de san Juan. Se elevaban por encima de los árboles oscuros y estallaban luego en una lluvia de colores sobre el cielo palidecido.

–¿Sabes que esta tarde voy a la romería de Sietecuervos? –dijo Pizco de repente, mirándola–. Tú no puedes venir, porque eres pequeña. ¿Te gustaría venir?

Ella siguió arrancando hierbajos de la peña, con una expresión reconcentrada y ausente.

–¿A la romería de Sietecuervos? ¡Vaya una cosa! –dijo.

–Sí, claro. Lo dices porque te da envidia.

Pasó un pájaro negro volando tan bajo que casi los rozó con sus alas, y luego descendió planeando despacio hasta el parque de la Casa Grande, cuyas ventanas acababan de iluminarse. Ahora estaba entrando otro coche. Tenían fiesta.

De pronto Sorpresa se puso en pie, con los ojos repentinamente animados.

–¿A mí envidia? ¡Como si no tuviera yo nada mejor que hacer esta noche! Venga, vámonos.

–¿Pero no me ibas a contar un cuento? –preguntó Pizco.

–Mañana. Ahora tengo prisa.

Recogió su cuaderno y se lanzó cuesta abajo, sin más explicaciones. Pizco se sacudió el pantalón y la siguió extrañado. Nunca acababa de acostumbrarse a aquellos cambios bruscos de humor de su amiga. Ella sí que daba sorpresas.

–¡Espérame! ¡No bajes tan de prisa, que te vas a matar!

Pero ella, sin hacerle caso, saltaba de peña en peña, canturreando y a toda velocidad. Había evitado a propósito un senderillo de ganado, que daba un rodeo pero era menos peligroso. Fue el que cogió Pizco, tras una breve vacilación, porque no se atrevía a tanta audacia de movimientos, preocupado ante la idea de que el traje nuevo pudiera estropeársele más. De vez en cuando, Sorpresa volvía la cabeza y se reía de irle dejando tan atrás. Otras se perdía de vista, y seguía saltando, veloz como una saeta.

Se encontraron abajo, cuando el sol acababa de esconderse y las nubes parecían las llamas de un incendio. Ella estaba esperándole, sentada sobre un muro del camino, y, en cuanto le vio aparecer, se levantó con un gesto triunfal.

–Bueno, que te diviertas –dijo–. Yo me voy por aquí, que se me hace tarde. Toma tu pañuelo.

Le sonreía con cara de burla. Pizco, desconcertado, cogió el pañuelo que le tendía y se secó la frente con él.

–¿Por ahí? ¿Y dónde vas por ahí?

–A la Casa Grande. Esta noche tienen invitados y mi madre me ha pedido que la vaya a ayudar porque hay mucho trabajo en la cocina.

–¡Mentira! –dijo Pizco, mirándola con ojos muy abiertos–. Lo estás inventando, ¿a que sí?

–No lo estoy inventando. Mañana te lo cuento todo.

–¿De verdad? ¿Cuándo?

–A las siete. Te estaré esperando ahí arriba, en el Perro Dormido. Y acuérdate de lo que te digo: si no vienes, no te vuelvo a hablar en mi vida.

–Claro que vendré –dijo Pizco–. Pero espera, no te vayas todavía. ¿Qué ha pasado? Tu madre no te dejaba ir a la Casa Grande. ¿Cómo es que ha cambiado de opinión?

Sorpresa se encogió de hombros con aire de misterio.

–¡Ah! No se puede contar en tan poco rato. Mañana lo sabrás. A las siete. Adiós. Y se echó a correr por el camino de la izquierda sin volver la cabeza.

Pizco se quedó un rato parado, hasta que la vio desaparecer en la primera revuelta. Le daban ganas de seguirla, para saber si había dicho la verdad. Pero luego se acordó de los amigos que le estarían esperando en Sietecuervos, y echó a andar perezosamente en dirección contraria.



## Cuatro

«Las cosas son más fáciles de lo que parece. Basta con que se decida uno a hacerlas», pensó Sorpresa, al empujar la puerta de la Casa Grande y ver que cedía sin necesidad de hacer esfuerzo, a pesar de lo sólida que era.

Y se detuvo un momento en los umbrales del inmenso parque, recordando las muchas veces que se había quedado clavada delante de aquella verja sin atreverse a empujarla.

Iba a volverse para cerrarla de nuevo, cuando se dio cuenta de que se le había escapado de las manos sin saber cómo y se cerraba ella sola, suavemente y en silencio. Entonces tuvo un poco de miedo y quiso abrirla otra vez desde dentro, pero no fue capaz. Estaba atrancada con cerrojo, aunque no logró ver el cerrojo.

«Mejor», se dijo para darse ánimos. «Ya no puedo pararme. Adelante y siempre más.»

Echó a andar por un sendero iluminado por la luz de la luna. A los lados crecían árboles muy corpulentos y tupidos cuyas ramas, al ser zarandeadas por el aire, dejaban en el suelo sombras movedizas, sobre las que ella iba poniendo el pie con cuidado, como si temiera desbaratar aquel extraño dibujo. Y mientras avanzaba mirando para el suelo y procurando pisar de claro en claro, saltando a veces a la pata coja, se preguntaba que cómo habría podido caer la noche tan de repente. Escuchaba el silbido de las lechuzas, el croar de las ranas, el canto de los grillos, y el corazón le latía tan fuerte como si se le fuera a salir por la boca. Pero nunca en su vida se había sentido más feliz.

«Quien pisa raya, pisa medalla. Adelante y siempre más», canturreaba, acordándose de Pizco.

Al cabo de un rato, los árboles se espesaron, formando sobre su cabeza un túnel tan cerrado que la luna dejó de filtrarse por entre el ramaje y ya no veía el camino. Sorpresa continuó casi a tientas, orientada tan sólo por un resplandor que se veía allá al fondo y que, poco a poco, se fue haciendo más brillante. Aceleró el paso y, a medida que iba acercándose a aquellas luces, pudo ver que procedían de dos globos enormes de cristal tallado que remataban la barandilla de una escalera de piedra muy ancha. Llegó a una plazoleta circular situada delante de la escalera, donde había parados tres coches negros. Los sorteó con cuidado, agachándose. Al volante de uno de ellos, vio el bulto de un hombre con la cara escondida entre los brazos. Supuso que debía estar dormido.

Luego, sin volverse ni mirar a los lados, echó a correr decidida y subió de dos en dos los peldaños de la gran escalinata. Cruzó por tres descansillos con bancos de

piedra, y al remate del último estaba la puerta de la casa. Se paró un momento para atarse el lazo de una de sus trenzas, y empezó a percibir una música muy triste que venía del interior. Entonces se fijó en la puerta. Era grandísima y tenía un llamador de bronce en forma de león con argolla en la boca, situado a una altura muy superior a la de su cabeza. Pero no necesitó empujarse para llegar a él, porque la puerta estaba entreabierta.

Como era muy pequeña, se coló sin esfuerzo por aquella ranura y entró en una habitación tapizada de espejos. Estaba todo bastante oscuro, pero de algún punto de la habitación venía un débil resplandor que rompía la penumbra. Entonces se fijó en que los espejos reflejaban desde distintos ángulos otra figura humana detrás de la suya. Y que de ella emanaba la luz.

Sorpresa se volvió para buscarla y casi se tropezó con ella, tan cerca la tenía, allí de pie, a sus espaldas. Era una mujer alta, vestida de terciopelo rojo, con el pelo lleno de bucles y unos zapatos plateados de punta fina que le asomaban por el borde de la falda. Estaba inmóvil y miraba al vacío con unos ojos verdes y brillantes, como de gato. Sostenía una antorcha en la mano derecha y una bandeja con vasos en la izquierda. Los vasos eran pequeños y estaban llenos de líquidos de diferentes colores. Parecían bombillitas, porque el líquido que contenían era fosforescente.

–Buenas noches –saludó Sorpresa cortésmente, después de tragar saliva–. Perdone si la he asustado. ¿Podría usted decirme dónde está la cocina?

La mujer no se movió ni contestó nada. Pero ocurrió una cosa muy extraña. Le creció de repente un tercer brazo de dentro del corpiño, y la mano de este brazo, adornada con muchas sortijas, se acercó a los vasos de la bandeja y los fue cogiendo despacio uno por uno y volviéndolos a dejar en su sitio, todo a un ritmo lento y mecánico. Cada vaso que iba cogiendo, lo acercaba durante unos instantes a los labios de la niña, antes de volverlo a posar en la bandeja. De tamaño y de forma eran todos iguales. La única diferencia entre ellos, aparte del color de los líquidos, estaba en que en unos ponía «más», en otros «menos» y en otros «igual», en letras doradas grabadas sobre el cristal. Sorpresa no tardó mucho en entender que estaba siendo invitada a elegir uno para beber, y le pareció una bienvenida muy oportuna. Porque además tenía mucha sed.

Esperó a que volviera a pasarle por delante uno de los vasitos donde estaba escrito «más» y lo arrebató de la mano de las sortijas, que inmediatamente volvió a desaparecer por entre los pliegues del corpiño. Pero no fue eso lo que más extrañó a Sorpresa, sino el tacto frío y viscoso de aquella mano, cuando rozó la suya. Entonces, sin atreverse a beber todavía aquel licor, levantó los ojos para mirar con más detalle a la mujer que se lo había ofrecido. ¡Qué susto se llevó! Era toda de cera, menos los ojos que eran de cristal y el pelo que estaba hecho de hebras de seda negra.

El licor tenía un color entre azul y violeta. Sorpresa cerró los ojos, se lo bebió de un trago y volvió a dejar sobre la bandeja el vasito vacío. Notó en la boca un sabor fuerte y picante y en seguida un calor muy agradable que le corría por todo el cuerpo y le quitaba el susto y la timidez.

–Adiós, señora de rojo –dijo haciéndole una reverencia burlesca–. Eres muy amable. Pero a ver si cuando vuelva a verte has aprendido a hablar. Mira cómo me despido de ti.

Y se puso a bailar alrededor de ella, mientras canturreaba con vocecita risueña:

*Más, más, más, mucho más,  
no te quedes donde estás  
y a la luna llegarás.  
Mira bien por dónde vas,  
pero no mires jamás  
ni a los lados ni hacia atrás.  
Más, más y requetemás.*

Los espejos de las paredes se iban pasando uno a otro la imagen menuda y saltarina de la niña, el revoloteo de su falda de cretona, los giros de sus trenzas, el fuego de sus ojos animados.

Hasta que, un poco cansada, se paró para tomar aliento. Luego se puso a dar vueltas por la habitación para inspeccionarla. No tenía ninguna ventana, ni muebles. Era octogonal y no había en ella más adorno ni mobiliario que el de los ocho espejos, separados unos de otros por largos cortinajes del mismo terciopelo que el traje de la muñeca de cera. A Sorpresa no le hacía mucha gracia quedarse allí encerrada con ella, sobre todo porque estaba bien claro que era muda, pero tampoco quería volver sobre sus pasos. Hasta que de pronto reparó en que el espejo de enfrente estaba partido en el centro por una raya vertical, con picaporte a media altura. Era una puerta de espejos. Se paró a mirarse en ella, antes de abrirla.

–¡Qué suerte, chica! –le dijo, guiñándole un ojo, a la niña que la miraba desde dentro del espejo–. Creí que te quedabas encerrada aquí toda la noche con ésa. Tú sigue con la misma cara y adelante, ¿me has oído?, veas lo que veas.

Luego se empinó para alcanzar el picaporte, que era también de espejo. Empujó la puerta y salió a un pasillo con baldosines blancos y negros que la condujo a la habitación siguiente.

## Cinco

Aquella habitación, en cambio, estaba muy iluminada, era mucho más grande y tenía tres balcones abiertos al jardín. Estaba tan atestada de muebles que era difícil dar un paso sin tropezarse con alguno. Estanterías repletas de libros, butacas, divanes, sillas, consolas, lámparas de pie, esculturas sobre pedestales de hierro y mesas de diferentes tamaños. Encima de estas mesas y también por el suelo había objetos brillantes y muchos libros abiertos. Ahora sonaba muy cerca y con toda claridad la música que Sorpresa había oído al subir por la escalera. Se volvió para ver de dónde salía y reparó en un aparato cuadrado de manivela, con la tapa abierta sobre la pared. Dentro de él daba vueltas un disco negro, muy despacio, como si le diera pereza. Sorpresa pensó que debía ser por eso por lo que la música que salía de allí era tan quejumbrosa. Parecía el llanto de una persona, o mejor todavía el aullido de un animal que se va a morir. Cada vez sonaba más triste y apagada, igual que el disco también giraba cada vez más despacio.

Hasta que se paró y todo quedó en silencio. Pero por poco tiempo, porque en seguida se oyó una voz muy fuerte y enfadada que decía:

–¡Dale cuerda al gramófono! ¿No ves que se para? ¡Daniel! ¡Ricardo! ¿Quién anda ahí?

Sorpresa, que estaba parada delante del gramófono, mirándolo fascinada, porque nunca había visto ninguno, giró en redondo y no vio a nadie, a pesar de que la voz había sonado muy cerca. Seguramente la persona que hablaba había oído sus pasos y la estaba confundiendo con alguien. A tocar la manivela del gramófono no se atrevía. Comprendió que tenía que decir algo.

–Perdone usted, señor –dijo lo más alto que pudo, sin dejar de escudriñar por todos los rincones–. ¿Me puede decir dónde está? No lo veo.

Pero en aquel mismo momento, sus ojos se fijaron en un bulto oscuro que rebullía en el hueco del último balcón y se dirigió hacia allí.

Recostado entre almohadones contra los hierros del balcón había un hombre. Seguramente el mismo que acababa de hablar, porque no se veía a nadie más. Vestía pantalón ancho de raso negro y una blusa de lo mismo, bordada de abalorios de colores. Tenía al lado una botella y una copa y estiraba con indolencia las piernas que eran muy largas. Iba descalzo. Tenía los ojos cerrados, pero los abrió al oír que Sorpresa se acercaba. Ella se paró en seco a pocos pasos del balcón, al sentir sobre la suya aquella mirada. Nunca había visto unos ojos tan negros y tan al acecho. Parecían los ojos de un lobo. Pero a Sorpresa los lobos le daban pena.

–Yo no sé darle cuerda al gramófono –dijo dulcemente–. Lo siento, señor. Nunca

había visto un gramófono más que pintado. Y tengo miedo de romperlo.

El hombre, después de recorrerla de arriba abajo con indiferencia, volvió a bajar los ojos y trató de llenar la copa. Pero sólo cayeron unas gotas porque la botella estaba vacía.

–Da igual –dijo, cerrando los ojos–. Tráeme champán entonces. Si sigo bebiendo, la música me viene por dentro y todo se me llena de colores. Ahora no oigo nada, lo veo todo negro, me muero.

Sorpresa le miró preocupada. ¿De verdad se iría a morir? Lo había dicho con una voz tan triste que no parecía la misma del principio; recordaba un poco la música del disco, cuando estaba a punto de pararse. Sorpresa no había visto nunca morir a nadie. Ahora el hombre estaba de espaldas, muy quieto, con la cabeza metida entre los barrotes del balcón, mirando el parque. Aunque si se había muerto, ya no lo estaría viendo, ni las estrellas, ni la luna llena que brillaba redonda en lo alto. Sorpresa se acercó sigilosamente y le puso la mano en el hombro. Lo que más deseaba en el mundo es que se volviera y la mirara otra vez con aquellos ojos negros como botones de bota.

–Perdone –dijo muy bajito–. ¿Se encuentra mal?

–¡Claro que me encuentro mal! –contestó él furioso–. ¿No te he dicho que me he quedado sin champán? ¡Tráeme otra botella! ¡De prisa! ¿O es que se ha acabado el champán en esta casa? ¿Se lo han bebido todo esos locos?

–No sé decirle. Si quiere, puedo irme a enterar. Pero, por favor, no se muera.

El hombre volvió la cabeza. Le brillaban los ojos como si fuera a echarse a llorar.

–¿Y a quién le importa, dime, que me muera o me deje de morir?

–A mí me importa –dijo Sorpresa con voz firme.

El hombre la miró como si la estuviera viendo por primera vez.

–¿A ti? ¿Y por qué te importa? –preguntó intrigado–. No lo entiendo.

–Porque hemos hablado muy poco todavía –dijo ella–, y aquí se está muy bien en esta habitación, es muy buena para contar cuentos. La otra de los espejos también me gustaba, pero hay una señora que tiene tres brazos y da un poco de miedo. Además no habla. De todas maneras, en esta casa es todo muy divertido. Antes nadie me daba sorpresas, ¿sabe?

El hombre sonrió y a ella se le quitó un peso de encima. Se sentía capaz de ir a buscar la botella al fin del mundo, con tal de que el hombre vestido de raso no se volviera a enfadar.

–Pues, anda. No pierdas el tiempo hablando. Y vuelve pronto.

–Se lo prometo –contestó Sorpresa muy seria.

Y echó a andar decidida entre los muebles hacia una puertecita forrada de seda azul que había visto en la pared de enfrente, junto al gramófono.

–¡Ah, oye! –le gritó el hombre.

Sorpresa se volvió a medio camino.

–Diga, señor.

–Si ves a Ricardo, dile que me deje en paz, que se las arreglen solos, ¿entendido? No tengo ganas de ver la función ni de saber nada. Me han hartado entre todos esta noche. Díselo así.

Sorpresa se quedó dudando unos instantes. Lo más prudente sería pedirle alguna seña sobre Ricardo para poder reconocerlo y darle aquel recado. Pero en seguida se acordó de que, en los cuentos, al héroe nadie le explica nada demasiado claramente y acaba teniendo él solo que resolver los misterios, vencer los peligros y encontrar el camino. Si le ayudan, no hay premio al final.

–Descuide, se lo diré –contestó muy segura–. En seguida vuelvo. No se mueva de ahí.

Y ella misma se extrañaba de haberle mandado algo a una persona tan mayor y tan importante, la primera persona importante que conocía en su vida. Pero eso mismo la llenaba de orgullo.

Salió sin volver la cabeza por la puertecita forrada de seda azul. Daba a un pasillo semejante al anterior, aunque éste parecía más largo. Al final de él, se oía mucho alboroto de voces y de risas. Ahora sí que había empezado la aventura. Había que andar con tiento. Y Sorpresa avanzaba despacio, con el oído alerta a aquella mezcla de ruidos que se iban acercando hasta ensordecirla.

Se detuvo en un arco sin puerta que daba paso a la tercera estancia. Dentro se agitaba un tumulto de figuras desconocidas, que iban a proponerle nuevos acertijos. Antes de fijarse con detalle en ninguna, cerró los ojos muy fuerte y se apoyó contra la pared, como si quisiera concentrarse para reunir ánimos. Estaba muy emocionada. Oyó claramente decir a alguien que debía pasar por allí cerca: «Otra vez jugando al escondite. Es lo que le gusta, ya le conoces. Quiere hacerse el interesante». ¿Estarían hablando del hombre que ella había visto? Ahora se oían muchas carcajadas. Ahora unas palmadas imponiendo silencio, y una voz más fuerte que las demás: «Bueno, ya está bien. ¿Empezamos o no?».

Sorpresa despegó la espalda de la pared y susurró, clavándose las uñas en las palmas de las manos: «Si estoy soñando, da igual, con tal de que dure. Vea lo que vea y oiga lo que oiga, no me puedo entretener. Me está esperando y le he prometido tardar poco». Luego abrió los ojos y entró confiada y tranquila en la nueva habitación.

No daba tiempo a fijarse siquiera en si era grande o chica, a causa de la cantidad de gente que había en ella. Unos circulaban de acá para allá y otros estaban sentados, pero en silencio ninguno. Eran tantos y vestidos de forma tan singular que al principio era difícil pararse a mirarlos uno por uno, porque en medio de tanta algarabía, todos llamaban igualmente la atención. Pero Sorpresa notó en seguida que su entrada, en cambio, no había llamado la atención de nadie, y eso le

produjo mucho alivio y una sensación extraña de poder. Se relamió los labios y reconoció todavía rastros de aquel sabor dulce y picante del licor violeta:

–«Más, más, más, requetemás» –canturreó bajito.

Y avanzó, abriéndose paso entre la gente, hacia una mesa redonda que había visto en el centro con manjares y varias botellas. Tal vez alguna fuera de champán.

El camino hacia la mesa era más largo de lo que había calculado, y lo malo es que a medida que lo recorría se iba olvidando de lo que iba a buscar allí y de su propósito de no mirar a los lados. Era imposible hacer otra cosa, no daba abasto a mirar. Y Sorpresa nunca había podido mirar algo sin pararse para verlo bien. Así que también por eso tardaba tanto en llegar a la mesa, porque caminaba en zigzag, como una hoja al viento, según los ojos se le iban quedando prendidos en las diferentes escenas que veía y la gente la empujaba de acá para allá. Sentía una sensación de mareo muy agradable dejándose arrastrar.

De pronto se vio en los umbrales de una terraza muy grande con balaustrada de piedra. Estaba adornada con farolillos de colores y tenía en medio un columpio en forma de sofá. A Sorpresa le dieron muchas ganas de sentarse en él. Desde allí podía dominar lo de dentro y lo de fuera y respirar un poco el aire de la noche. Además estaba muy cansada de tantas emociones y necesitaba una pausa para reponer fuerzas y pensar.

En la terraza sólo había dos parejas sentadas en el suelo y abrazadas, pero no la miraron. Llegó al columpio y se reclinó en él, de espaldas a la habitación. ¡Qué bien se estaba! El alboroto de dentro era como una melodía que se acompasaba con el vaivén del columpio. Del parque llegaban ráfagas de viento fresco con olor a eucalipto, y más allá de la masa oscura de los árboles, parpadeaban las lucecitas miserables del pueblo y se dibujaban a la luz de la luna los perfiles de la montaña. Reconoció la cumbre del Perro Dormido y le pareció que habían pasado años desde que estuvo allí sentada con Pizco, mirando con envidia los balcones de esta casa. Y sintió un repentino sobresalto. «¿Habrán pasado años de verdad? –se preguntó–. ¿Habré crecido sin darme cuenta?» Pero no. Se tocó las trenzas, se palpó el cuerpo escurrido y pequeño, las piernas infantiles, reconoció su falda de cretona, y por primera vez desde que había entrado en la casa notó que las lágrimas se le venían a los ojos.

Pero reaccionó inmediatamente. Se acordó de un pasaje de la Historia Sagrada, que el maestro les leía en el colegio, y que a ella siempre le había gustado mucho: el cuento de la mujer de Lot, que se había convertido en estatua de sal por mirar hacia atrás. Para llorar ya tenía la cama de su casa; ahora estaba aquí, viviendo una aventura maravillosa. Se secó las lágrimas, se bajó del columpio y volvió a entrar en la habitación. Tenía que encontrar la botella de champán y darle el recado a Ricardo. Eso era lo único importante.



## Seis

En seguida notó que se le había pasado el mareo y que ahora podía fijarse en las cosas con más claridad y mirarlas una por una. Con orden y concierto. No como una marea de bultos confusos y vertiginosos. Todo, de pronto, parecía más real. Se apoyó en la pared, decidida a tomar parte en lo que estaba pasando allí, a enterarse.

A la derecha de la terraza, había una tarima alfombrada de verde, con respaldo de madera. Sobre este respaldo, dos muchachos jóvenes en mangas de camisa estaban clavando unos cortinajes con fleco dorado, subidos a una escalera de mano. Parecía una tarea difícil y los cortinajes debían pesar mucho, porque a los de la escalera les tenía que ayudar desde abajo un tercer personaje arrodillado en el suelo, que iba desenrollando los pliegues de la tela, se empinaba para dársela a los otros y ellos la recogían agachándose, a riesgo de caerse. Sorpresa se quedó un rato mirándolos trabajar.

De pronto el de abajo, que estaba de espaldas, se volvió y se puso de pie. Tenía barba, vestía calzas azules y llevaba el pecho desnudo y la cara pintada de blanco. Por encima de la pintura le caían regueros de sudor. Se quedó un rato mirando alrededor, como si estuviera buscando a alguien, con gesto de enfado.

—¡Ricardo! —gritó—. ¿Dónde se ha metido Ricardo ahora? ¡Por favor, queréis callaros un poco!

«Menos mal que manda alguien aquí», pensó Sorpresa, al notar que se apagaban casi por completo los rumores de la habitación. Y, mientras lo pensaba, miraba excitada a todos lados, pendiente de la aparición de Ricardo. Pero además, de paso, veía mejor la habitación, al recorrerla con la vista desde un punto determinado y con un fin concreto.

—¡Ricardo se ha ido a vestir! —contestó muy alto una voz de mujer.

Era una de las personas que estaban sentadas alrededor de la mesa redonda, donde era evidente que acababa de celebrarse una cena suculenta. Sobre el mantel blanco había botellas, ceniceros con colillas, fuentes de fruta y una serie de platos sucios y de copas de vino mediadas, que dos mujeres con mandil iban recogiendo. En una de ellas Sorpresa reconoció a su madre, y el corazón empezó a palparle muy de prisa. Allí no podía acercarse por ahora. Menos mal que se le había ocurrido salir a la terraza.

—¡Pues venid alguien a echar una mano aquí! Así no empezamos nunca. ¡Yo también tengo que acabar de vestirme! ¡Sois un hatajo de inútiles! ¿Qué hacen los de los focos?

Varias personas se levantaron de la mesa al mismo tiempo, entre ellas la mujer

que había hablado y que llevaba en la cabeza un cucurucho con velo colgando por detrás. Se dirigían hacia acá, congregando con ellas a otras muchas de las que andaban por la habitación. De pronto eran como una procesión de hormigas afanosas, que arrastraban banquetas, agarraban faroles y cortinas y hasta un tablero enorme que traían entre tres con un paisaje de árboles pintado en su superficie.

Pero Sorpresa ahora no podía permitirse el lujo de fijarse en detalles; tenía que aprovechar aquella confusión para escabullirse. Se agachó y se fue escurriendo despacio para refugiarse detrás de la tarima, porque se había fijado en que, entre el respaldo de ella y la pared, quedaba un hueco.

De momento no era mal escondite aquella especie de pasillito oscuro, donde se amontonaban trozos de tela, trajes arrugados, bombillas, cables, herramientas y cajas de madera. Se sentó en una de aquellas cajas hasta que se le fueron apaciguando poco a poco los latidos del corazón. Seguía oyendo al otro lado las órdenes que daba el personaje de la barba a los que habían llegado para ayudarlo. Lo malo era si alguno se metía aquí atrás a buscar algo, porque estas cosas seguro que las tendrían que necesitar. Tenía que decidir lo que fuera, pero por lo pronto se daba por contenta con haber salido airoso del segundo peligro. El primero había sido el de las lágrimas; el segundo la visión de su madre recogiendo la mesa. Los dos pertenecían al mundo que el héroe de los cuentos abandona cuando emprende la aventura. Si se quiere crecer, no hay que mirar atrás.

Estaba tan sumida en sus propios pensamientos, que se sobrecogió al oír una voz que venía de lo alto.

—¡Eh, tú, chica! ¿Qué haces ahí?

Levantó la cabeza y vio asomar por el borde del respaldo la cara de uno de aquellos muchachos en mangas de camisa que estaban clavando los cortinajes. ¡Vaya por Dios, la habían descubierto! Como siempre, por mirar atrás, por volver la cabeza hacia los peligros que se han dejado atrás, en vez de disponerse a afrontar los que quedan.

—Nada —dijo—, estaba descansando. Pero ya he cogido fuerzas. ¿Quiere que le ayude en algo?

—Sí, mira a ver si hay clavos por ahí. Allí tienes una linterna. ¿La ves?

—Sí, ya la veo.

La cabeza desapareció unos instantes.

—No vayas, Pedro, no. Ya no hace falta. Me los va a dar una chica que hay aquí.

Sorpresa encendió la linterna y en seguida encontró un paquete de clavos. Estaba mucho más contenta de poder ayudar a montar aquel extraño espectáculo que de haber superado con bien el tercer peligro. Amontonó tres cajas de madera una encima de otra, y en el momento en que acababa de encaramarse a ellas, ya volvía a aparecer al otro lado del respaldo la cara del chico aquel. Todavía tuvo que empinarse un poco para tenderle el paquete de clavos.

–Ahí tiene. ¿Necesita algo más?

–No, muchas gracias, guapa.

Y desapareció. Pero antes le había sonreído.

Sorpresa saltó ágilmente de las cajas al suelo, y al hacerlo, reparó en una puertecita que había en la pared y que no había visto antes. Por si acaso, mejor escaparse por allí.

La empujó y salió a una escalera estrecha de caracol con los peldaños muy gastados. Tardó bastante en bajarla porque estaba aquello oscuro y era larga. Menos mal que según iba bajando se veía cada vez un poquito mejor. La luz venía del piso de abajo, una especie de bodega con las paredes desconchadas y olor a humedad. Estaba iluminada por dos bombillas desnudas colgando de un hilo, que emitían un resplandor triste. En una de las paredes había todo a lo largo una gran estantería de madera con huecos donde se alineaban tumbadas muchísimas botellas. En la parte de la derecha estaban las de champán, de vientre más redondo. Sorpresa las conocía bien porque el día de su cumpleaños su padre traía siempre una y la abría pegando un taponazo. Aquel momento en que el tapón saltaba haciendo ruido hasta el techo y empezaba a salir el surtidor de espuma era lo único alegre de la fiesta, porque luego su padre se emborrachaba y reñía con su madre, que siempre se negaba a beber. Pero no quería acordarse de cosas tristes. Miró a los lados y, al convencerse de que no andaba nadie por allí, se acercó a la estantería y, tras una pequeña vacilación, agarró una de las botellas de champán y echó a correr como alma que lleva el diablo. Era la primera vez que robaba una cosa.

Estuvo corriendo mucho rato por largos y oscuros corredores que daban vueltas y no llevaban a ninguna parte. Le parecía que la iba siguiendo alguien, que se iba a encontrar con ratas, tarántulas o murciélagos. Y cada vez corría más de prisa, jadeando, apretando la botella contra el pecho, como si fuera un tesoro. No había rastro de puertas ni de escaleras por ninguna parte. Hasta que volvió a entrar en la misma habitación de las botellas, pero por el extremo opuesto. Se rascó la cabeza y se paró para tomar aliento. Bueno, menos mal. Siempre podía subir otra vez por la escalera de caracol. Pero hubiera preferido no tener que desandar el camino, porque eso le quitaba gracia a la aventura. En los cuentos nunca pasa.

Y mientras estaba pensando esto, miraba la bodega, porque antes, con la prisa de robar la botella, no la había visto bien. Y se dio cuenta de que, además del pasillo por donde había salido de allí y el otro por donde había vuelto a entrar, había un tercer hueco con una luz al fondo. Estaba dudando si meterse por él o no, cuando ocurrió algo realmente extraordinario. Aunque, pensándolo bien, extraordinario era todo lo que le estaba ocurriendo desde que entró en aquella casa. Pues, bueno, más extraordinario todavía. Se oyó el ruido de una puerta que se cerraba y por el hueco aquel que estaba mirando apareció un rey. Un rey de carne y hueso, con

corona en la cabeza y manto rojo bordeado de piel blanca. Como los de la baraja, pero vivo.

Se venía mirando en un espejo redondo con mango de oro y en la otra mano llevaba unos papeles. Avanzaba muy tieso y muy despacio en dirección a la escalera, pero al llegar a la niña dejó caer el espejo, se paró y dijo, mirándola:

–¿Vale tal vez la pena, mi señora, correr tantos riesgos, ganar tantas batallas y afrontar tantas responsabilidades, si no alcanzo el consuelo de recibir una sonrisa de amor de vuestros labios? Oh, no volváis el rostro, miradme al menos.

Sorpresa le miró, aunque no estaba segura de que se estuviera dirigiendo a ella. Sentía mucho apuro. No sabía dónde poner la botella de champán. Pero le miró.

Entonces el rey, después de soltar un ruidoso suspiro, se arrodilló ante ella y trató de coger una de sus manos.

–Espere un momento, señor rey –dijo Sorpresa.

Y dejó la botella en el suelo. Le parecía una descortesía tener las manos ocupadas.

–¡No me gusta que me interrumpan! –exclamó el rey con una voz completamente diferente y echando una mirada furtiva a los papeles–. Así se me olvida todo.

–Lo siento –dijo Sorpresa–. Ya no volveré a interrumpirle.

Y le tendió la mano derecha, un poco avergonzada al pensar en lo sucia que estaría. Pero el rey no debió darse cuenta, porque en seguida la cogió y la cubrió de besos. Luego la miró, pero ahora más de cerca. Así arrodillado, quedaban sus cabezas al mismo nivel, porque él era muy alto. Y muy guapo también. Sorpresa bajó la vista.

–¡Por piedad, mi dulce señora –prosiguió él entonces en el tono majestuoso del principio–, no me neguéis también la luz de vuestros ojos, que en vano se debaten por esconder su fuego! ¡Dejadles hablar el lenguaje divino del amor! ¡Olvidaos de ese disfraz de niña atemorizada que os impuso el capricho de vuestro cruel padre y haced que despierte vuestro corazón de mujer!

Sorpresa sintió que le corría por todo el cuerpo un calor insoportable que subía a encenderle las mejillas.

–¿Y qué tengo que hacer? –preguntó en un susurro–. No deseo otra cosa. ¿Qué hay que hacer para lograrlo?

Ahora ya se atrevía a mirarle sin vergüenza, y le salía a la cara todo el raudal de luz que su curiosidad siempre insatisfecha había ido almacenando en su interior como dentro de un cajón cerrado. Era exactamente así, como abrir un cajón del que salían volando pájaros de oro.

Pero, de pronto, el rey la estaba mirando de otra manera y ya también su voz era distinta, cuando dijo, levantándose:

–Me encantaría seguir ensayando el papel contigo, oye, porque veo que te lo

sabes. Pero es que debe ser muy tarde. Alárgame el espejo, por favor, que se me ha caído.

Sorpresa obedeció, como si saliera de un sueño. Ahora él se estaba sacudiendo el polvo de las rodillas. Luego se ajustó bien la corona delante del espejo, porque se la había ladeado un poco al arrodillarse.

–¿Qué tal te parece que me sale? –preguntó sin mirarla–. Estoy un poco bebido, ¿a que se nota?

–No, no se nota –dijo Sorpresa con voz apagada–. Lo ha dicho usted todo muy bien.

–Menos mal. Oye, ¿qué hora será?

–No sé. Pero ¡qué importa! –dijo Sorpresa, que en aquel momento se había olvidado por completo del señor vestido de raso y hasta de quién era ella misma–. No se vaya tan pronto, por favor, señor rey. Ha dejado sin contestar mi pregunta. Y todavía tengo que hacerle tantas que si las pongo en fila llenan los pasillos de esta casa y falta sitio.

–¿Qué pregunta? –preguntó el rey entre distraído y fastidiado–. No tengo tiempo, de verdad, otro día. Deben estar impacientes ésos arriba. Pero si quieres, sube a ver la función.

–No, gracias –dijo ella secamente–. Prefiero salir por otro lado. ¿No hay ningún sitio más que ése para ir al piso de arriba?

–Sí, por ahí, por donde yo he salido. Hay un cuarto pequeño, y de él arranca una escalera, a la derecha, antes de llegar a la cocina. ¿Conoces la casa?

–Sí, un poco. Pero antes me he perdido.

–Por ahí no te pierdes. Adiós, guapa. Hasta otro día.

Sorpresa sintió crecerle en el pecho aquella rebeldía incontenible contra los mayores, de sobra conocida por ella. La misma que provocaba sus estallidos de cólera cuando le prohibían una cosa o dejaban sin respuesta sus preguntas más queridas.

–¡Es usted igual que todos! –exclamó indignada–. ¡Creí que los reyes serían distintos! ¡Váyase al infierno! ¡Le odio!

El rey, que ya había puesto el pie en el primer peldaño de la escalera, la miró con rostro extrañado y luego pareció humanizarse.

–Pero, bueno, ¿qué te pasa? ¿Qué he dicho yo para que te pongas así conmigo, mujer?

–¡No soy una mujer, soy una niña, por desgracia! –exclamó Sorpresa con voz de rabieta–. Pero usted me ha dicho que me iba a explicar lo que tengo que hacer para dejar de serlo. Y ahora se marcha sin más, después de hacerme ilusiones, y encima me sale con que hasta otro día. ¡Mentiroso! ¿Qué día?

El rey volvió sobre sus pasos y se inclinó hacia ella sonriente.

–¿Quieres ser actriz de mayor? –le preguntó.

Sorpresa, que empezaba a arrepentirse de haberle hablado de tan malos modos, bajó la cabeza compungida.

–No sé. Me da igual. Lo que quiero es ser mayor.

El rey le levantó la cabeza por la barbilla.

–Anda, no te enfades –le dijo–. Dame un beso. Eres mayor de lo que te parece.

–¿De verdad? –preguntó ella–. No le creo. ¿Por qué dice eso?

–Porque te enfadas como una mujer de verdad.

Le dio un beso en la mejilla y ella sintió que se le aplacaba el enfado. Al fin y al cabo, la estaba besando un rey. ¿Qué más podía pedir? Además, tampoco ella tenía que andarse entreteniendo con reyes ni con nadie. La estaba esperando el hombre del traje de raso. ¡Dios mío, se acababa de acordar! ¿Cuánto tiempo habría pasado desde que se despidieron? Le había prometido volver pronto. La botella ya la tenía. Pero ¿y el recado? No podía volver sin dar aquel recado.

–Perdone, señor rey –dijo en tono educado–. Yo también tengo mucha prisa, y no me acordaba. Adiós y muchas gracias. Pero antes de que se vaya, quiero hacerle una última pregunta. Estoy buscando a un hombre que se llama Ricardo, pero no lo conozco. ¿Sabría usted decirme dónde puedo encontrarlo?

El rey se echó a reír a carcajadas. Luego hizo ante ella una reverencia ampulosa.

–Lo tenéis ante vos, noble señora –dijo, engolando la voz como al principio–. ¿En qué puedo servirlos?

Sorpresa le miró incrédula. No se fiaba de que volviera a hablar en aquel tono tan fascinante, pero tan engañoso. Lo mejor era romper el juego, como él había hecho antes. Así que le contestó, muy seria:

–Si no me estás diciendo otra mentira y eres de verdad Ricardo, hay un señor arriba vestido de seda con cristallitos en la blusa y los ojos negros como carbones que me ha dado un recado para ti.

Y, de pronto, le parecía normal estarle tuteando. Se sentía muchísimo más cómoda.

Ricardo se mostró inesperadamente interesado ante aquella noticia.

–¿No serás tú la que me engaña ahora? ¿Lo has visto? ¿Dónde está?

Sorpresa se sintió muy importante, por lo importante que parecía haber encontrado a aquel señor que no quería ver a nadie y que la estaba esperando arriba. Comprendió que de todo lo que había visto, con lo raro que era, aquello debía ser sin duda alguna lo más importante.

–Sí –dijo–, lo he visto con mis propios ojos. Está asomado al balcón de un cuarto muy grande que tiene muchos muebles y un gramófono que se para cuando no le dan cuerda. Pero está algo escondido y al entrar no se le ve.

Pero en seguida se dio cuenta de que estaba revelando un secreto que debía haber guardado para sí. En los cuentos es fundamental que el protagonista, si quiere salir victorioso, sepa mantener los secretos. Así que añadió, para arreglarlo:

–Pero no se te ocurra de ninguna manera ir a buscarlo, óyeme bien, porque quiere que le dejen en paz. El recado que te tenía que dar es ése, que no le molestéis ninguno ni vayáis allí para nada, y que no tiene ganas de ver la función. Conque ya lo sabes.

–¡Está loco! –exclamó Ricardo–. Completamente loco, cada día más. Le dices de mi parte...

De pronto se quedó mirándola con una mueca de desprecio, como si estuviera viendo a un bicho insignificante.

–Pero bueno, soy tonto. Si no quiere ver a nadie, menos querrá verte a ti. Ya subiré yo luego a ajustarle las cuentas.

–¡A mí sí quiere verme! –dijo Sorpresa desafiante–. Me está esperando.

El rey se echó a reír.

–¿Esperarte? Se ve que no lo conoces. Nunca ha esperado a nadie. Ni espera nada de nadie. Se olvida de todo lo que no es él mismo, los demás no existen, no los escucha. ¡Se quiere comer él solo el pastel del diablo!

Sorpresa se quedó muy intrigada por aquella última frase tan misteriosa, y su primer impulso fue preguntar lo que quería decir. Pero tuvo miedo de hacerlo, le pareció que podía ser otra de esas tentaciones que le salen al paso al héroe del cuento para embarullarlo y meterlo en laberintos, desviándolo de su camino. Ya estaba muy escarmentada.

–Lo siento –dijo–. Me ha pedido que no tarde, así que no puedo entretenerme más.

Y ante la mirada atónita de aquel rey Ricardo de pacotilla, recogió del suelo la botella de champán, hizo ante él una reverencia burlesca como cuando se despidió de la muñeca de cera, y salió corriendo de la bodega por el mismo sitio por donde lo había visto aparecer.

–¡Espera un momento! ¡Espera! –oyó que le gritaba a sus espaldas.

Pero no dio oídos a aquella voz y siguió corriendo sin volver la cabeza. Ahora sí que estaba segura de haber vencido a todos los fantasmas.

## Siete

El hombre del traje de raso se había quedado adormecido contra los hierros del balcón y estaba soñando con pájaros negros. Aleteaban sobre su cabeza formando una nube espesa que iba bajando y bajando hasta taparle el aire. Ni era capaz de llamar pidiendo socorro, porque la voz no le salía, ni conseguía despegar los ojos. Hasta que notó que algo se le venía a posar en el hombro derecho y se despertó dando un grito que sacudió su cuerpo. Estaba rígido y miraba al vacío con ojos espantados.

–Perdone –oyó decir junto a sí a una vocecita infantil–. ¿Tenía usted alguna pesadilla?

Con gesto receloso y aturdido, se tocó el hombro y palpó la piel suave de una mano pequeña que no huía al contacto de la suya.

A su lado, de pie, había una niña de poca estatura con trenzas de color trigo y unos ojos enormes llenos de luz. Era suya la mano que había palpado y que ahora mantenía apretada. La soltó y volvió el rostro hacia las sombras del jardín, como buscando entre la espesura el rastro de los pájaros negros. De alguna parte tenían que haber salido. Pero todo era quietud y silencio bajo la luna llena. Suspiró hondo.

–Yo también tengo pesadillas –siguió diciendo la niña, en vista de que él no contestaba nada–. Y se queda uno luego un rato como tonto, ¿a que sí?, porque te da rabia haberte llevado un susto de verdad por una cosa de mentira.

–Es que yo no estoy tan seguro de que sea mentira –dijo el hombre con voz taciturna, sin dejar de escudriñar las sombras del jardín, como si buscara la solución de algún misterio.

Sorpresa miró su perfil pensativo y se quedó sin saber qué contestar a aquello. No le parecía buen momento para intentar distraer a aquel señor tan triste con el cuento de sus aventuras recientes, las cuales, por cierto, de puro raras, no estaba tampoco segura de que le hubieran pasado de verdad. Y eso que traía en la mano la botella.

La dejó en el suelo con cuidado y decidió esperar a que el hombre se espabilara un poco. De todas maneras, estaba deseando romper el silencio para poderle hacer un poco de compañía.

–¿De qué trataba su pesadilla? –le preguntó–. Yo a veces me caigo por un barranco y otras sueño con pájaros negros que se me vienen encima para sacarme los ojos, y por más que hago no los puedo espantar. Es horrible.

El hombre se volvió bruscamente a mirarla.

–¿Sí? ¿Y de dónde vienen, del cielo o de los árboles? ¿Lo sabes tú?

–Claro que sí: del cielo –contestó la niña sin vacilar–. Pero no se ve el cielo, porque lo tapan ellos con sus alas. Me parece a mí que son murciélagos.

El hombre la miraba fijamente, como si estuviera viendo a un fantasma.

–¿Murciélagos? –preguntó con aire ausente–. ¿No serían grajos?

–No, no, murciélagos. Me acuerdo luego muy bien de todo cuando me despierto. Los otros sueños que no son de gritar se escurren como lagartijas y no se dejan echar el lazo. ¡A mí me da una rabia! Pero las pesadillas, al revés, éstas se te quedan bien agarradas, quieras que no. Debe ser porque las caza uno con ese grito que da al abrir los ojos; chillar y ¡zas!, todos los pájaros negros ¡presos en la red!

De pronto se calló. El rey había dicho que este señor no le hacía caso a nadie. Y sin embargo a ella la estaba escuchando sin interrumpirla. Y la miraba mucho. Aunque sabe Dios lo que querría decir aquella mirada de lobo. Igual estaba a punto de enfadarse y echarla de allí con cajas destempladas. ¡Como no decía nada!

Lo mejor sería tantear el terreno.

–A lo mejor le estoy aburriendo con tanta tontería –dijo–. Yo es que soy muy charlatana. Sobre todo de noche, de día menos. Pero, claro, lo malo es que de noche todo el mundo está durmiendo ¿y con quién vas a hablar? No te queda más remedio que hablar con la pared o con las estrellas que se ven por la ventana, aunque sea aburrido. La gente es que yo no sé cómo tiene siempre tanto sueño. En cambio esta noche he visto a montones de personas despiertas, y me han pasado cosas tan raras, que me he espabilado muchísimo. ¡Hay que ver la cantidad de gente que cabe en esta casa! Hasta he visto a un rey... Pero, bueno, si le aburro, me callo. No me importa, porque estoy acostumbrada a que me manden callar. Usted dígame.

–No, no me aburres nada, al contrario –dijo el hombre, que seguía mirándola absorto–. Pero dime una cosa, ¿de dónde has salido tú?

A Sorpresa, tan aficionada a hacer preguntas difíciles, aquélla le pareció peliaguda. Lo mejor era contestar con otra para hacer tiempo.

–¿Quiere usted decir esta noche o desde que nació...? ¡Vaya –añadió extrañada–, menos mal que se ríe! Le veo siempre tan serio. ¿Se está riendo de mí?

El hombre se reía, efectivamente, dejando al descubierto dos hileras de dientes afilados y blancos.

–No, no... Y además, mira, me da igual de dónde salgas. Has aparecido y ya está. Lo que quiero es que no te vayas.

Replegó las piernas, para dejar un espacio libre enfrente de él, y del montón de almohadones sobre los que se reclinaba, eligió dos que lanzó al aire. Al principio Sorpresa creyó que los tiraba al jardín, pero no. Fueron a caer en la parte opuesta.

–Anda, siéntate ahí enfrente de mí, si no tienes sueño.

Sorpresa, muy complacida, se apresuró a obedecer. Los almohadones eran

preciosos. Uno de ellos tenía bordado un pavo real y el otro dos gatitos asomando por las tapas de un cesto.

–Muchas gracias, señor. Con su permiso –dijo acomodándose sobre ellos–. ¡Qué a gusto se está en este rincón! Parece un escondite, ¿verdad?

–Claro, es un escondite.

El balcón era bastante ancho y lo suficientemente largo como para que sus extremos dejaran entre la barandilla y la pared aquellos dos espacios que desde dentro de la habitación no podían verse. Acurrucada en el de la derecha, la niña lo ocupaba por completo. Era justo como una casita a su medida. Aunque su madre saliera por el cuarto del gramófono, no la vería. Pero al hombre, aunque había retrocedido, le sobresalían las piernas enteras formando un montículo. Y es que, naturalmente, tenía un cuerpo mucho más grande.

–Su escondite es bastante peor que el mío –reflexionó Sorpresa en voz alta, acordándose del rey–. Si entra alguien a buscarlo a usted, será fácil que lo descubra.

–No viene nadie –dijo él–. No te apures. ¿Estás cómoda o quieres otro almohadón?

–No hace falta, señor; éstos son muy mullidos. Nunca en mi vida he estado tan a gusto.

El hombre encendió un pitillo y se puso a fumar en silencio. Ella, aunque seguía pensando un poco inquieta en el rey, no quiso decir nada para no turbar el encanto de aquella situación. Estaba visto que el señor del traje de raso no se acordaba de haberla visto antes ni del recado que le dio. Así que mejor, nadie le pedía cuentas, todo empezaba de nuevo y no hacía falta mirar hacia atrás. Se fijó en que rematando la barandilla del balcón había dos angelitos de hierro. El de la parte de acá miraba hacia lo lejos y llevaba entre las manos un arco y una flecha que disparaba en dirección al jardín; el de allá estaba en cuclillas leyendo un libro y parecía muy abstraído. Bueno, es que el nuevo comienzo, ya más bonito no podía ser. Pedir más sería pecado. Miraba enfrente la brasita del cigarro, muy roja cuando subía hasta los labios del hombre, y casi invisible al venir a posarse entre sus dedos en el pico del monte que formaban sus rodillas. Siguiendo con los ojos aquel itinerario y el que trazaban las volutas de humo hasta desvanecerse en el aire, a Sorpresa le parecía que iba de viaje en un barco entre nieblas hacia rumbo desconocido, y que el ruido de las ramas de los árboles era el de las olas del mar. Casi de puro gusto le estaba entrando sueño. ¡Pero qué disparate dormirse ahora! El balcón era la cubierta de un barco y ella una mujer mayor con traje de seda y zapatos de tacón, que acababa de conocer al capitán del barco. Él había abandonado el timón para venir a sentarse a su lado a la luz de la luna, y le pedía que le contara sus aventuras.

–¿Cuántos años tienes? –le preguntó el hombre de repente.

Sorpresa se sintió cruelmente arrancada de sus fantasías. Era como si a alguien

que estuviera subiendo hacia la luna agarrado a la cuerda de un globo, le pincharan el globo. Bajó los ojos a sus calcetines arrugados, a sus sandalias gastadas, y el cuento que estaba inventando se hizo añicos contra el suelo del balcón.

–No es de buena educación preguntar la edad, señor –contestó enfurruñada–. Perdone que se lo diga. Además, ¿le importa a usted saber cuántos años tiene ese árbol? –añadió señalando hacia uno muy corpulento y salpicado de flores blancas, que se veía en primer término, no lejos del balcón, rodeado de una especie de banco de piedra circular–. Y aunque le importara, no lo puede saber, porque el árbol no habla.

El hombre miró en aquella dirección.

–¿Cuál? ¿El magnolio gigante? ¿El del banquito?

–Sí. ¿A que no sabe cuántos años tiene?

El hombre la miraba con cara repentinamente divertida.

–Dilo tú, si lo sabes.

–No lo sé.

–Pues yo sí. Has perdido, te toca pagar prenda. Lo plantó mi bisabuelo en el verano de 1809, al terminar la Guerra de la Independencia. Ciento setenta y cinco años tiene.

–¡Está usted haciendo trampa! –dijo Sorpresa, que tenía muy mal perder–. ¡No juego!

–¡Ah! ¿Te da rabia? Pues lo siento. No valen caprichos. Me tienes que dejar que te dé un beso. Luego, si quieres ya no jugamos más, pero ésa es la prenda.

Había apagado el pitillo y la miraba muy serio. Luego cogió unos almohadones y, abandonando su escondite, se vino al de ella.

–Hazme un sitio, anda –dijo–. ¿A ti te gusta más dentro o fuera?

–Me da igual –dijo Sorpresa bastante apurada–. Pero es que me parece que aquí los dos no cabemos.

–Sí cabemos –aseguró él con acento autoritario–. No me contradigas.

Sorpresa se corrió hacia la izquierda, pegándose lo más posible a la fachada de la casa, y vio que, efectivamente, quedaba el espacio justo para que el hombre se acomodara a su lado contra los hierros del balcón.

–¿Lo ves? –dijo–. Pero espera, que antes de sentarme te quiero enseñar una cosa. Y te contaré una historia también.

Dejó los almohadones en el suelo y entró en la habitación.

Sorpresa se puso a gatas y asomó un poquito la cabeza al interior llena de curiosidad. Le vio dirigirse, sorteando los muebles y los libros tirados por el suelo, a una mesita donde había posados, entre otros cachivaches, varios retratos. Cogió uno de ellos, todavía de espaldas, y se lo metió en una especie de faltriquera que llevaba colgando en el costado de la blusa, cosida al cinturón. Ahora llegaba a la pared del fondo y se paraba delante de la librería.

Sorpresa se volvió a esconder sin hacer ruido, cruzó las manos sobre el regazo y esperó bien pegada a la pared. Otra vez le parecía que el ruido del viento agitando las ramas del magnolio gigante era el del oleaje de un mar embravecido. El capitán del barco iba a darle un beso. Apenas se atrevía a mirar el hueco que esperaba ser ocupado por su cuerpo allí a la derecha, no se atrevía a moverse ni casi a respirar. Apretaba los dedos de sus manos cruzadas, clavándose muy fuerte las uñas de una en la piel de la otra, hasta hacerse daño. «Ahora viene», pensaba. Como una vez que se hirió en la pierna y miraba, tumbada desde la cama, a su madre empapando algodones en una palangana con alcohol para limpiarle la sangre que le corría, pantorrilla abajo. Tenía miedo, pero había decidido disimularlo.

Pasaba el tiempo y el hombre no volvía. Ahora sí que le latía fuerte el corazón. Pero no era capaz de volver a asomarse dentro. Una fuerza superior a su voluntad la mantenía inmóvil contra la pared. «¿Y si no vuelve?», se preguntaba apretando las manos una contra otra cada vez más fuerte. También que volviera le daba miedo, pero un miedo mucho más emocionante. La idea de que no volviera no la podía soportar. Y, sin embargo, la tenía encima, quitándole el aire, como aquella bandada de murciélagos de sus pesadillas. Podía haber ido a visitar a los personajes del otro cuarto y haberse olvidado de ella completamente. El rey había dicho que se olvidaba de todo, que no le importaba nadie, que se quería comer él solo el pastel del diablo.

Y cuando estaba pensando precisamente en esta frase tan misteriosa y diciéndose que tal vez la solución pudiera consistir en entenderla, se sobrecogió porque una voz potente había dicho a su lado:

–¡Diablo! ¡Esto sí que es una sorpresa!

Sorpresa cerró los ojos y se hizo la señal de la cruz. Luego, cuando los abrió otra vez, el hombre estaba allí de pie en el quicio del balcón. No le había sentido llegar, porque venía descalzo y sus pasos no sonaban sobre la alfombra.

–¡Diablo! –repitió–. ¡Una botella de champán! ¿Quién la habrá puesto aquí? ¡Con lo seca que tengo yo la boca!

La niña notó de repente que también ella tenía la boca más seca que un esparto y que casi no le pasaba la saliva. Así que desistió de decir que había sido ella quien trajo la botella de champán; porque además eso era de otro cuento muy lejano y daba igual ahora.

El hombre se agachó a coger la botella y salió al balcón con ella y la copa.

–Vamos a abrirla, ¿te parece? –dijo–. Supongo que te gustará el champán.

Sorpresa no lo sabía, porque su madre nunca le había dejado probarlo. Así que siguió sin despegar los labios. Desde luego, le apetecía beber lo que fuera. Además, las mujeres que viajan por mar sentadas junto al capitán del barco que les ha prometido un beso, tienen que estar dispuestas a beber aunque sea veneno.

–Ven aquí –dijo el hombre, alargándole la copa–. Sujétala bien en alto, ¿quieres?

Lo malo es que no vamos a poder brindar, porque no hay más que una copa.

Sorpresa le miró desde abajo, encogida.

—¿Y luego me va a contar la historia? —preguntó, con voz débil.

Porque empezaba a sentirse un poco mareada ante el ritmo vertiginoso con que se sucedían los acontecimientos de aquella noche, como luces que se encienden y se apagan, sin guardar relación unas con otras.

El hombre la miró con enfado.

—Oye, mira, si empezamos con impacencias, no puede ser. Las cosas hay que prepararlas bien, ¿no? ¿O es que ya te has aburrido y te está entrando sueño?

—No, no, ¡a mí qué me va a entrar sueño! —protestó ella ofendida.

Cogió la copa y se puso de pie. Las piernas le temblaban un poco.

Él se había apoyado contra la barandilla del balcón y, sacando los brazos hacia afuera, descorchó la botella en el vacío. El tapón subió hasta cierta altura, perdió fuerza, describió una curva y cayó a perderse en la oscuridad. Sorpresa vio el surtidor de espuma blanca y notó que le salpicaba la frente, al levantar la copa para recogerlo. Una vez llena hasta los bordes de líquido dorado, se la dio al hombre.

—¿Te he mojado? Bueno, no importa, eso es suerte. Anda, vamos a sentarnos.

Se acomodaron uno junto a otro en el escondite de la derecha y se pusieron a beber champán, pasándose la copa uno a otro en silencio. Sabía dulce y hacía cosquillas al bajar por la garganta. Cuando se vaciaba la copa, él la volvía a llenar despacio. Era como si no tuviera que pasar ya nunca nada más que aquello, como si no hubiera cosa alguna que desear ni que esperar. Y Sorpresa no tenía ganas de contar cuentos ni de oírlos, sólo de seguir allí acurrucada por los siglos de los siglos, atenta a la aparición de aquella mano delgada con anillo de piedra roja que se presentaba a intervalos ante sus ojos ofreciéndole nuevamente el líquido picante y fresco encerrado en la copa de cristal, abandonándose al vaivén del barco. Cuando no le tocaba beber, miraba las estrellas y le parecía que bailaban de un modo raro. Hasta que todo empezó a darle vueltas y cerró los ojos. Las estrellas entonces se desdibujaron y aparecieron el rey, la muñeca de cera, el capitán del barco, el personaje de la barba, la mujer del cucurucho y el chico de los clavos, riéndose agarrados de las manos. Giraban velozmente como enganchados en una rueda que no se podía parar, cada vez más de prisa, «más, más, requetemás», cantaban; y ella quería entrar en aquella rueda, pero su madre la tenía agarrada por la falda y tiraba de ella hacia atrás, sin dejarla. Sintió que el brazo izquierdo del hombre rodeaba delicadamente sus espaldas.

—¿Qué pasa? ¿Te mareas?

—Un poquito —dijo ella con un hilo de voz.

Ahora el brazo del hombre la estrechaba más fuerte. Seguía con los ojos cerrados, pero distinguía claramente el tacto sedoso de la manga contra la piel de su nuca.

–¿Nunca habías bebido champán?

Negó con la cabeza. Las burbujas de champán le subían a los ojos y le escocían dentro de los párpados cerrados.

–Mírame. Estás temblando –dijo una voz más dulce que ninguna del mundo.

Entonces, haciendo un esfuerzo sobrehumano, abrió los ojos y se encontró con los del lobo triste que relucían muy cerca y muy negros estampados en el rostro flaco y arrugado. Hasta entonces no se había dado cuenta de que era una persona vieja. Notó que todo el champán que había bebido le empezaba a resbalar por las mejillas, convertido en lágrimas que ya no era capaz de retener, ni lo pretendía. Porque tampoco le daba vergüenza. El hombre ahora había dejado la copa en el suelo y la estaba besando en la frente, en el pelo, en los ojos, y la abrazaba tan fuerte que casi no la dejaba respirar.

–No llores, Cecilia, mi Cecilia –dijo con una voz estremecida de emoción–. ¿Por qué lloras?

–¡Porque soy muy pequeña! –estalló, como si se arrancara una careta–. Porque sólo tengo diez años. Y no entiendo nada, y no soy ninguna princesa ni me llamo Cecilia. Y además no he bebido nunca champán, ni tengo libros, ni amigos, ni una habitación donde no me venga nadie a molestar, ni sé darle cuerda a un gramófono, ni he visto el mar, ni me contesta nadie a lo que le pregunto, ni he hecho ningún viaje de verdad, ni he conocido al capitán de ningún barco, y porque el rey no me ha querido decir lo que tengo que hacer para ser mayor, que es lo que más deseo en este mundo, ni usted tampoco, y porque todos me riñen o me dicen mentiras, y porque quiero contar historias de verdad y ser mala y mayor de verdad. Muy mala y muy mayor. Como usted, eso es. No necesito de nadie. ¡Comerme yo sola el pastel del diablo!

–¿Quién te ha dicho eso? –se enfureció el hombre que unos minutos antes la besaba llamándola Cecilia.

–Su amigo Ricardo, que iba disfrazado de rey. Pero no lo entiendo bien. Debe ser una adivinanza.

Siguió llorando cada vez más flojo, porque ya no la consolaba hacerlo. Sabía que estaba metiéndose por un camino totalmente equivocado y sin vuelta atrás, de esos por donde el héroe del cuento va a quedar atrapado irremediablemente, por mucho que pida auxilio. Además ya no se sentía héroe de cuento ni nada. Lo había echado todo a perder.

Y la mayor prueba era que el señor de la blusa negra se había quedado mudo como un muerto y había dejado de besarla. Hasta que retiró el brazo de detrás de su espalda y se quedó inmóvil, con la mirada perdida en el vacío. Estaban en la misma postura de antes, pegados uno al otro, pero era como si una muralla invisible de piedra hubiera bajado a separarlos. Ahora el hombre había escondido la cara entre las manos y sus hombros se estremecían. ¿Estaría llorando? Sintió

mucho remordimiento y mucha pena. ¿Cómo se le había podido ocurrir llamar malo a un señor tan bueno? No sabía cómo arreglárselas para hacer las paces. Decidida, cambió de postura y se arrodilló delante de él con las manos juntas. De pronto se acordó de una canción que se cantaba cuando la procesión de la Virgen del Cucurucho: «Amable Jesús mío, / ¡oh cuánto te ofendí! / Perdona mi extravío, / y ten piedad de mí...». Y sintió la tentación de cantarla, porque además ella entonaba bastante bien; pero se contuvo a tiempo. No era propio invocar así a un señor que se estaba comiendo el pastel del diablo, no porque fuera pecado llamarle Jesús mío, que igual lo era, sino simplemente porque no venía a pelo y porque él podía reírse a carcajadas. Por la iglesia jamás se le había visto, y aquellos dos angelitos del balcón ni estaban de rodillas ni producían devoción ninguna... Más bien parecían proponer algún acertijo. Era mejor inventar otra cosa, alguna frase parecida a las que dijo el rey. Pero se le habían borrado de la cabeza aquellas palabras de tanto perifollo.

–No se enfade conmigo, señor –imploró al fin–. Quiero verle la cara otra vez; míreme, ande, por favor. Se lo pido por lo que más quiera. ¿Qué es lo que más quiere?

–Yo ya no quiero nada –dijo el hombre–. Nada de nada. Eso es lo malo, mi querida niña. Alguna vez, cuando te pase esto, que ojalá te tarde en pasar, y te golpees la frente buscando en vano el rastro de todos esos deseos que ahora te consumen, entonces y sólo entonces resplandecerá ante ti como un tesoro perdido para siempre la luz de tus diez años. Y habrás logrado lo que querías: crecer, pero pagando un precio terriblemente caro. Nadie podrá ahorrarte ese precio, porque en eso consiste crecer.

A medida que hablaba, había ido dejando resbalar muy despacio las manos que le cubrían el rostro afilado y grave. No había huellas de lágrimas en sus ojos más negros que el betún, más insondables que la noche y que se agrandaban y se agrandaban errantes por el vacío, como si quisieran recoger dentro de sus pupilas todas las sombras del mundo. Era peor que si llorara, mucho peor. Y Sorpresa, aunque estaba sobrecogida de miedo, no podía apartar la vista de ellos ni dejar de desear con ardor que volvieran a fijarse en los suyos. Nunca había visto un rostro tan hermoso. Si era el diablo, quería condenarse.

–Siga hablando, por favor –le pidió–. Dígame más cosas.

El hombre se sirvió la última copa de champán, dejando escurrir bien las gotas de la botella, y se la bebió de un trago. Luego apoyó los codos contra las rodillas y se quedó mirándola como desde muy lejos.

–Los niños sois crueles –dijo–. Es vuestra condición, pero no os dais cuenta. Yo también era así. Ven acá. Mira.

Echó mano a la faltriquera y sacó el retrato que había cogido de la mesa. Sorpresa se enderezó sobre sus rodillas y fue a sentarse en el hueco que él le

brindaba entre las piernas, al tiempo que le enseñaba el retrato. Era pequeño, enmarcado en terciopelo gris, y desde dentro del marco, les sonreía un niño de ojos muy negros y dientes muy blancos, subido en un banco de piedra circular y apoyado contra el tronco grueso de un árbol en el que Sorpresa reconoció el magnolio gigante.

–¿Es usted? –preguntó.

–No, hija mía. Era yo, que es cosa muy distinta. Esa foto me la hizo mi padrino, el padre de Cecilia.

–¿Y Cecilia, cómo era? –preguntó Sorpresa, apoyando confiada su espalda contra el pecho del señor vestido de raso, en espera del cuento.

Así, acurrucada entre sus piernas que la resguardaban por ambos lados, no podía verle los ojos, pero veía los de aquel niño descarado y sonriente del flequillo negro. Y, sin embargo, la voz que sonaba a sus espaldas tal vez fuera la misma.

–Pues verás, no sé cómo explicártelo –empezó diciendo–. Desde luego, ahora me parece que era distinta de todos los demás seres que he conocido en mi vida, pero tal vez sea precisamente porque no la volví a ver. Sé que por alguna de las carpetas del despacho debe andar perdida alguna foto suya y que si me pusiera a buscarla la encontraría. Pero no me atrevo. Lo mismo me llevaba una desilusión, si me daba por compararla con los centenares de mujeres hermosas que he conocido después a lo largo de mi vida. Prefiero llevar su imagen guardada aquí dentro y que resucite de pronto, cuando menos lo espero, como un ángel que se posa a mi lado unos instantes, me señala con el dedo a lo lejos y después levanta el vuelo. Justamente como tú cuando te me has aparecido esta noche. Por eso hubo un momento en que te confundí con Cecilia.

–¡Pero yo no he levantado el vuelo todavía! –protestó Sorpresa.

–Estás a punto de hacerlo –dijo él con tono sentencioso–. Pero no hablemos de eso ahora, por favor. ¡Qué bien te huele el pelo! A pinos y a retama. Poco debes parar tú en casa, bribonzuela.

–Muy poco, sí –contestó Sorpresa, más atenta a percibir la caricia casi imperceptible de aquel rostro sobre sus trenzas que a encontrar algo original que decir–. Pero dígame, ¿Cecilia, cuántos años tenía?

–Pues mira, primero cinco, luego seis, luego siete, luego ocho, y así puedes seguir contando hasta diecisiete, un verano tras otro. Porque solamente nos veíamos durante los veranos. Lo que no entiendo, por más vueltas que le doy, es cómo pasaba el tiempo entonces. Parecía que todo iba a durar siempre, a seguir en el mismo sitio, como el magnolio gigante. A mí me ahogaban los veranos metido aquí. Y ella me decía: «¡No hables siempre de cuando seas mayor! ¿Es que no te das cuenta de lo felices que somos ahora?». Aquí, en el hueco de este balcón, nos escondíamos a veces para hablar. Ella decía que aquel angelito que está leyendo un libro era el suyo y el de la flecha el mío.

–¿Por qué? –preguntó Sorpresa.

–Porque ella lo que quería era entender todas las cosas, poquito a poco, estar recogida en un sitio, y yo no la dejaba en paz, me estorbaba el estudio de chico, ¿sabes?, siempre andaba mirando a lo lejos, inquieto. Ahora comprendo que se pierde uno el camino por mirar a lo lejos. Cuántas veces me he acordado luego de las cosas que ella me decía, ¡la hacía rabiarse tanto!, y hasta llorar, pobre Cecilia, y eso que era dos años mayor que yo. Pero se había enamorado mucho de mí. Fue la primera novia que tuve. Cuando se murió ya tenía otra, y ni siquiera me di cuenta entonces de lo que perdía. Se recibió un telegrama en casa desde Suiza y mi madre se echó a llorar desconsoladamente. Era invierno, y nevaba. Yo me fui al cine. Tenía quince años.

Guardaron silencio unos instantes, flanqueados por los dos angelitos de hierro y vigilados por la mirada insolente del niño de la foto.

–Anda, trae eso –dijo el hombre luego, quitándosela de las manos a Sorpresa–. Está visto que hoy el champán nos ha sentado mal a ti y a mí. Nos ha dado llorona. Y diciendo esto, se levantó.

–¡Caramba! –exclamó–. Se me ha quedado dormida una pierna. Habrá que entrar a ver por dónde van éstos. ¿Qué hora será?

–No tengo ni idea –contestó Sorpresa, que seguía en el suelo sobre los almohadones.

–¿Qué pasa? ¿Que tú piensas quedarte ahí toda la noche?

–No sé. No he pensado nada. Pero usted antes dijo que sus amigos le aburrían, que no los quería ver.

–Sí, bueno, me aburren, como me aburre todo en general. Pero los he invitado yo, ¿sabes?, y además en el segundo acto tengo que salir disfrazado de diablo. Es el final de la función. Así que hasta ahora.

Se metió en la habitación y Sorpresa, después de dudarle un poco, se levantó también y se quedó mirando para dentro, de espaldas al jardín. El hombre se había quedado sentado delante de un tocador con espejo ovalado y se estaba pintando la cara a la luz de unas bombillas de luz muy potente.

Se fue acercando despacito hasta quedar detrás de él, a cierta distancia. Sobre el tablero del tocador había varios frascos, tarros y pinceles. El espejo reflejaba la imagen atónita de la niña en segundo plano, pero el hombre, enfrascado en su trabajo, no parecía ahora reparar en ella. Se había puesto a silbar entre dientes una melodía estridente y desafinada, a medida que llevaba a cabo con movimientos rápidos y expertos el maquillaje que iba transformando su rostro. Se pintó unas cejas gruesas y picudas, se sujetó con una goma una barbita de chivo, se colocó un casquete de seda negra con dos cuernos y se embadurnó la cara con una crema gris oscuro. Lo hacía todo tan bien y tan deprisa, que al poco rato no parecía el mismo y hasta daba un poco de miedo. Pero lo peor fue cuando se levantó de allí,

descolgó de un perchero lleno de ropas una capa negra de muchos vuelos, se la puso y empezó a describir, agitándola con las manos, una danza muy rápida por entre los muebles de la habitación.

*Sin-sin-sin, sin-sin-sin  
sin maldad no hay libertad...*

–cantaba enardecido, girando a tropezones como un murciélago.

Luego volvió a mirarse al espejo y se dio los últimos retoques.

–Bueno, vamos allá –dijo–. Esto ya está de sobra.

Sorpresa, que había seguido todas sus evoluciones sin despegar los labios, avanzó ahora decidida hasta él y le tiró de la capa.

–¡Señor diablo! –gritó desesperada–. No se puede ir de aquí sin decirme lo que tengo que hacer para ser mayor.

–¿Te atreves, insensata, a invocar al diablo? –bramó él con voz de trueno–. ¡Piensa bien lo que dices!

–Sí, señor. Al mismísimo diablo, si el diablo es usted.

–¿Cómo puedes dudarlo? ¡Además de impaciente y tozuda, descreída!

Y, apretando una especie de pera de goma que llevaba en la mano, hizo brotar entre ellos una nube de humo y de chispas de fuego que obligó a retroceder a Sorpresa y la hizo caer de culo en un diván amarillo, sofocada y tosiendo. Desde allí, cuando se desvanecieron aquellos infernales vapores, vio que el diablo rebuscaba algo en las profundidades de su faltriquera.

–Toma esta piedra de ámbar –le dijo acercándose–, que sólo surte efectos, cuando los surte, en noches de luna llena. Te la entrego con la envidia del diablo. ¡Quién fuera tú!

Sorpresa cogió la piedra y la guardó en el puño cerrado. El diablo dijo solemnemente:

–Esa piedra, convenientemente usada, te enseñará a apreciar lo que tienes.

–¿Pero qué tengo que hacer con ella? –preguntó Sorpresa.

–Enterrarla en el lugar de origen. Y después invocarme.

Luego, tapando con sus dedos largos los labios de Sorpresa, que ya se abrían para formular una nueva pregunta, añadió:

–Y, por favor, mi querida niña, no me preguntes cuál es el lugar de origen. Porque eso eres tú sola quien debe adivinarlo.

Sorpresa cerró los ojos para retener bien aquellas palabras, y cuando los volvió a abrir el diablo había desaparecido. Sorpresa pensó que seguramente habría ido a comerse el pastel.



# Ocho

Sorpresa llevaba mucho rato corriendo a campo través, sin saber adónde iba, obedeciendo simplemente el impulso de sus pies veloces, que la alejaban de la Casa Grande. Recordaba vagamente haber saltado desde uno de sus balcones agarrada a la cuerda de la persiana al techo de un cobertizo, haberse descolgado después hasta el suelo por el tronco de un árbol, haber cruzado una huerta de maíz perseguida por los ladridos de un perro, y haber trepado por sucesivas tapias que acabaron sacándola por fin de aquel recinto encantado al campo abierto por donde ahora volaba más que corría. Y era como una liberación reconocer de nuevo, por lo menos, los perfiles de un paisaje familiar.

El camino que había tomado, o mejor dicho que sus pies le habían ordenado tomar, no llevaba a su casa, sino que la alejaba también de ella. No debía haber sonado aún la hora de encerrarse. La luna se iba a pique, amarillenta y ojerosa, descendiendo oblicuamente. Seguramente tendría resaca después de los excesos de la víspera de san Juan, noche que, como es bien sabido, ampara milagrerías, borracheras y amores de perdición. Se le notaba en la cara cansada que había tenido mucho trabajo, que había iluminado demasiadas escenas de fiesta y desenfreno manteniendo en alto su farol redondo, y que ya se le caía de las manos, según bajaba dando tumbos, como un borracho que va de recogida.

Pero Sorpresa tenía que hacer uso del talismán de ámbar antes de que la luna se ocultara. El diablo le había dicho que si no, no hacía efecto y era de lo único que se tenía que acordar. No podía esperar casi un mes a que el calendario anunciara el acontecimiento de otro plenilunio. Un mes es mucho tiempo, sabe Dios la de cosas que pueden pasar en un mes, y a qué prisa puede trabajar el olvido, como un duende maligno, borrando sin piedad imágenes de la pizarra. Así que Sorpresa corría y corría sin sentir cansancio, como si le hubieran salido alas en los pies.

Bordeó por un atajo la mole del Perro Dormido y, tomando el sendero que había seguido Pizco para ir a la romería, se encontró de repente a la entrada del bosque de Los Gozos, junto a la cruz de piedra.

Se detuvo en aquel lindero con los ojos brillantes, el pecho alborotado y las trenzas deshechas, y en el mismo momento de pararse, porque era eso lo que sus pies le mandaban, lo entendió todo de modo fulminante, como a través de una revelación. ¡Claro, el lugar de origen! De sobra sabían sus piecitos sabios hacia dónde la estaban conduciendo. Hasta ahora había venido ciega, como una saeta que no sabe dónde va a clavarse, y ahora al fin le tocaba a la inteligencia tomar parte en la función. Y de repente sintió como si el angelito de hierro, que disparaba su

flecha mirando con gesto audaz a la oscura lejanía, se hubiera convertido en su compañero sentado en la esquina opuesta, con los ojos pensativos fijos en aquel libro donde todo debía venir explicado.

Obedeciendo a un impulso desconocido, se descalzó y tiró al aire las sandalias y los calcetines, antes de adelantar solemnemente el pie derecho, que blanqueó en lo alto unos instantes. Luego se internó en el bosque, a paso ligero, pero más acompasado. Ya no huía sin rumbo. Sabía dónde se estaba dirigiendo.

No tardó en encontrar el redondel de césped, rodeado de eucaliptos y castaños, donde diez años atrás había tenido lugar la ceremonia de su bautizo. Una vez, siendo muy niña, su padre la había llevado allí de paseo y le había señalado exactamente el lugar donde estuvo colocada durante aquella fiesta la cuna en forma de balancín que permaneció mucho tiempo arrumbada en el taller del alfarero y que por fin un invierno de poco trabajo y grandes nevadas convirtieron en leña para la chimenea. Luego Sorpresa, siempre que iba a la escuela de Sietecuervos, gustaba de sentarse en aquel claro del bosque y fantasear sobre sus orígenes, apoyándose en los diferentes relatos de su padre. Porque era un cuento que contaba mucho y cada vez lo contaba de una manera, según quién le estuviera oyendo y según que hubiera bebido o no. Pero es que además Sorpresa había preguntado siempre por aquello y había escuchado fragmentos de conversaciones a unos y a otros. Y luego ella, colocando las piezas a su manera, como quien compone un rompecabezas, había ido contándose un cuento cruel y terrible, donde el personaje que tenía la culpa de todos sus males se llamaba la bruja Balbina. Era una vieja harapienta de ojos amarillos y nariz ganchuda, tocada con un sombrero puntiagudo hecho de remiendos parduscos, que se había acercado a la cuna para formular una extraña maldición, y poco después había aparecido muerta, rodeada de sapos y culebras. Y en Trimonte, que era un pueblo donde se contaban muchos sucesos de brujas y de muertos, las mujeres decían que la hechicería y el mal de ojo sólo los puede conjurar el diablo.

Sorpresa se acercó a aquel lugar con pasos cautelosos. La luna ya iba baja, pero todavía no se había ocultado. Se arrodilló junto al muñón de un árbol y se puso a cavar a toda prisa, horadando la hierba y las raíces, un agujero profundo. Allí metió la piedra de ámbar que le había dado el diablo y en seguida volvió a recubrir el agujero y aplastó la tierra con los pies saltando fuerte encima.

Luego se arrodilló delante de él y se puso a golpearlo furiosamente, primero con los puños cerrados y después con la frente, presa de un raptó sobrenatural y delirante.

–¡Huye, bruja Balbina, a esconderte en el reino de las sombras! ¡Que tu poder retroceda ante el mandato del diablo! ¡Quiero saberlo todo! ¡Quiero crecer, crecer, crecer! –repetía tozuda y excitada entre contorsiones–. ¡Más, más, requetemás!

Y el viento se llevaba retumbando el eco de su voz enfurecida a romperse como

un oleaje contra las rocas de una costa invisible: «Crecer-crecer-crecer...». «Más, más, requetemás.»

Hasta que, al cabo de un rato, algo más sosegada, se quedó inmóvil, de rodillas y con las manos juntas en actitud expectante. El pecho infantil se agitaba bajo el corpiño de su modesto traje de percal y miraba frente a sí con ojos desorbitados.

Entonces se oyó un lejano redoblar de tambores y cánticos de miserere, como un cortejo fúnebre que se fuera distanciando cada vez más de los linderos del bosque. Luego se apagó por completo y la sombra que proyectaba a sus espaldas el cuerpo diminuto de la niña empezó a alargarse y a alargarse, al tiempo que adquiría otros perfiles.

Un rato más tarde, cuando ya empezaban a asomar sobre los árboles, los montes y las casas los primeros atisbos de luz de amanecer, varios grupos dispersos de vecinos de la aldea, que volvían, entre cánticos y risotadas, de la romería de Sietecuervos, se quedaron mudos y quietos como estatuas ante la extraña aparición que cruzó ante sus ojos absortos.

Era una mujer hermosísima con la parte superior del rostro cubierta por un antifaz de terciopelo. Llevaba un traje de gasa blanco y vaporoso con las mangas en forma de alas de libélula, zapatos de oro con altos tacones y una antorcha en la mano. El cabello rubio y larguísimo, entretejido con lirios, era como una cortina que le cubría enteramente las espaldas y ondeaba flotando al viento al compás de su paso ondulante. Avanzaba por entre los árboles a un ritmo armonioso, rápido y sutil, sin tropezar con ninguno. Y daba la impresión de que no iba pisando realmente en el suelo. Desplegaba las mangas de su traje de gasa a modo de alas y la luz de la antorcha iba proyectando trazos curvilíneos en la sombra del bosque, al subir y bajar.

Unos atribuyeron aquella aparición a los vapores del vino, pero otros juraban y perjuraban al día siguiente que la habían visto con toda claridad.

## Epílogo

–¡¡¡Mentira!!! –saltó Pizco, indignado–. ¡No dices más que mentiras! Yo fui precisamente de los últimos que se retiraron, y estuve un rato, por más señas, en ese claro del bosque donde te bautizaron, sentado con Dorita la de la taberna, porque... bueno, porque sí, luego te lo cuento..., y a lo que voy, te digo y te repito que eso es mentira, porque pasó más gente y nadie vio a semejante mujer. Y además también hoy he estado en la taberna hasta que he venido aquí a las siete, y te digo que es mentira, que nadie vio nada. Porque, como tú comprenderás, una cosa así tenía que haber salido a relucir, aunque no la hubiera visto yo ni tampoco los que venían conmigo... Pero bueno, chica, ¡tú eres imbécil!

Sorpresa se había echado a reír a carcajadas.

–¡Inocente! ¡Inocente! ¡Inocente! –repetía con sonsonete infantil, palmoteando gozosa–. Otra vez has picado. Pero ¿a que era precioso?

Y se quedó mirando a lo lejos, transida de felicidad.

Estaban igual que la tarde anterior, sentados en la cima del Perro Dormido, dominando las casas, los prados y las arboledas que se derramaban a sus pies bañados por la luz del ocaso. Pero Pizco, contra su costumbre, no había escuchado el cuento con atención. Rebullía inquieto, jugueteaba distraído con las hierbas y las piedrecitas del suelo, miraba furtivamente hacia el pueblo y había llegado a dar cabezadas y a dormirse en muchos tramos del relato, aunque lo último, lo del conjuro de la niña en el claro del bosque y su transformación en mujer, lo había escuchado ya absolutamente despierto y con los ojos abiertos como platos. Pero Sorpresa esta vez había prescindido por completo de su interlocutor, y no le había mirado hasta el final. Por eso no se enteró de que había estado la mayor parte del rato hablando para nadie. Arrebatada como nunca por el carro de fuego de su delirante fantasía, iba pronunciando las palabras del cuento con los ojos perdidos en el dibujo cambiante de las nubes, como si las fuera recogiendo de un texto escrito allí, un texto caprichoso, fugaz e indescifrable.

–¡Qué va a ser precioso! –estalló Pizco, muy molesto–. Era pesadísimo, para que lo sepas, y más largo que un día sin pan. Como que no lo he podido oír entero, así que ya ves. Bueno, también será porque me estaba cayendo de sueño. Cuando me acosté anoche, o mejor dicho esta mañana, ya cantaban los gallos, debían ser las siete o por ahí. Por cierto, ¿qué hora es? –añadió, mirando con alarma su reloj de pulsera–. ¡Madre mía, casi las nueve! Perdona, oye, me tengo que largar pitando.

Sorpresa le miró francamente asombrada, tanto que se quedó sin reacción durante unos instantes. Pizco nunca acostumbraba a dejarla así con la palabra en la

boca. Y menos después de un cuento tan largo y tan complicado como aquél, que bien merecía sabrosos comentarios. Lo había contado tan de corrido que ahora mismo ya no se acordaba de muchas cosas y era horrible que se le olvidaran, porque le parecía el cuento más fascinante que había inventado nunca y hablar con Pizco de él sería como fijarlo, como echarle el lazo. Por eso no podía aguantar la actitud insólita de su amigo, que además no era exactamente indignación lo que le producía. Era más bien como una especie de vaga inquietud.

–Bueno, sí, las nueve, ¿y qué pasa? –dijo mirándole–. Siempre nos quedamos hasta más tarde.

–Ayer no.

–Ayer porque tenías que ir tú a la romería.

–No, perdona; porque tú me metiste la mentira de que tu madre te había pedido que la fueras a ayudar a la Casa Grande...

–¡Ah, por cierto! –dijo Sorpresa con gesto animado–. Te tengo que dar una buena noticia. Mi madre lleva unos días que no me riñe y me quiere mucho, no sé qué le ha pasado, igual me dejan hacer el bachillerato, dice mi padre...

–¡Venga, déjame en paz! –estalló Pizco rojo de ira–. ¿A mí qué me importa lo que haya dicho tu padre? No estoy dispuesto a que me enredes otra media hora. ¡Siempre estás hablando de ti, de ti y de ti, de si estás alegre o triste, de lo que te inventas y de lo que no te inventas! Parece como si no existieras más que tú en el mundo, ya me tienes hartado, como si no te ocurrieran cosas más que a ti. Pues a los demás también nos pasan cosas, para que te enteres, y mucho más importantes que todas esas tonterías de reyes y de diablos y de muñecas de cera, que de verdad te digo que estás para que te encierren. Y se acabó. Me voy. ¿No te fuiste tú ayer cuando te dio la gana? Claro que menos mal que te fuiste, menudo imbécil hubiera sido si no llego a ir a la romería, que a punto estuve...

Se había puesto de pie y ya le daba la espalda, dispuesto a bajar la cuesta sin más explicaciones. Sorpresa sintió como si un cuchillo se le clavase en las costillas. Era la primera vez, desde que se conocían, que su amigo del alma le hablaba de una forma tan intemperante y agresiva. Y, por supuesto, la primera vez que se le dormía. Pero incluso esta ofensa, con lo grave que era, estaba dispuesta a perdonársela, con tal de que se quedara con ella otro rato.

–Pero bueno, Pizco, ¿qué te pasa?, ¿qué te he hecho yo? –preguntó con voz humilde y suplicante–. No te puedes ir dejándome así. Espera un momento, hombre; te lo pido por favor.

–No puedo esperar ni medio minuto –dijo Pizco muy nervioso–. Tengo una cita muy importante y no puedo llegar tarde.

–¿Una cita? –preguntó Sorpresa aturdida–. ¿Qué clase de cita?

Entonces Pizco la miró a la cara. Y Sorpresa vio en sus ojos azules sombreados por largas pestañas una expresión soñadora que nunca había conocido en ellos.

–¡Una cita de amor! –dijo con acento desafiante–. ¿No sabes tú mejor que nadie que en la víspera de san Juan ocurren milagros? Pues yo me he echado novia.

–¿Que te has echado novia? ¿De verdad?

–¡Y tan de verdad! ¿Qué pasa? ¿Qué te habías creído, que yo no les puedo gustar a las chicas?

Sorpresa le miraba como entre los vapores de una borrachera, sin acabar de dar crédito a sus oídos.

–¡Es mentira! –gritó–. Te quieres vengar de mí porque te he hecho tragar la bola de la mujer de las alas de libélula. Si fuera verdad, me lo habrías contado en seguida, en cuanto llegaste.

–No pude, en seguida te pusiste a hablar tú como una máquina, ¿es que no te das cuenta de que no le dejas a uno nunca meter baza? Pues ya es hora de que te vayas dando cuenta, si tanto repites que quieres hacerte mayor y enterarte de las cosas. Mal vas a enterarte de nada, si no ves siquiera lo que tienes delante de las narices.

–Bueno, pues perdona, pero cuéntamelo ahora, anda. Pizco volvió a mirar, impaciente, su reloj.

–No se puede contar –dijo–. Sólo lo podrás entender cuando te pase. Yo tampoco lo entiendo bien todavía. Nada más te digo que es algo maravilloso. Y te juro por mi novia que no puedo entretenerme ni un minuto más. Igual se enfada conmigo ella. Ya no me quería dejar venir. ¡Dios mío, las nueve y cinco!

Había empezado a bajar la cuesta apresuradamente y Sorpresa le seguía pisándole los talones, poniendo el pie en las mismas peñas y montículos donde él iba poniendo el suyo, describiendo las mismas curvas.

–¿Cómo se llama? ¿La conozco yo?

–Claro que la conoces. Es Dorita, la chica esa tan guapa que sirve en la taberna.

–¡Dorita! ¡Pero si es muy mayor! ¿Cuántos años tiene?

–No sé, dieciocho, déjame en paz. Pero a ella no le importa que yo sea un poco más pequeño. Dice que hace mucho tiempo que está enamorada de mí.

«Bueno, igual que Cecilia», pensó Sorpresa. Pero no dijo nada.

Se despidieron brevemente al llegar a la falda de la montaña y cada cual tomó su camino, lo mismo que la tarde anterior. Sorpresa no podía pensar más que en aquella muchacha pelirroja de caderas cimbreantes que algunas veces venía a su casa a traer garrafones de vino del que bebía su padre y a ella le hacía una caricia casual en las trenzas, como a una niña chica. Solía llevar blusas muy escotadas y esperaba que la madre de Sorpresa volviera con el dinero, parada allí en el zaguán, canturreando con los brazos en jarras. Sorpresa había oído decir que tenía muchos pretendientes, pero que, aunque era muy simpática con todos, no hacía caso a ninguno.

No tenía ganas de volver tan pronto a casa y anduvo deambulando sin rumbo fijo, siempre pensando en la chica pelirroja. Se la imaginaba besando a Pizco a la

luz de la luna en el claro del bosque de Los Gozos, mientras ella, mirando esa misma luna, inventaba despierta en la cama aquel cuento tan bonito que Pizco ni siquiera había escuchado entero. A partir de ahora, nadie volvería a escuchar sus cuentos.

Se sentó en una piedra, cerca de la tapia trasera de la Casa Grande, que la noche anterior había imaginado saltar para llegar a tiempo de enterrar la piedra de ámbar bajo la luna llena. No tardaría en volver a salir, porque el sol ya estaba a punto de esconderse, pero hoy le faltaría un cachito. Y se quedó quieta, con los brazos caídos, mirando el paisaje como embobada, hasta que se fue haciendo de noche. Pizco se casaría con la chica pelirroja, tendrían hijos, envejecerían en el pueblo y colorín colorado. ¡Qué cuento tan tonto, pero también qué triste! No lloraba, pero era peor que llorar, porque no deseaba nada tampoco. ¿Sería aquello haber crecido?

Por el camino llegó un hombre alto y delgado, vestido de blanco y con un sombrero jipijapa con cinta negra. Llevaba un bastón con puño de marfil y venía mirando abstraído para el suelo, moviendo los labios, como si hablara solo. Era el señor de la Casa Grande. Sorpresa lo reconoció, aunque lo había visto pocas veces y siempre de lejos, pero era inconfundible. Ahora también pasó a bastante distancia del sitio donde ella estaba sentada. Y, por supuesto, sin fijarse en que alguien le estaba mirando. El primer impulso de Sorpresa fue de levantarse, ir a su encuentro y decirle algo. ¿Pero qué? Era absurdo pedirle que le acabara de contar el cuento de Cecilia o del rey Ricardo, porque ni Cecilia ni Ricardo existían. O mejor dicho, sólo ella los podía volver a hacer existir, y para eso no necesitaba al señor de la Casa Grande. Claro que, en cambio, podía presentarse a él como lo que era, como la niña del alfarero. ¿Pero la miraría él entonces como la noche anterior cuando bebían champán acurrucados en el balcón? Y si no la miraba de aquella manera, no valía la pena. Ese final no era digno del cuento. Pero tampoco le daba tiempo de inventar así de repente una conversación que estuviera a la altura de las circunstancias. Las cosas tienen que llevar su preparativo.

El hombre se dirigió a una puertecita pintada de verde que había practicada en la tapia, la empujó y Sorpresa le vio desaparecer en el interior, sin fuerzas siquiera para alzar una mano y hacer un gesto mudo de adiós. No la había mirado.

De pronto alzó los ojos al cielo y se dio cuenta de que estaba completamente sola en el mundo, sin más compañía que aquel motorcito invisible que fabricaba imágenes por dentro de su cabeza. Pero lo pensó con orgullo, y de aquella soledad le brotó un chorro de fuerza dolorosa y desconocida. Más que aquella primera noche, que ahora le parecía ya tan lejos, cuando dibujó por dentro la Casa Grande. Más, más, requetemás. Era una sensación de poder casi diabólico, que la convertía de verdad en la mujer de blanco con la antorcha en la mano. Comprendió que sólo ella misma podía darle cuerda a aquel motorcito maravilloso de su cabeza, que de vez en cuando se le paraba, como un gramófono sin cuerda, y la dejaba con el

mundo a oscuras. Ahora ya lo sabía: nadie la iba a ayudar a agarrar la manivela, pero tenía toda la vida por delante para aprender a hacerlo. Y el motorcito era suyo, nadie se lo pensaba robar, no había miedo.

Se puso en pie. En aquel mismo momento, estaba apareciendo, por detrás de los montes, la luna rodeada de un halo color naranja. Todavía traía cara de sueño.

–¡Escribiré mis cuentos, te pongo por testigo, reina de la noche! –exclamó Sorpresa, mirándola–. Y algún día los leerá el señor de la Casa Grande. ¡Aprenderé a comerme yo sola, como él, el pastel del diablo!

Pocos minutos más tarde, cuando se encaminaba hacia el pueblo, saboreando aquel conjuro que se le había ocurrido sin saber cómo y que al fin consideraba como digno remate para su cuento, de un árbol que había al borde del camino salió volando un pájaro de regular tamaño. Pero no era negro. Tenía las alas rojas y azules.

Describió varios giros sobre la cabeza de la niña y luego, veloz como una saeta, rebasó la tapia de la Casa Grande y fue a perderse entre las frondas del parque sombrío.

Edición en formato digital: junio de 2014

En cubierta: Carmen Martín Gaité (detalle) fotografía de © Herederos de Carmen Martín Gaité

© Herederos de Carmen Martín Gaité, 2011

© Del prólogo, Antonio Colinas, 2009

© Ediciones Siruela, S. A., 2009, 2014

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid.

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-16208-15-9

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.L.

[www.siruela.com](http://www.siruela.com)

# Índice

Portadilla	2
Prólogo. Dos obras maestras	4
Dos cuentos maravillosos	9
El castillo de las tres murallas	11
Uno	14
Dos	20
Tres	25
Cuatro	31
Cinco	37
Seis	41
Siete	45
El pastel del diablo	51
Uno	55
Dos	58
Tres	64
Cuatro	72
Cinco	75
Seis	80
Siete	87
Ocho	99
Epílogo	102
Créditos	107